

527 012
QUINTO LIBRO DE LECTURA

VIDA DIÁFANA

POR

JOSÉ M. AUBÍN



ANGEL ESTRADA Y Cía. Editores
BUENOS AIRES—Calle Bolívar, 466

Precio de Venta \$ 1.70

LL
1910
AUBV

3
793



00012417



VIDA DIÁFANA

PERTENECIÓ A PABLO A. PIZZURRO

Es propiedad de los EDITORES, quienes la ponen
bajo el amparo de la ley N.º 7092.

JOSÉ M. AUBÍN
PROFESOR NORMAL

VIDA DIÁFANA

QUINTO LIBRO DE LECTURA

— — —
DÉCIMA EDICIÓN



BUENOS AIRES
ANGEL ESTRADA Y CIA.—EDITORES
466 — Calle Bolívar — 466



Biblioteca Nacional de Maestros

13112

OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS POR LA CASA

- Diálogos y Monólogos.
Ejercicios sobre los programas de tercer grado.
Ejercicios Graduados.
Nociones de Geografía, para 4.^o grado.
» » » » 5.^o »
» » » » 6.^o »
Historia General, para 3.^{er} grado
» » » 4.^o »
» » » 5.^o »
» » » 6.^o »
Historia Nacional, para 3.^{er} grado
» » » 4.^o »
» » » 5.^o »
» » » 6.^o »
Lecturas sobre Historia Nacional.
Lecturas Geográficas e Históricas.
Vocabulario Infantil.
La Composición y el Estilo.
Anecdotario Argentino.
Mármol y Bronce.
Libro de lectura: Cosas de Niños.
» » » Cuentos de la Abuelita.
» » » Sentimiento.
» » » Destino.
» » » Vida Diáfana.
Historias y Cosas Viejas, contadas por un Viejecito.
Ejercicios educativos de Lengua Castellana.

*Reconciliando a muchos con la vida,
crusó la tierra un ser puro y suave que hizo del
bien su destino y de la caridad un culto.*

*Pongo bajo el patrocinio de tan altísima me-
moria, estas páginas; para que así fulgure en ellas
un lampo del noble espíritu que me impulsó a
escribirlas.*

J. M. A.

Buenos Aires, 5 de Julio de 1913.



REVIVIENDO EL PASADO

Es la mía una vida oscura y de escaso relieve: soy pobre, y he conocido el infortunio; pero nunca dejé de ser feliz, ya que jamás pudo la adversidad agriar mi apacible carácter ni privarme de mi tranquilo y excelente humor.

Bien hallado con mi suerte y sin aspiraciones excesivas, sé contentarme con lo poco que poseo, sin que me haga perder el sueño o turbe la paz de mi espíritu, el inmoderado afán de conquistar riquezas o de conseguir los esplendores de que gozan otros, más poderosos o más afortunados que yo.

De niño oí decir siempre a mis mayores, que en la tierra las cosas nos parecen bellas, cuando con ojos benévolos las contemplamos; y, como con ellos miro yo mi vida, no sólo me resulta bella y agradable, sino digna y venturosa.

Por otra parte, una circunstancia casual me ha favorecido, ayudándome a descubrir el lado favorable de mi existencia y a conformarme con mi destino.

La misión que me impuse al abrazar el magisterio, obligándome a vivir entre gentes humildes y menesterosas, me ha sido muy provechosa y útil.

De estos sencillos y bondadosos trabajadores, de estos hombres para quienes es la vida tan azarosa y dura, aprendí a ser paciente y resignado; a soportar con ánimo sereno las penas y contrariedades; los recios y abrumadores golpes de la suerte: ¡son los pobres, grandes y admirables maestros en el arte de sufrir!

Hay que estudiar con interés y atención, bien merecidos, por cierto, estas vidas humildes.

No tienen otra fortuna que sus brazos que la fatiga y la edad debilitan o que un accidente desgraciado puede destruir; no poseen otra fuerza que la salud, que una enfermedad rápida y traidora puede arruinar, y, sin embargo, viven sin inquietudes ni desasosiegos; ¡corazones blancos y simples, no cerrados a la fe ni a la esperanza, confían y esperan en un *más allá* bondadoso y providente.

Sólo la falta de trabajo les entristece y abruma: pero cuando la labor no escasea, cuando pueden ganar, con el sudor de su frente, el pan de cada día y satisfacer las escasas necesidades de su hogar, entonces, los hijos del trabajo son felices; ¡completamente felices!

Durante toda la semana, de la mañana á la noche, entréganse con afán, con sostenido ahinco a la dura tarea; y al fin de ella, pensando en el próximo día de bien ganado descanso, ríen y cantan bulliciosos, o dejan escapar del labio frases agudas y retozonas, signos evidentes de la satisfacción que llena sus almas y alegra sus corazones.

Pero, lo que más encanta y conmueve en ellos, es la bondad de sentimientos de que dan, a diario, continuas y enternecedoras pruebas.

Son muy compasivos; practican la caridad con gran delicadeza, y dan ejemplos hermosísimos de tocante abnegación.

Vive cerca de mi casa una buena mujer, llamada Andrea: es viuda, y mantiene, sin más recursos que los que puede proporcionarse lavando de sol a sol, a sus dos hijitos, y, además, a su padre, anciano, ciego y paralítico.

Hace poco más de un año enfermó gravemente una vecina y amiga suya, viuda cual élla, y madre también de dos tiernas criaturitas.

Andrea, multiplicándose y robando horas al sueño y a su trabajo, cuidó a la enferma con solícito cariño hasta que la muerte acabó su obra.

Entonces, cerró piadosamente los ojos de la extinta; y cuando ya nada tuvo que hacer en aquella casa, regresó a la suya trayendo consigo a las dos huérfanas; de la mano a la mayorcita, que apenas caminaba, y en brazos, cobijada contra su pecho, a la pequeñuela.

— Buenos días, Andrea, — díjole una amiga. —
¿Dónde vas con estos chicos?

— Los llevo a mi casa.

— Será hasta que los recoja la caridad ¿no?

— ¡Para siempre!

— ¡Pero, tú estás loca, mujer! Cargar con hijos ajenos, cuando los tuyos te pesan tanto, que casi no puedes con ellos!... ¡Deja que los lleven a un asilo; allí los mantendrán!...

— ¡Pobrecillos! — exclamó la buena lavandera; — pan, ya sé que se lo han de dar en un asilo; pero, quizá no calor de madre, que es lo que más necesitan: los llevo conmigo; Dios no me abandonará.

— Pero usted, — le dijeron un día, — pagará con su salud su gran sacrificio.

— Y si á cambio de ella puedo hacer de mis chiquitines seres honrados, buenos y felices ¿no piensa usted que habré dado un digno empleo a mi salud y aun a mi vida?

Otra virtud atesoran estas buenas gentes de rudo exterior y blanda entraña; son, con rarísimas excepciones, excelentes padres de familia que, cuando del bien de sus hijos se trata, no ponen límites a su espíritu de sacrificio, ni término a su abnegación.

Tengo siempre presente á un simpático peón de almacén, padre de seis robustos muchachos, que tenía el orgullo de mandarlos todos a la escuela.

El primer domingo de cada mes, muy de mañana, limpio y muy bien afeitado, venía a verme

Antón, que así se llamaba mi hombre, para informarse de la aplicación y conducta de sus chicos; y era de ver la plácida impresión que se pintaba en su rostro cuando mis informes eran favorables, lo que sucedía casi siempre; pues, los muchachos, sobre no tener nada de tontos, eran aplicados y muy educaditos.

— Estoy muy contento, señor maestro, me decía; ya que lo aprovechan, que estudien y se hagan hombres; que no tengan que ser como yo, que, por no saber leer ni escribir mi nombre, he de trabajar todo el día como si fuera un burro de carga: mientras yo tenga fuertes los brazos y firmes las piernas, nada les faltará.

Y tal como lo decía lo hizo: sus hijos estudiaron y su condición fué más próspera y llevadera que la de su padre.

El contacto diario con tales hombres ha sido para mí una gran escuela: ellos me han enseñado que es locura dejarse dominar por desmedidas ambiciones; que para todos tiene la existencia días amargos y sombríos, y horas luminosas de alegría y de sol, y que únicamente son desgraciados del todo, los que no tienen fe, y los que, desconfiados de la Providencia, no creen en la eficacia del bien y de la virtud.





UN RECUERDO IMBORRABLE



PLÁCEME recordar, de cuando en cuando, los episodios más salientes de mi ya larga carrera; pero, siento especial complacencia evocando uno, que, además de haber contribuído poderosamente a fijar mi destino, afirmando de un modo decisivo e irrevocable mi vocación, fué el origen de la gran fuerza moral que me ha sostenido siempre en mis horas de lucha y en los momentos de vacilación y de duda que yo, como todos los hombres, he sentido alguna vez.

Apenas egresado de la Escuela Normal, nombráronme director de la Elemental de Varones de uno de los pueblos cercanos á Buenos Aires.

Trabajé tan afanosamente; puse tanta voluntad y buen deseo, tanta dedicación y entusiasmo en el cumplimiento de mi deber, que conseguí, en poco tiempo y sin mayores dificultades, conquistar

el corazón de mis alumnos, la benevolencia de las familias y la consideración de las autoridades.

Tanto me enaltecieron aquellos buenos vecinos y tan alto y halagüeño fué el concepto que de mí formaron, más por bondad suya que por real merecimiento mío, que mi nombre, la escuela que me estaba confiada y mis modestas condiciones profesionales, no tardaron en adquirir una fama que tanto tenía de excesiva como de resonante.

Estaba próximo a cumplir el primer año de mi iniciación como maestro, cuando una singular ocurrencia del Presidente del Consejo Escolar me hizo pasar un susto mayúsculo.

Era el tal señor, sujeto de excelentes dotes personales, entusiasta propagandista de la cultura del pueblo. Como además de estar bien relacionado, gozaba de gran prestigio político, comprometió a que presenciase los exámenes de fin de curso, nada menos que al señor Presidente del Consejo General de Educación de la Provincia de Buenos Aires, que lo era en aquel entonces, una de las más altas y puras glorias de nuestra patria, autor de libros admirables, insigne hombre de Estado, varón de altísima inteligencia y original talento, quien, habiéndolo sido todo en el país, no estaba menos orgulloso haber sido maestro de escuela que haber ejercido la Presidencia de la República.

La noticia, como ya he dicho, me desconcertó bastante, y, bien mirado, no sin razón.

No era cosa de juego ni cuestión baladí recibir

semejante visita y arrostrar el juicio de aquel coloso.

¿Qué iría a decir de mí? ¿Qué concepto formaría de mi menguada obra que, en tal instante, más que pobre y modesta, se me figuraba insignificante y mezquina?

En aquellos tiempos (ya bastante lejanos), aun no sabía yo que nadie es tan bondadoso e indulgente para apreciar el valor de la obra ajena, como los que, además de sabios, son realmente grandes: ¡ignoraba que la conciencia de su inmensa superioridad ni les envanece ni les solemniza!

La experiencia me ha demostrado después ésta y otras muchas verdades.

Llegó la fecha temida, y el ilustre invitado, fiel a su palabra, se presentó en la escuela acompañado del Consejo Escolar en pleno, y de los vecinos más significados y de mayor arraigo.

Contrariamente á una creencia tan errónea como excesivamente divulgada, aquel hombre excepcional, imponía, pero no asustaba.

Recio de complexión y de cabeza fuerte y poderosa, era su fisonomía, de rasgos enérgicos y acentuadísimos, de aquellas que, una vez vistas, ya no se olvidan jamás.

Tenía la frente ancha y despejada, propia de los hombres de acción y de pensamiento, y eran sus ojos, audaces y escrutadores, de aquellos que nada pierden y que todo lo abarcan.

Se ha dicho de su mirada inquisitiva, penetran-

te, y un tanto dura, que a semejanza de las espadas, tenía dos luces.

Y, sin embargo, y apesar de ello, era aquel temible y formidable luchador, aquel *gran viejo* de la patria, la más atrayente y simpática persona del mundo cuando hablaba a los humildes y a los niños.

Llano y sencillóte en el decir, traviesamente irónico de vez en cuando, sonriente y jovial casi siempre, tenía, en grado sumo, la cualidad saliente de los hombres verdaderamente superiores: conquistaba y dominaba fácilmente a sus oyentes.

Sentía verdadero amor por la infancia; gustábale conversar con los niños, y gozaba como un cariñoso abuelo, celebrando complacido y jubiloso, las agudezas y donaires que al contestarle decían los más despiertos y avispados.

Las horas pasaban rápidas e inapercibidas para el glorioso anciano que, sin dar muestras de fatiga o de cansancio, observaba, inquiría y preguntaba incesantemente, obligándole algunas veces, la imperfección de su oído, a solicitar la repetición de una respuesta o de una explicación.

¡Tanto le cautivaban las aulas y los niños, que cuando con el día terminó el acto, en su mirada asomó un dejo tristón y una leve y casi imperceptible expresión melancólica!

Cambiando impresiones con sus acompañantes, acerca de la importancia y dignidad del magisterio, le oí decir, entre muchas cosas bellas, estas nobles y profundas palabras:

Los grandes maestros son inmortalmente risueños. El buen reír educa y forma el gusto.

Antes de partir, me llamó, y mirándome con simpatía, dijo:

Mocito ; — así llamaba cariñosamente a los jóvenes, — si estudia usted siempre ; si no se envanece nunca, y si sabe amar profundamente a los niños, usted será un buen maestro.

Y, luego, palmeándome familiarmente el hombro, añadió: *¡No olvide nunca el consejo de Sarmiento!*

* * *

¡No, no lo olvidé nunca!

Las palabras del grande, del fuerte, del genio más original y poderoso de cuantos han ilustrado nuestra raza y ennoblecido nuestra historia, cayeron sobre mi alma como debieron caer las lenguas de fuego sobre la cabeza de los apóstoles.

Han sido, para mí, evangelio y guía a los que nunca hice traición.

Ahora que mi cabeza blanquea, cuando aun voy, acompañando a los niños, a saludar la estatua que la gratitud nacional ha levantado al inmenso y batallador argentino, me inclino ante ella, conmovido y reverente, y del fondo del alma suben a mis labios estas palabras:

— ¡Gracias, maestro!

* Histórico.





LA SEÑORITA MARÍA

I

LA CONQUISTA DE DOROTEO

CONSERVO perenne y grata memoria de muchos de los buenos compañeros que durante largos años compartieron conmigo la no fácil tarea de educar a la infancia; pero, de entre estos recuerdos, destácase, luminoso y puro, el de una amable y bondadosa joven que fué en la vida ejemplo y claro espejo de maestros.

De genio alegre y aspecto sonriente, jamás turbaron el malhumor y el fastidio la suave placidez de su rostro ni la inalterable tranquilidad de su mirada: vivió tanto para los niños, que no concebía la existencia sino rodeada de ellos y pareciéndoseles en algo.

Por la mañana, cuando se acercaba la hora de

empezar las clases, era cosa muy común oír decir a algún vecino: ahí viene la señorita María, con su guardia de honor.

Y así era; rodeada de lindísimos capullos, de caritas vivas e ingenuas, satisfecha de verse amada, penetraba en la escuela la simpática forjadora de almas y de inteligencias; aquella laboriosa insigne que no conoció nunca el desaliento; que nunca creyó trabajar bastante y que no aspiraba a otra gloria que la de sentirse digna de ejercer su excelso ministerio.

Ingeniosa sobre toda ponderación, disponía de un inagotable arsenal de recursos para atraer a los niños e inspirarles amor a la escuela y afición al estudio.

La influencia que ejerció sobre sus alumnos fué tan eficaz y poderosa, que no hubo jamás un carácter, por difícil, huraño y selvático que fuese, que no acabara por morigerarse; ni obstinación o empecinamiento que no venciera, sin emplear otros medios que la bondad y aquel modito de ser tan suyo, tan suave y firme a la vez.

Tuve en cierta ocasión un alumno con el cual no era fácil hacer carrera; uno de esos pequeños perturbadores que, de cuando en cuando, aparecen en las escuelas para poner a prueba la paciencia de los encargados de instruirles y de limpiarles de malas mañas.

Altanero, respondón, desaseado y camorrista, molestaba a todo el mundo; llegando a tal extremo sus demasías, que por fin, la preceptora a cuyo

cuidado estaba semejante alhaja, me declaró, muy resuelta, que ya no sabía qué hacer con él.

Dábame pena tener que despedirle; pues siempre he creído que los niños a quienes solemos llamar malos, y a veces, hasta incorregibles, no son otra cosa, salvos ciertos casos excepcionales, que unos pobres desdichados enfermos del alma á quienes es preciso curar a fuerza de benevolencia y de ternura.

Pensé, pues, tentar el último recurso encomendándolo a la señorita María, seguro de que si ella no domesticaba al levantisco chicuelo, nadie sería capaz de realizar semejante milagro.

— Señorita María, — díjele cierta mañana; — estoy con ganas de mandarle a Doroteo Tabares ¿qué le parece?

— ¿Á mí? ¡Cómo usted disponga!

— Vamos a ver si con el tiempo lo incorpora usted a su guardia de honor...

— ¿Y por qué no, pobrecillo? Será de mi guardia, como usted dice, y no sé porque se me figura que no quedará soldado raso.

— ¿Cree usted posible que llegue a cabo?

— Y a sargento también, — contestó siguiendo la broma; — ya verá usted como al fin me lo conquistó.

¡Y muy bien que se lo conquistó!

Poquito a poco, y a fuerza de bondad y de tino, consiguió gran ascendiente sobre su nuevo alumno, aprovechándose admirablemente de tal predominio para pulir y dulcificar aquel carácter tan áspero y arisco.

— Doroteo, — decíale una vez; — ¿cómo es que siempre te apartas de tus compañeros?

— Porque no me quieren.

— No, no es que ellos no te quieran; es que tú no procuras hacerte simpático: respondes siempre de mala gana y cuando hablas parece que vas a morder.

Hay que ser amable, servicial y tolerante; a fuerza de gruñidos no se atrae a nadie... ¿cuándo te convencerás de esto, hombre de Dios?

Lo que más trabajo costó a la buena maestra fué conseguir que el tal Doroteo cuidase debidamente de su persona.

— Dime: ¿por qué vienes tan desastrado? Tu desaliño no tiene excusa.

— Yo no tengo buena ropa para venir *paquete*: — respondía, displicente, el muy brusco.

— ¡Vaya una razón! Nada tiene que ver la riqueza con el aseo: mira los vestidos de Marcelino; son viejos y de peor calidad que los tuyos, pero observa cuán limpios y arregladitos los conserva.

¿Y la cara? ¿Y las manos? ¡Da grima ver como las tienes de sucias! Y esto no es culpa de nadie, sino tuya. El agua es de todos; y, por pobre que uno sea, puede comprar, si quiere, un pedazo de jabón para limpiarse, peine para ordenar el cabello y un cepillo para quitarse el polvo.

¿Tú, nunca te has mirado en el espejo?

— No, — gruñó el cascarrabias.

— ¡Pues es lástima! Porque tú, y hablo muy

formalmente, tienes una cara simpática y expresiva; si te asearas un poco, nadie te conocería.—Vamos a ver: ¿por qué no te peinas?

— Porque no sé — murmura el arrapiezo, ya menos esquivo.

— ¿Y por qué no te pones una corbata?

— No tengo. ¡Mamá no me quiere dar!

— Eso no es un grave inconveniente. ¿Quieres que yo te enseñe a peinarte?

— Bueno.

— Y, dime: de las corbatas que traen tus compañeros ¿cuál es la que más te gusta?

— La de Carlitos Noriega.

— ¡Sí! ¿Y por qué?

— ¡Porque es colorada! — contestó Doroteo esbozando una sonrisa.

Mira, es preciso que arreglemos esto: mañana te levantas temprano; te vienes a mi casa, y verás como después, aquí, damos el gran golpe.

¡Golpe y medio, fué lo que dieron! Porque, al siguiente día, al presentarse Doroteo con la cara y las manos hechas un ascua de oro, peinado, lustrados los botines, forrados libros y cuadernos y luciendo una primorosa corbata, roja como una brasa de fuego, la sorpresa causada por el acontecimiento fué tan general como profunda.

¡Fué el hombre del día! Mirábanle sus compañeros con tenaz insistencia, y él, Doroteo, no cabía en sí de gozo viéndose objeto de tanta curiosidad.

Pero, como no siempre terminan las cosas tan bien como empezaron, en un tris estuvo que la

metamorfosis del poco sufrido rapaz concluyera en tumultuosa riña.

Ocurriósele a uno de los más curiosos llevar la mano a la flamante corbata... y... ; nunca lo hubiese hecho!

Sentirse Doroteo tocado, y saltar, furioso como un gallo inglés, sobre el autor del desaguisado, fué obra de un segundo; y, mal lo hubiera pasado el atrevido si la señorita María, que estaba próxima, no hubiera acudido a tiempo.

—¿Qué es esto, Doroteo?— exclamó, severa.

— Me tocó la corbata, señorita, respondió aquél sincerándose.

—¿Y que mal podía hacerte en ello?

—¿Qué mal, señorita? ¡¡ Me la podía manchar!!

II

LA AMIGA DE LOS CHIQUITINES

No es cosa fácil conseguir que los niñitos de corta edad vayan contentos y satisfechos a la escuela, pues, a los más de ellos, les suena esta palabra de un modo ingrato y poco seductor.

En la mayoría de los casos, la diplomacia maternal vence; la palabra siempre cariñosa de las madres destruye todas las objeciones y allana todos los inconvenientes, y al fin, el pequeñuelo, más o menos convencido, y un sí es no es molino y receloso, acaba por ceder, y entra en clase siguien-

do como un corderillo la a que, desde aquel momento, ha de ser su maestra.

Pero, a veces, no sucede así: hay chiquitines que resisten desesperadamente el ingreso: gritan, lloran y se aferran al vestido de la madre, poniendo a ésta y a los maestros en situación apurada; pues, en muchas ocasiones no sabe ninguno de ellos de qué medios valerse para calmar los temores del niño o vencer su empecinada obstinación.

Era en estos casos cuando la señorita María, mostrándose insuperable, ponía en acción las múltiples cualidades de eximia maestra que la adornaban.

A fuerza de mimos y de palabritas dulces apaciguaba a tímidos y a recelosos; y tales maravillas les pintaba; tan seductoras promesas les hacía; con tanta habilidad y gracia excitaba su curiosidad, que, a poco andar, en aquellas caritas, momentos antes apenadas y contristadas, secábanse las lágrimas; brillaba la alegría, y toda sombra de contrariedad se borraba.

— Se lo recomiendo a usted, señorita, — decía alguna que otra madre; — no tengo más que éste, y está algo mimado y consentido. ¡Téngale usted un poquito de consideración hasta que se acostumbre!

— ¡Váyase tranquila, señora! — Y luego, sonriendo y acariciando suavemente al chiquitín, proseguía: Yo soy muy amiga de los nenes buenos; ¡y ese grandísimo picarón tiene cara de serlo mucho!

— Va usted a ver como dentro de poco resultaremos los mejores amigos del mundo. ¿Verdad, mouín?

Y el rapazuelo, ya perdido el miedo, alentado por la mirada cariñosa de la madre y por la bondad de la maestra, respondía muy resuelto ¡que sí!

Puestas las cosas en ese punto, íbase la madre muy segura de dejar a su adorado pequeñín en excelentes manos: entonces, la señorita María, que nunca echó en olvido que importa al buen maestro conseguir que no sienta el niño, a lo menos de un modo hartó sensible, la falta del calor materno ni la nostalgia del hogar, tomaba al novato de la mano y penetraba con él en el aula.

Una vez en clase, sentábalo próximo a sí, dábale por compañero de banco un niño de su confianza y los dejaba hacer.

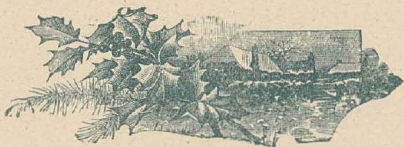
Al rato eran ya los chicos íntimos camaradas y tratábanse como viejos amigos: cambiaban figuritas, hacíanse las más variadas preguntas y se retrataban en la pizarra, procediendo como si fueran dueños absolutos de su tiempo y de sus acciones.

A veces, recordando que estaban en la escuela, levantaban las cabecitas, y su mirada, alegre y juguetona, cruzábase con la suave y condescendiente de la maestra.

La de ellos parecía decir: *¿Verdad que no vas a retornos?*: y la de ella, decíales bien claro: al alumno viejo, *¡cuidadito con abusar!*, y al novicio *¿qué tal? ¿te encuentras a gusto aquí?*

Y durante los recreos, como lo hiciera durante las horas lectivas, cuidaba la señorita María de su nuevo alumno; incitábale a tomar parte en los juegos, tenía siempre la mirada fija en él para evitar o prevenir cualquier accidente posible, y le hacía trabar amistad con los niños más alegres y mejor educados.

Cuando se aproximaba la hora de salir, el chiquitín, que ya estaba en la escuela como *Pedro por su casa*, examinábalo todo muy a sus anchas, con gesto tan franco y mirada tan satisfecha, que aun el menos observador hubiese podido adivinar su pensamiento; porque, todo en aquellos gentiles y fulgentes ojitos parecía decir: Esto está mejor, mucho mejor de lo que yo esperaba: presiento que voy a estar aquí, bien, pero, ¡muy requetebién!





¡FLOR DE ALMENDRO!



HUBO entre mis primeros alumnos, uno tan bondadoso y suave, que parecía no haber venido al mundo sino para inspirar honda simpatía y conquistar afectos y voluntades.

Vivió poco; pero su vida, más que corta, brevísima, dejó en el corazón de los que le amaron, y le amaron cuantos le conocieron, una dulce e imborrable huella.

Manolito, que así se llamaba, era una figurita móvil y airosa, de cabecita gentil y llena de gracia, y de rostro expresivo e inteligente.

Alegre y bullicioso como los pájaros, reía siempre; y siempre de tan buena gana, que, donde él estaba, no cabían preocupaciones ni tristezas.

Éra el Benjamín de la escuela; tanto, que no hubo entre sus compañeros uno sólo que no le quisiera bien; todos, sin excepción, mirábanle con marcada y singular complacencia.

Es cosa bien sabida que los chicos que más dispuestos están a divertirse a costa ajena y a dar bromazos, son los que se muestran menos dispuestos a sufrirlos; pero, fallaba esta regla cuando el bromista era Manolín.

Jamás se dió el caso de que el blanco de sus diabluras se incomodara o las tomase a mal.

Bien es cierto que todas ellas, agudas y chispeantes, nunca llegaban a ser molestas y mucho menos a herir a nadie; y luego ¡sabía el muy pillín borrar tan bien los escozores producidos por sus travesuras! ¡se mostraba, después de las chanzas, tan cordial y obsequioso!...

Y tenía, además, otra gran cualidad; inteligente y despejado como era, habíase constituido en la providencia de los menos listos, y aun de los poco estudiosos.

— Hombre, Manolín, — decía uno a quien la Zoología no le resultaba materia fácil; — tengo que hacer una composición sobre el tapir y no sé cómo salir del paso: ¿qué dirías tú?

— Vamos; — contestaba el consultado; — ya veo que te ahogas en dos dedos de agua: — pues yo diría esto y lo otro y lo de más allá, dilo tú, y recuerda, además, las anécdotas y hechos que nos relató el maestro cuando, hace unos días, nos habló de este animal.

— Escucha, Manolito, — preguntábale otro, poco ducho en materia de cálculos; — ¿cómo resolverías este problema, que yo no entiendo y que me vuelve loco?

— A ver, — contestaba mi hombrecito.

Acercábase al que en apuros estaba, y, mirando por encima del hombro de aquél el enunciado del problema, decíale sin vacilar: pues, mira; sumas esta y aquella cantidad, multiplicas por tanto y luego divides el producto por tal número.

Y lo más notable, lo que le hacía más simpático, era que prestaba estos pequeños servicios con una sencillez encantadora, sin darles importancia ni recordarlos jamás, y sin que pudiera advertirse en él ni asomo de orgullo ni sombra de envanecimiento.

Sentí por él, desde que le conocí, la más honda y viva de las simpatías que el tiempo no hizo más que afirmar y fortalecer, convirtiéndola en el dulce y paternal afecto que, aun hoy, conservo a su memoria.

En cuanto a él, quísome mucho y bien, como quieren los niños; sin reservas, por entero y con cálido entusiasmo.

Deseoso de serme grato, era, además de atento y dócil, servicial en extremo, estudioso más que ninguno, y de un corazón tan sencillo y bueno, que sólo un alma insensible hubiera podido substraerse al influjo de su encanto o pagar con helada indiferencia su profundo y cariñoso afecto.

Un día, ¡triste y aciago día!, faltó Manolito á la escuela.

— Pasó la noche muy agitada, — me dijo su papá — que fué quien vino a explicarme el motivo de la falta.

— Pero no será cosa de cuidado, ¿verdad? — pregunté yo con interés.

— Espero que no, — me respondió; — con todo, por precaución, avisé al médico, que vendrá a las doce.

— Ha hecho usted muy bien. Siempre es mejor precaver que lamentar.

— Sí, señor; además, por dolorosas experiencias familiares, tengo mucho miedo a las enfermedades de la infancia; los niños, son, desgraciadamente y con harta frecuencia, bellos y efímeros como la flor del almendro.

— ¡Pobre Manolito! — exclamé yo, — ya me extrañó a mí no verle.

— Y crea usted que me costó mucho trabajo convencerle de que debía permanecer en cama; sólo lo he conseguido mediante formal promesa de venir a explicarle a usted la razón de la ausencia.

Pasé el resto del día intranquilo y preocupado: ¡aquel dulce niño estaba tan arraigado en mi corazón!... ¡tenía tal costumbre de verle y tenerle constantemente cerca!... que, a mi pesar, sentíame poseído, sin poder rechazarlos, de tristes y extraños pensamientos: sin Manolito, la escuela me parecía oscura y vacía.

Al atardecer fuí a enterarme del estado de mi enfermito.

Hallé a los padres mustios y contristados: la opinión del médico no era satisfactoria; pues, si bien, por el momento, no creía al niño en peligro,

tampoco consideraba imposible una complicación.

Después de conocer estas noticias, pasé a ver al niño; tenía las manos ardientes, la carita pálida y los ojos muy brillantes.

— ¡Ah! Bien sabía yo que usted vendría, — exclamó gozoso al verme.

— ¿Sí? ¿Y quién te lo había dicho?

— ¡Nadie! Pero yo lo sabía.

Hizo que me sentara a su lado, y luego me preguntó mil cosas; quería saber qué habían hecho los niños en la escuela; si habían extrañado su ausencia y si habían preguntado por él...

Tanto y tantas cosas preguntó, que me ví en la necesidad de amenazarle con irme si no se callaba.

Entonces, sumiso como de costumbre, cesó de hablar, pero retuvo entre sus manos la mía, que acariciaba suavemente, en tanto que su mirada amable y candorosa se fijaba en mí, como diciendo: ¡Ya ves como soy de obediente y bueno!

¡Y tanto cómo lo era el pobre niño!

La ansiosa expectativa duró poco: pasados algunos días de alternativas, favorables las menos, pesimistas y desalentadoras las más, el médico habló categóricamente; Manolito estaba seriamente en peligro y había que esperarlo todo; ¡todo! hasta un desenlace funesto.

Propuso a los aterrados padres, para salvar la propia responsabilidad y como a recurso extremo, consultar a un especialista, hombre de mucha ciencia y de gran prestigio profesional.

Después de la consulta el sabio doctor confirmó

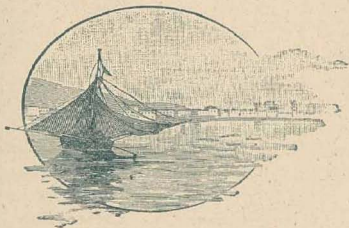
la opinión del médico de cabecera: ¡la ciencia era en aquel caso ineficaz! ¡el niño se moría!

Desde aquel momento, sólo por breves instantes dejé a mi predilecto: preguntaba ya poco y con melancólico desmayo; pero siempre tenía un recuerdo para los maestros; para los *chicos*, como él llamaba a sus compañeros; para su escuela...

Después, callaba y sonreía, mirando a todos de una manera intensa, grave y profunda.

Y así, sonriendo y callando se fué extinguiendo, y así se durmió dulcemente y para siempre, al atardecer de un bello día de primavera, a la hora en que el sol se oculta y en que las aves, medrosas y palpitantes, vuelan en busca del oculto nido.

¡Flores de almendro, puras, tempranas y suaves! ¡Una flor cual vosotras fué la vida de aquel niño tan adorable y bello!





EL ASIENTO VACÍO



USO la casualidad que, al de la muerte de Manolito, siguieran dos días festivos; días que fueron para mí de honda y punzante melancolía, pues durante aquellas interminables horas llenó por entero mi pensamiento la suave memoria del malogrado niño; del pobrecillo ido para siempre.

Pasadas ya las fiestas, temprano, y siguiendo una invariable costumbre, me dirigí a la escuela para enterarme de los variados detalles y pequeños asuntos que, casi a diario, solicitan la atención de un director activo y empeñoso, en los momentos que preceden á la iniciación de las tareas cotidianas.

Pero, me fué imposible trabajar con la calma y tranquilidad de todos los días.

Inquietábame un vago malestar, cierta extraña zozobra, un desconocido impulso que me incitaba a recorrer el edificio, solitario aun.

Parecíame que lo sucedido no era una realidad, sino el recuerdo de una siniestra pesadilla; que Manolito estaba bueno y sano, que de un momento á otro vendría a mí, sonriente y afectuoso; que quizá no tardaría un minuto en sentir acariciado mi oído por su vocecilla musical é insinuante o por su risa de oro, vibrante, fresca, cristalina.

De tal manera me obsesionaban estas ideas, que impelido y dominado por ellas, dejé de repente la pluma, y, levantándome bruscamente, abandoné la dirección saliendo al patio, solitario y silencioso.

Al encontrarme en él, desvaneciése mi alucinamiento; y, ya sereno y completamente dueño de mí, contemplé la realidad escueta y cruda.

Es una ley de la vida; ¡bien dura por cierto! la que nos obliga a dar a cada paso un adiós.

No, no volvería más el amable niño; hoy él, y mañana otros, todos, sucesivamente seguirían yéndose; unos, porque, como Manolito, pasarían rápidamente por la tierra; otros, porque el tiempo y la suerte los irían dispersando en cumplimiento de una irrevocable misión o de un peculiar destino.

Y pasando de esta reflexión á otras más consoladoras, pensé que esta misma brevedad de la existencia y que lo efímero de nuestro incierto vivir, nos obligan a ser siempre firmes y animosos; a no malgastar un minuto; a dar a nuestra vida un alto y generoso empleo.

Al penetrar en las aulas recordé, uno por uno, y como si los estuviera viendo, a todos los niños concurrentes a cada una de ellas.

Aquí, — decía yo, — se sienta Jorge, el simpático diablillo que sabe hacerse perdonar, a fuerza de bondad y gracia, de aplicación y obsequiosidad, sus frecuentes y bien urdidas travesuras; aquél es el asiento del tímido Fulgencio, pobre víctima de un invencible apocamiento que le hace sufrir lo indecible cuando ha de responder o necesita explicarse, y que jamás le permite dar la justa medida de lo que realmente vale; el de más allá lo ocupa Rafael, el mayor de los hijos de una pobre viuda, niño tan grave y valeroso, que no se contenta con ser un eximio alumno, sino que, con una fuerza y energía inconcebibles en una edad tan temprana como es la suya, lucha heroicamente con la vida para ayudar a mantener a sus hermanos.

Y, a medida que avanzaba en mi imaginaria revista, pensaba: dentro de una hora, es posible que todos estén aquí, presentes como de ordinario; pero... más allá, en la última clase, no.

En ella, desde hoy y para siempre, habrá uno de menos; ¡un inolvidable y querido ausente!

Iba tocando a su término la íntima y sentimental peregrinación que una influencia extraña y misteriosa me impulsara a emprender; quedábame solamente un aula que visitar: ¡aquella!, ¡la suya!

Al aproximarme a la puerta oprimióse el alma: al transponerla, me invadió de nuevo una emoción vaga y tristísima, y sentí que, como niebla que se desvanece, la serenidad y la calma huían de mi corazón.

Un hecho sencillo en sí, pero que en el hondo estado de intranquilidad en que me encontraba, me pareció extraordinario, llamó vivamente mi atención.

Parecióme percibir un breve susurro, una especie de voz sorda, algo semejante al apagado y sutil rumor de pisadas que se alejaban cautelosas, y me detuve un momento, dominado por una sensación angustiosa y molesta.

¡Ilusión! — exclamé quedamente; — ¿quién podría estar aquí?

Y sobreponiéndose a la impresión que por un momento me dominara, atravesé el umbral, y penetré en el salón, buscando instintivamente un banco, el de Manolito, y al encontrarlo, al descansar la mirada sobre de él, un ahogado grito de admiración y de sorpresa se escapó de mis labios.

Sobre la tapa, cubriéndola totalmente, estaban esparcidas, en hechicero desorden, gran cantidad de frescas y aromosas flores; pensamientos, lilas, capullos de rosa...

¿Era verdad? No estaba de nuevo preso en las redes de un fantástico ensueño? ¿Era cierto que el recuerdo y el cariño habían podido originar un acto tan bello?

¿En qué almas puras y cándidas había nacido aquel homenaje tan tierno y tocante?

Herido por una rápida y luminosa intuición, salí presuroso al patio.

En un rincón, apeñuscados y temerosos, mirándome, entre conmovidos y asustados, ví a tres niños.

— ¿Han sido ustedes? — les pregunté.

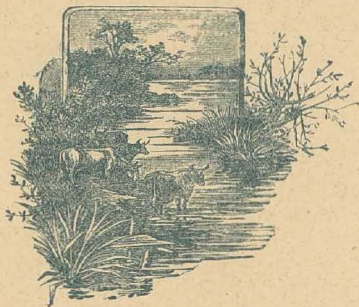
— Sí, señor,— contestó suavemente el mayorcito.

— ¿Y quien tuvo tal pensamiento?

— Entre todos, señor, y todos, sin faltar uno, hemos resuelto traer flores todos los días y engalanar con ellas el banco de nuestro compañero.

¡Así verá cuánto le queremos y sabrá que nunca podremos olvidarle!

Sentí que dentro del pecho vibraba algo consolador y santo: dichosa el alma brilló anegada en divina luz, é incapaz, yo, de articular una sola palabra, atraje hacia mí a aquellos niños; los estreché sobre mi pecho, y luego, enternecido... ¡lloré con ellos!



LOS NIÑOS

AL DOCTOR MANUEL T. PODESTÁ.

I

¿Veis un botón de rosa? Eso es un niño:
Soplo—aroma—misterio—florencia!
La nítida blancura del armiño
Símbolo es de su cándida inocencia.

Todo lo hermoso y delicado y suave:
Batir de ramas—palpitar de frondas—
Pluma en el cisne—cántico en el ave—
Rumor de besos y murmurio de ondas!

¡Oh, fúlgida niñez arrobadora!
Edad de la plegaria y la sonrisa
Pura como el rocío de la aurora,
Suave como el aliento de la brisa.

Edad en que ni el odio ni la duda,
Agitan los dormidos corazones—
Y la fe de la madre nos escuda
Y nos mecen sus lánguidas canciones.

Edad en que el espíritu no hieren
Remordimientos ni ambición salvaje—
Las ilusiones pálidas no mueren,
Ni en la dicha fantástico miraje!

¡Ah! Quien pudiera remontar la vida
 Y a la infancia volver del sentimiento —
 Para decir al corazón, ¡olvida!
 Y, ¡resurge! decir al pensamiento.

Remontar del pasado la corriente
 Y desandando el lóbrego camino,
 Ser el plácido arroyo cristalino
 Y no el impuro bramador torrente!

II

En las tardes heladas del invierno
 Cuando todo suspira y se entristece
 Y la bruma los cielos obscurece
 Y el día — por lo fúnebre es eterno:

Pienso en los niños que el turbión azota
 En los trémulos niños y desnudos,
 Que van descalzos — la camisa rota;
 Hoscos, hambrientos, lívidos y mudos...

.....

Errantes bajo el ábrego y las lluvias,
 Pienso, entonces, que nadie les espera,
 Y en sus graciosas cabecitas rubias
 ¡Ni un beso dejará la primavera!

Y cuando alguno cruza ante mi paso
 Con la enfermiza palidez del cirio,
 Tristes los ojos de fulgor escaso,
 Ver me parece deshojarse un lirio.

Pienso en los niños que la muerte espía
 En el antro fatal de la miseria —
 Donde es larga la noche — opaco el día —
 Donde aguza sus garfios la difteria!

Pienso en el niño anémico que espanta—
Pienso en los niños que un mendrugo imploran:
Y parece que inunda mi garganta
El torrente de lágrimas que lloran.

III

¡Poderoso que abrumba la riqueza
Y que sientes nostalgia en tus jardines:
Con las migas, no más, de tus festines,
Aliviará su llanto la pobreza!

Allá en las horas en que el viento zumba,
Cuando la nieve en remolinos baja
Y con su manto gélido amortaja
La piedra silenciosa de la tumba;
Mientras corren las nieblas del espacio
Y crujen las tremantes alamedas:—
Tú duermes entre púrpuras y sedas:
¡Muchos tiemblan al pie de tu palacio!

Leopoldo Díaz.





ENTRE BUENOS AMIGOS

TODOS los días y al concluir de comer, suelo pasar un par de horitas en compañía de unos buenos y excelentes amigos de muchos años, a quienes soy deudor de frecuentes e inolvidables ratos de ameno solaz y gratísimo esparcimiento.

Nos reunimos en la casa de don Mariano Villalba, excelente persona en quien brillan las condiciones del más perfecto caballero: cortés, delicado y discreto, sabe hacerse simpático a cuantos le tratan; quizá nadie como don Mariano posee el precioso y envidiable don de saber ganar amigos.

Es, además, tan servicial y bondadoso, que no obstante lo endeble y precario de su salud, se desvive para ser útil y grato a todo el mundo, estando siempre dispuesto a prestar un servicio, aun cuando el hacerlo pueda costarle una molesta incomodidad.

Hasta los sesenta y cinco años ejerció la medi-

cina, con tanto celo, probidad y espíritu humanitario, que, para él, el altísimo arte de curar y mitigar los dolores, fué, más que una carrera, una misión, un sacerdocio.

Casi contemporáneo suyo, condiscípulo e íntimo de toda la vida, es don Gumersindo Linares, antiguo farmacéutico que, cual su amigo, descansa hoy, después de una vida de actividad y honrada labor.

Imposible fuera encontrar dos personas más semejantes que el viejo boticario y su inseparable el anciano doctor.

Tienen las mismas ideas e idénticos gustos, y coinciden siempre en la manera de apreciar las cosas y los acontecimientos, como asimismo en el modo de juzgar a los hombres y de calificar sus acciones.

Tanta es la similitud de humor y manera de ser de estos nobles ancianos, que si en lo moral se parecen como dos gotas de agua, en lo físico no es menor la semejanza que se advierte en ellos.

Hay tal parecido en su manera de hablar, de sonreír, de mirar y aun de accionar, que, más que amigos, parecen hermanos.

Sólo discrepan en la apreciación de un detalle tan nimio como gracioso.

Fumadores ambos, aunque sin exceso, el boticario es partidario del cigarro de hoja, en tanto que el médico sólo tolera el cigarrillo.

Es cosa de verlos cuando discuten y ponderan

las ventajas de una y otra manera de fumar: son tantas las razones que aducen y tan prolijas las comparaciones que establecen; es tanta la calma y tal la circunspección con que las exponen, que en aquellos momentos, parecen dos hábiles diplomáticos que tratan de resolver una grave y difícil cuestión de Estado.

Alguna vez, porque este asunto sólo sale a colación de tarde en tarde, el coronel Evaristo de la Vega interviene en la cuestión para sostener una opinión nueva y contraria.

—Yo creo que ninguno de ustedes está en lo cierto, amigos míos,—dice;—el modo ideal de saborear el tabaco, consiste en fumarlo en pipa.

Tal salida pone término a la controversia y da origen a un rato de discreta y amigable broma.

Es el coronel de la Vega un gallardo y digno veterano, gloria purísima de nuestro ejército y claro ejemplo de virtudes militares.

Estudiaba, en 1865, en el Colegio Nacional de Buenos Aires cuando, como tantos otros, tomó las armas para vengar el honor nacional injustamente vejado y herido por un déspota, opresor y tirano de un pueblo desgraciado.

Siempre en primera línea, logró distinguirse en aquella campaña horrenda; en aquella lucha encarnizada y destructora en que los soldados argentinos, pródigos de su sangre y derrochando el valor, mostráronse dignos descendientes de los legendarios veteranos de Belgrano y de San Martín.

Conquistando sus grados uno a uno, a fuerza

de constancia y de meritorios servicios de guerra, llegó a coronel; entonces los achaques contraídos en largas y peligrosas campañas y el peso de los años, le obligaron a dejar el servicio activo: colgó la espada y se retiró a su honrado y apacible hogar.

Recordando los tiempos de la ya lejana juventud, volviendo a la memoria los múltiples hechos de sus fecundas y nobles vidas ellos, y yo, evocando episodios de la mía, obscura y humilde, pasamos gratamente las horas envueltos por la nube azulada de los recuerdos, dominados por un suave ambiente de inenarrable placidez.

El coronel posee un inagotable caudal de cuentos y de episodios reales, oídos muchos, y vividos los más, que refiere de un modo sencillo e interesante, y él, que es un valiente de alma heroicamente brava, se estremece al recordar alguno de estos hechos que tienen el triste privilegio de turbar el alma y de oprimir el corazón.

— ¡Oh! suele decir a veces; es tan horrible y espantosa la guerra, tan trágico y sangriento su desarrollo, que sólo una causa absolutamente santa o un motivo fatal e inevitable pueden justificarla.

Pero, así como no hay censuras y reproches bastantes para abrumar al que, cuando su patria lucha justamente, le niega el tributo de su sangre, así son pocas todas las maldiciones para lanzarlas sobre la cabeza del hombre criminal e impío que, sin necesidad absoluta, la provoca y enciende; mucho más si es entre hermanos.

Conversando un día a propósito del valor y de los valientes, dijo:

— He conocido hombres bravos hasta lo inconcebible; que han sido en los campos de batalla pasmo y admiración de los más valientes, así amigos como contrarios, por su impavidez, serenidad y sangre fría.

Pues bien; sé de varios de estos hombres que alguna vez y por causa nimia, y, hasta, si ustedes quieren, ridícula, han tenido miedo.

Creo firmemente que quizá fuera imposible encontrar entre los hombres de valor probado e indudable, uno solo que pudiera decir, con absoluta verdad: ¡yo no he temblado nunca!

— ¡Caramba, coronel! — replicó don Gumersindo — yo no puedo, ni soñado, poner en duda una afirmación de usted; pero yo negaría en redondo, si alguien se atreviera a decir, en mi presencia, que el coronel de la Vega, por ejemplo, el heroico soldado de Yatay, del Estero-Bellaco y de Curupayty, había tenido miedo alguna vez.

— Pues, vea usted, amigo mío, lo que son las cosas. Si a usted le afirman que yo alguna vez he tenido miedo, y usted lo niega, quedará usted mal, ¡pero muy mal!

— No diga usted, — repliqué yo riendo; — ¡usted, bravo entre los bravos! ¿usted ha tenido miedo?

— Sí, mi querido amigo, sí; yo he sentido miedo... y mucho; si ustedes me atienden un breve momento, voy a contarles como fué.

Don Mariano, don Gumersindo y yo, fuimos todo oídos y el digno militar habló así.



¡MIEDO!

(IMITACIÓN)



UES señor, es el caso que hace ya muchos años aconteció, en un amenísimo valle salteño donde mi padre poseía una heredad que aun conservo, el hecho curioso que voy a contar á ustedes, y que me hizo pasar una hora de ansiedad, de angustia y de miedo.

Asuntos importantes de carácter personal lleváronme a la tierra de Güemes, y aproveché la ocasión para visitar sitios de soberana belleza, llenos de apacible soledad y consoladora calma.

Tanto como la contemplación del paisaje, seducíame la idea de saludar a los guardianes de la finca, honrados a carta cabal, y pertenecientes a una familia que de tiempos pretéritos, y de padres a hijos, venían cuidando de la casa de colonial

origen y señoril aspecto, donde nacieron y acabaron sus días muchos de mis antepasados.

Emprendí viaje al amanecer de un claro y riente día y descabalgué en el patio de la casa cuando empezaba a declinar el día y en el preciso momento en que la esposa y las hijas del casero se disponían a dejarla.

Al darme a conocer, aquellas buenas mujeres manifestaron claramente su júbilo y complacencia.

Hacía tanto tiempo que nadie de la familia visitaba la heredad, que mi impensada visita fué para los viejos y fieles servidores un grato acontecimiento; pero, cuando manifesté mi resolución de permanecer en la casa algunos días, y, sobre todo, de pasar en ella la noche, tanto la madre como las hijas palidieron, dando inequívocas pruebas de terror.

—¿Pasar aquí esta noche? ¿La noche de hoy?— exclamaron las tres á la vez.—¿No sabe usted a cuántos estamos del mes?

—¡Claro que lo sé!— contesté riendo.—Pues estamos a primero de Noviembre...

—¡Justamente! Día de Todos los Santos, y es esta noche ¡la noche de los Difuntos!

—Y eso ¿qué tiene que ver?

—Pues, muchísimo, niño.

—¿No sabe usted que esta noche no la pasamos nunca en la casa, ni la pasaríamos por nada del mundo, aun cuando nos ofrecieran para ello todas las riquezas de la tierra?

Pasar aquí la noche; ¡Santo Señor del Milagro,

Divina Señora del Carmen! ¿No sabe usted que hoy, a las doce en punto, la casa se llena de luces, que se oyen ruidos de cadenas y que aparece *el ánima*? Mi marido y mis hijos ya están en el pueblo, y a reunirnos con ellos vamos nosotras antes de que anochezca.

Recordé haber oído contar algo de esto a mi padre, al referirme casos de credulidad y aun de superstición observados entre los vallistas, y me eché a reír.

—No se ría usted, niño; las cosas del otro mundo conviene tomarlas en serio — objetó la anciana. ¡Con Dios no se juega!

— Bueno, mujer, bueno; no riñamos por tan poca cosa. Mira, aun no se ha puesto el sol y el pueblo no está lejos. Preparadme en un momento cena y cama, me dejáis solito, y tenéis tiempo de marcharos antes de que os alcancen los difuntos.

— ¡Como usted quiera, niño!

Penetraron en la casa; y mientras que la casera y sus hijas preparaban lo pedido, yo, seducido por la belleza del campo, soberbiamente hermoso en aquella hora solemne, quedé extasiado en su contemplación.

Me sacó de mi ensimismamiento la voz de la anciana: — ¡Venga, señor, suba...! Ya está todo dispuesto. ¡Quiera Dios que no se arrepienta de su incredulidad, y que no le acontezca nada desagradable.

Y dicho esto, y más que a buen paso, las tres campesinas se marcharon.

— Y hételo aquí a usted solo, coronel, — dije yo sonriendo.

— En efecto: entré el caballo en la cuadra; subí la añosa escalera de carcomidos peldaños, y penetré en una pieza donde, sobre limpia mesa estaba dispuesta mi cena, y en otro aposento contiguo, un sencillo y empinado lecho.

Sentéme, y di, muy sosegado, buena cuenta de los fiambres, queso, frutas y añejo vino de Cafayate que para mi regalo dispusiera la casera, y luego, acomodándome a mis anchas en el viejo sillón que ocupaba, encendí un cigarro.

Acariciado por el fresco aire del anochecer y por el grato silencio que me rodeaba; satisfecho por la cena, aplomadillo por el cansancio y adormecido por el tabaco, no tardé en quedarme dormido del todo.

— Y comenzó usted a soñar.

— No, mi querido don Gumersindo. Comencé a dormir profundamente, como un verdadero lirón, hasta que las campanadas de un reloj me despertaron. Y me despertaron *del todo* ¿comprenden ustedes? Miré la hora en mi reloj y también en el que me había despertado: eran las once y minutos.

Temiendo el insomnio, me levanté y de mi maleta tomé un libro y me puse a leer, pero, la verdad me obliga a confesar que no me enteré bien de lo que leía.

— Ya sentiría usted no haber creído a los guardianes de su casa...

— No, se lo aseguro a usted. Pues, como iba diciendo, leí un momento sin conseguir fijar la atención: algo desconocido obraba sobre mí sin que yo pudiera determinarlo; *un algo*, que, a mi pesar, me distraía y me tenía ansioso... Al fin di con ello.

— ¿Y qué era, coronel?

— Pues, *el silencio*.

— ¿El silencio?

— Sí, amigos míos, sí. Pero no uno de estos silencios agradables y calmantes que traen a nuestro espíritu el descanso y la tranquilidad; aquel silencio era de una intensidad insoportable; tan absoluto que, aun escuchando con toda la atención de que un hombre es capaz, no aseguraré que oí, sino más bien que me pareció oír el rítmico rumor de mi respiración.

Era aquél, un silencio frío y mortal; un silencio capaz de convertir el sobresalto en miedo y el miedo en locura.

Traté de proseguir mi lectura, pero en vano; al rato cerré el libro, y esta vez para no volver a abrirlo: sin saber por qué, me sentí inquieto, medroso y casi próximo a perder la serenidad.

¡Ingrato momento! Fijé mis ojos en la esfera del reloj: faltaban breves momentos para las doce; para la hora tradicional de las apariciones, de las brujas y de los duendes; para el momento en que, según mis crédulos y espantadizos criados, la casa debía llenarse de luces mientras el ánima, arrastrando pesada cadena, se pasearía por ella.

— Comprendo que se sintiera usted dominado por el miedo.

— No, buenos amigos, no. *Aun no* me dominaba el miedo; *fué después*.

— ¿Aun no? ¿Después?

— Sí, sí, *después*. Convencido de que la lectura no podría distraerme, me volví a sentar y esperé...

— ¿Esperar? ¡Y a quién esperaba usted!

— Esto es lo que no hubiera podido decir, pero es lo cierto que yo esperaba; ¿*algo?* ¿*a alguien?* No lo supe entonces ni lo sé ahora: he sospechado, después, que lo que yo esperaba de un modo vago e impreciso, era que pasara la hora fatídica; que sonaran las doce.

Transcurrieron algunos instantes y llegó el momento: lenta y acompasadamente, las esperadas campanadas se dejaron oír... y entonces sí que sentí, no ya miedo; sino verdadero pánico, porque en el portal, abajo, en los primeros peldaños de la escalera, alguien empezó a subir con pasos lentos y casi apagados; alguien que arrastraba una cadena...

— ¡Caramba! coronel! No hubiera deseado encontrarme en su lugar...

— Sí, no era una situación muy agradable, por cierto, — contestó sonriendo el viejo militar.

Volví maquinalmente los ojos a todas partes, como buscando un providencial socorro, y descubrí, en un rincón, una vieja escopeta.

De un salto me puse junto a ella; la así y la examiné; ¡estaba cargada!

La apoyé en mi hombro y apunté en el hueco de la puerta, a la altura del pecho de un hombre, dispuesto a disparar sobre el intruso, fuere quien fuere; ser real o fugaz fantasma.

Acercábanse los pasos, lentos y blandos, con el ruido de la cadena por eco... Entonces, sentí amargarse la boca; sudor en la frente y escalofríos en pecho y espalda; respiraba con dificultad, no hubiera podido hablar, de seguro, y me sostenía en pie por milagro.

En la sombra del hueco apareció una borrosa imagen blanquecina que avanzaba; entonces...

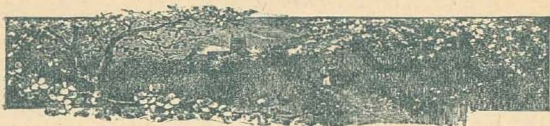
—¡Disparó usted!— dije yo, sin poderme contener.

—No, no hice fuego; no pude hacerlo... Un perro de buena estampa y alta talla entró en el aposento arrastrando una sencilla cadena.

Pasó cerca de mí, manso e indiferente; enarcó los lomos bostezando, y muy sosegadamente se acurrucó en un rincón.

Escapóse la vieja escopeta de mis manos, y mis piernas dejáronme caer, insensible, inerte, sobre el viejo sillón en donde, después de cenar, me había dormido...





LA CASA DEL NEGRERO

I

UN EXTRAÑO VISITANTE



Las palabras del coronel, siguió un rato de viva y animada conversación: el relato nos había interesado tanto, que todos sentíamos necesidad de comentarlo a nuestro gusto y satisfacción.

—Su curiosa y emocionante aventura, amigo de la Vega, —dijo don Gumersindo,— me trae a la memoria el recuerdo de otra no menos dramática que la suya, pero, que terminó de un modo más cómico.

Me la contó un francés, colega mío, un tal Carlos Molinet, famoso entre el gremio de farmacéuticos por su bondad y extremada cortesía así como por la solemne gravedad que ponía en el desempeño de sus tareas; pues, en concepto del buen Molinet, no había en el mundo acto alguno

que exigiera tanta seriedad y meticoloso cuidado, como el despacho y preparación de una fórmula o receta.

Tenía Molinet un tío, boticario también, llamado Temístocles Mirlitón, avaro y tacaño más de lo conveniente.

Vivía este señor en una finca de su propiedad, en un pueblo cercano a París y sin más compañía que la de un antiguo criado, tan viejo y sórdido como Mirlitón, e idéntico a su amo en gustos e ideas.

Contigua a la casa del tío de mi amigo, alzabase otra de aspecto misterioso y descuidado, en venta desde mucho tiempo atrás, sin que jamás se hubiera presentado comprador o persona que mostrase interés por ella; la *Casa del Negrero*, como se la llamaba, parecía destinada a arruinarse en el abandono.

Una conseja local decía que la tal casa fué mandada construir por un hombre de poco agradable aspecto que, según voz corriente, se había enriquecido ejerciendo el vil tráfico de esclavos.

Un día, desaparecieron él y su criado, de traza tan siniestra como la de su amo, sin que jamás se les hubiera vuelto a ver.

Era también creencia arraigada, entre los habitantes del pueblo, que en la *Casa del Negrero* debía de haber enterrados muchos y valiosos tesoros.

Era una noche de un verano, ardiente y bochornoso como pocos; el señor Mirlitón, a quien el calor sofocante mantenía en el jardín, acabó por dormirse al pie de un copudo castaño.

En lo mejor de su sueño, sintió que alguien le sacudía; despertó, y quedó mudo de sorpresa viendo cerca de sí a un sujeto de elegante figura y enmascarado rostro, quien, apuntándole con una pistola, le decía con voz resuelta y opaca:

— Si se mueve usted, o grita, o dice una sola palabra, le mato.

Mirlitón, que era un cobarde patentado, prometió, tembloroso, hacer ciegamente lo que el desconocido le ordenase, siempre que su vida fuere respetada; cosa que aquél le prometió sin inconveniente.

— Escuche usted bien lo que voy a decirle. Próximo a la tapia que separa su jardín, del vecino, tiene usted un palomar abandonado: en la planta baja hay un fardo de pasto y algunos instrumentos de labranza.

En la parte alta, completamente desocupada, se abre una gran ventana desde donde se ve, por entero, la *casa y el jardín del negrero*; ¿es así?

— Efectivamente, — murmuró Mirlitón — a quien sorprendía ver a un extraño tan conocedor de su casa.

— Pues, bien; — dijo el enmascarado, — deseo estar junto a esta ventana hasta el amanecer, y quiero que usted esté a mi lado: advirtiéndole que, vea usted lo que vea, y suceda lo que suceda, usted no dará señal de vida, so pena de perderla en el acto. ¿Accede usted?

— ¿Y qué más podría hacer? ¡Estoy pronto! — contestó compungido Mirlitón.

— Vamos, pues.

A los pocos momentos estaban los dos hombres sentados junto a la ventana del altillo del palomar.

A la vaga claridad de la luna, entonces en cuarto menguante, el *jardín del negrero*, descuidado, lleno de hierbas locas y con los caminos medio borradados, presentaba un aspecto semisalvaje, agreste y medroso.

El señor Mirlitón, que nunca fué curioso, lo examinó en aquel momento, más que con interés, con indiferencia.

En medio del jardín veíase un pequeño estanque semivació; más lejos, pintado en una pared un cuadrante solar, y haciendo bis a bis con él y adosado al opuesto muro, un pozo: al fondo, limitando el jardín, veíase la casa, larga y de poca altura, casi oculta por las hiedras.

El silencio profundísimo que reinaba; los ruidos de la noche; las movibles sombras de los árboles proyectadas sobre los caminos y las manchas claras de los cuadros del jardín, y la inmovilidad y mutismo de su extraño compañero, aumentaban y hacían más opresivo y angustioso el temor creciente que embargaba el ánimo del apocado farmacéutico.

¿Qué iba a suceder? ¿Cuáles serían los designios de su extraño asaltante? ¿Qué iba a ser de él, sujeto al capricho del terrible desconocido?

Las horas pasaban y el silencio y la obscuridad crecían: poco a poco, cayó Mirlitón en un estado de semiinconsciencia, durante el cual fué víctima de aterrantés alucinaciones

Le parecía que varios hombres de sospechoso aspecto, enmascarados como su desconocido secuestrador, le internaban en una espesura donde, después de martirizarle dolorosamente, terminaban dándole muerte.

Desaparecía esta visión aterradora y creía encontrarse en un campo desierto y desolado, donde millares de buitres, de gigantescos cuervos y rabiosos gavilanes le acosaban y circuían, y de cuyos dolorosos picotazos intentaba en vano defenderse a gritos y manotones.

II

UN TESORO ESCONDIDO

Una especie de rugido le arrancó de su pesadilla, y oyó a su incógnito acompañante que decía: — ¡Helo aquí, al grandísimo bandido! Adivinó el secreto y pretende robarme. ¿No ve usted?

Y como Temístocles demostrase por señas que nada veía, el desconocido, señalando un ángulo de la casa, dijo: ¡Allí!

Efectivamente: un hombre trayendo en la mano una pequeña azada avanzaba cautelosamente por uno de los senderos laterales.

Detúvose a los pocos pasos y arrió la herramienta a la pared, precisamente debajo del cuadrante solar, encendió, después, una linterna, y consultó atentamente una hoja de papel que sacó de su cartera.

Terminado el estudio de lo que Temístocles supuso ser un plano, se dirigió a la tapia opuesta al palomar, donde estaba adosado el pozo; dió la espalda al brocal y avanzó diez pasos, bien contados, en dirección al estanque: detúvose allí; hincó en el suelo un piqueta; desarrolló una cinta; la extendió en toda su extensión, en dirección a un árbol aislado, cercano al estanque; fijó otro piqueta, y desde él, caminó otros diez pasos en línea recta y en dirección a una estatua de barro que representaba a Ceres.

Entonces, cortó una placa de césped, tomó la azada, y durante un largo intervalo cavó afanosamente: el enmascarado, que desde la ventana del palomar contemplaba la escena, daba pruebas de ser presa de una viva agitación, y Temístocles, en quien la curiosidad casi disipó el miedo, seguía las operaciones del excavador sin perder el más leve detalle.

Impensadamente, el hombre de la azada dió un grito; se inclinó, y saliendo del hoyo, púsose a bailar como un loco.

— ¡Ah! —murmuró el desconocido del palomar.— Lo ha encontrado; lo tiene, y me robará, el miserable.

Pero de pronto, el buscador del jardín, al hacer una de sus piruetas, dió un grito ahogado de dolor y dejándose caer en el suelo, donde permaneció un largo rato, gimiendo sordamente y dando muestras del mayor sufrimiento; probó, al cabo, a ponerse en pie, pero en vano: entonces,

casi arrastrándose, tapó de nuevo el hoyo, colocando sobre de él, para disimularlo, la placa de césped que tan cuidadosamente cortó momentos antes.

Luego, muy despacio, y apoyándose en los árboles llegó al pozo: arrojó en él la azada: después se dirigió penosamente a la puerta de la casa, la abrió, volviéndola a cerrar desde fuera, y se perdió en la sombra.

— Gracias, señor Mirlitón; merced a usted se evitará una injusticia. Este hombre que acaba de marcharse es hermano mío; juntos hemos buscado el tesoro del negrero, que era antecesor nuestro, y que a ambos nos pertenece por igual.

Él, más agudo y perpicaz lo ha descubierto y quiere apropiárselo por entero; el accidente que casualmente le ha sucedido, me da el tiempo necesario para impedir su intento. Pronto sabrá usted quien soy, y se convencerá de que el agradecimiento es en mí una virtud, y no un nombre vano.

III

LA AVARICIA ROMPE EL SACO

No durmió, aquella noche, el señor Temístocles Mirlitón pensando en la manera de hacer suyo el escondido tesoro.

Recordando que la casa estaba en venta desde muchísimos años atrás, resolvió comprarla, haciéndose así dueño del tesoro que tan enemistados traía a los dos desconocidos hermanos.

A las ocho de la mañana siguiente estaba ya en casa del notario señor Guillermín, que era la persona autorizada para vender el inmueble.

— ¡Oh, mi querido señor Mirlitón! ¿a que debo el honor de verle a usted tan temprano por mi casa? — dijo amablemente el escribano.

— Pues, ha de saber usted, mi excelente señor Guillermín, que he resuelto comprar la *Casa del Negrero* para ampliar mi jardín; y como los diez mil francos que piden por ella me parecen un precio razonable, vengo a verle a usted para terminar hoy mismo el negocio.

— Mi querido señor Mirlitón, hasta ayer, el precio de la casa era de diez mil francos, como usted dice; pero ayer, precisamente, se presentó uno de los herederos; pidió las llaves, y hoy se me ha presentado a primera hora, enfermo de la pierna por cierto, y me ha ordenado que no ceda la casa por menos de treinta mil francos. ¡Esto es una locura! ¿Quién pagará tan enorme precio por un caserón destartalado y ruinoso?

— Yo, mi respetable señor Guillermín! — repuso Mirlitón.

El notario se quedó mirando perplejo al viejo rentista, y luego, dijo: — Como usted quiera; hoy a las dos firmaremos la escritura.

* * *

Cuando llegó la noche, el señor Mirlitón, tomando mil precauciones y conteniendo la medrosa inquietud que le dominaba, penetró secretamente,

a favor de una recia escalera de pino, en el jardín de su nueva propiedad, y provisto de una fuerte azada cavó de firme en el lugar donde lo viera hacer, la noche anterior, al descubridor del tesoro.

Después de un largo rato de trabajar, la azada chocó contra un objeto metálico; con el corazón saltándole del pecho, y una alegría loca pintada en el rostro, se inclinó Mirlitón y sacó del hoyo una caja de lata sujeta con fuertes alambres fijados con resistentes sellos de plomo.

Estrechándola contra su pecho se dirigía presuroso a la escalera que le había servido para salvar la tapia divisoria de ambos jardines, y ya había trepado la mitad de ella cuando estalló entre los árboles una carcajada seca y estridente y dos bultos blancos se movieron en la sombra.

Loco de terror, Mirlitón, apresuróse a trasponer la tapia, y, ya en el suelo, echó a correr desesperadamente, y sólo cuando se encontró en su cuarto, con las puertas y ventanas bien aseguradas, se tranquilizó y abrió la caja, que no contenía dinero ni valores, sino una hoja de papel apergaminado que Mirlitón desarrolló, algo escamado, y que leyó lleno de espanto.

Decía así:

Receta que dan los hermanos Largavista a los propietarios, para poder vender en 30.000 francos una casucha que apenas vale 10.000.

Se toma un señor Mirlitón cualquiera, capaz de creer en la existencia de tesoros enterrados y de querer substraerlos a sus legítimos dueños...

El flamante dueño de la *Casa del Negrero*, pálido y con los ojos extraviados, se dejó caer como un plomo en un sillón, maldiciendo de su codicia que, además de algunas horas de terror y espanto, le costaba ¡30.000 francos! cantidad que el avaro sentía tanto como si le hubieran arrancado las entrañas.





FELIZ ENCUENTRO

FSTA mañana he tenido un agradable encuentro: curioseaba las últimas novedades en la librería *La Publicidad*, de la que soy asiduo concurrente, cuando sentí que me tocaban blandamente en el hombro y que una voz franca y llena me decía:

— Buenos días, Melchor. ¿Qué es de tu vida?

Y como mi interpelante observase que yo le miraba antes de contestar, como si quisiera darme cuenta de quien era el que me había interrogado, me dijo, un si es no es sorprendido:

— ¡Qué! ¿Acaso no me conoces?

— ¿Qué no te conozco, Pablo? ¡Pues no faltaría más!

Y estrechando efusivamente las manos que cordialmente me alargaba, agregué:

—Tú eres de aquellos a quienes no se olvida nunca.

— Por demonio, ¿no?

— No tal. Por ocurrente, por alegre, y, sobre todo, por bueno.

— Gracias, Melchor.

Y una afectuosa sonrisa se dibujó en los labios de mi amigo y condiscípulo: miróme complacido un breve momento, y colocando ambas manos sobre mis hombros, exclamó:

— ¡Cuánto tiempo sin vernos! Parece imposible que dejemos pasar los años tan tontamente, sin escribirnos cuatro líneas...

¡Decididamente somos unos grandes descuidados!

— ¡Sí, no es posible negar que somos más despreocupados de lo que fuera justo: pero, no creas; no queda tiempo para nada: la escuela absorbe todas las horas al maestro que quiere ser digno de llevar tal nombre.

— Verdaderamente, es como tú dices; pero... con todo; con un poquito más de buena voluntad, no viviríamos tan aislados y tan ajenos unos a los otros.

— Tú, — añadió Pablo, — ¿estás siempre dirigiendo la misma escuela?

— Siempre — contesté, — ¿y tú, que te has hecho?

— ¿Yo? En pleno desierto, en el extremo de la República.

— Sí, ya me dijeron que andabas por Misiones...

— Por allí anduve, pero por poco tiempo; después pasé al Sur: al presente dirijo una escuela en el Chubut.

— ¡Diablo! ¿Y qué haces en aquellas soledades?

— Pues, una cosa muy noble; — dijo mi condiscípulo, con sencilla dignidad. — ¡Hago patria!

— ¡Hombre!...

— ¡Tal como lo oyes! Vosotros, los que vivís y ejercéis en la gran Buenos Aires, al contemplar en los álbumes fotográficos o en las revistas ilustradas, la mezquindad y sencillez de los edificios en que funcionan las escuelas de los territorios nacionales, no os dáis, seguramente, idea clara de la importancia que tienen aquellos humildes, pero potentes focos del sentimiento nacional, ni de lo fecundo, espinoso y trascendente que resulta la ímproba labor de los que en ellos trabajan.

— ¡Me lo figuro!

— Y es muy posible que lo que tú imagines, quede muy lejos de la realidad.

Mira: cuando yo me hice cargo de la escuela que aun regento, la población se componía de dos elementos: unos pocos millares de colonos, europeos casi todos, y unos cuantos cientos de individuos de mal vivir, extranjeros también en su mayoría.

Los primeros, buenos y honrados, sí, pero apegados a su lengua, a sus costumbres y a su patria de origen, no tenían otras preocupaciones que cuidar de sus prósperos rebaños, sembrar la ma-

yor cantidad posible de ese magnífico trigo que no tiene igual en todo el Mundo, y defender sus vidas y haciendas de los ataques y depredaciones de los malhechores; gente cruel, sin otra ley que la ferocidad y la violencia, ni más tendencia que la holganza y el vicio.

Hablar de patriotismo, allí, era inútil: los buenos colonos, sencillos y laboriosos, se preocupaban muy escasamente de la patria de sus hijos; y éstos, en casi su totalidad, demostraban no conceder gran importancia a su cualidad de argentinos.

La bandera nacional, humilde y como cohibida, sólo flotaba allí sobre las escasas oficinas nacionales.

Cuando alguna vez los colonos estaban de fiesta, la bandera predominante no era la nuestra; sino una extranjera; la de una gran nación fuerte, temida y poderosa, que, desgraciadamente, domina en tierras que por derecho y por tradición fueron siempre nuestras, y que algún día, quiera Dios que no esté muy lejano, volverán a serlo, y esta vez, para siempre.

No vas a creer lo que voy a decirte, y, sin embargo, es absolutamente cierto.

No uno solo, sino muchísimos han sido los mozos que han llegado a la edad en que la ley impone a todos los argentinos el servicio militar, sin saber hablar una sola palabra en el idioma patrio, ni saber quiénes fueron los que hicieron la Revolución de Mayo, ni cómo se llamaban los que firmaron el acta de la Independencia en Tucumán.

— Pero, ¿es posible?

— Tal como te lo digo.

Hoy, afortunadamente, todas estas cosas han pasado, y de ésta poco lisonjera pintura sólo queda lo que sobrevive de una fatigante pesadilla: un borroso é impreciso recuerdo.

Hoy, ya no es en aquella extrema región, una palabra seca y sin eco, el nombre de *argentino*; hoy la bandera bicolor es la que en los días memorables domina en todas partes y flota arrogante al viento; y en aquellas humildes escuelas donde el maestro plasma el corazón de los pequeñuelos, se cantan el *Himno Nacional* y el *Saludo a la Bandera*, esas oraciones fervorosas del amor patrio y del sentimiento nacional que hace temblar las almas y caldea todos los espíritus.

Yo he visto en las solitarias playas del Atlántico, junto a las aguas sombrías, sobre las cuales la imaginación cree distinguir la silueta de las carabelas magallánicas, muchos grupos simpáticos de dulces niñas deshojando puras y fragantes flores, conmovedora ofrenda a la santa memoria de los que en el mar *muriéron por la Patria*.

Y esta obra de reivindicación, es la obra de la escuela argentina; de los humildes maestros que en pobres barracas, venciendo fuertes preocupaciones y mezquinas suspicacias, a la par que enseñan a leer, predicán el altísimo evangelio, la augusta religión del amor a la Patria.

Y no creas que tal resultado se ha conseguido sin luchas ni sacrificios; no: ¡si yo te contara...!

— ¡Qué es eso de *si yo te contara!* — exclamé yo, ¿piensas dejarme? Esas cosas que tú cuentas, además de interesar, llegan a las entrañas.

— Hablo así — contestó Pablo, — porque ya es tarde y tú tendrás qué hacer.

— Después de tantos años de separación, bien podemos, uno al otro, dedicarnos un día. ¡Tenemos tanto qué decirnos! ¡Tantas cosas qué preguntarnos! Propongo que pasemos juntos todo lo que de la tarde resta, y que luego comamos en compañía. ¿Estás conforme?

— ¿Y cómo podría no estarlo?

Y agradablemente emparejados, como en los buenos tiempos de estudiantes, salimos los dos a la calle, con el corazón alegre y satisfecho y el paso elástico y ligero de ya pasados días.

— Te hablaba yo — empezó a decir Pablo, — de los contratiempos y adversidades que hemos sufrido los maestros, antes de asegurar a la escuela nacional en los territorios, vida holgada y próspera.

Oye lo que me pasó a mí, y de qué medio hube de valerme para vencer la injusta inquina, la ciega ojeriza que hacia ella sentía un vecino de cierto prestigio, por desgracia, compatriota nuestro.





EL VETERANO ANCINAS



UANDO tomé posesión de la escuela de Piedras Blancas asistían a ella escasísimos alumnos: propúseme emplear todos los medios para aumentar la inscripción, y, para conseguirlo, visité a los vecinos que tenían niños en edad escolar.

Hubo algunos cuya indiferencia o espíritu hostil me fué imposible vencer; otros me trataron con un desvío rayano en la desconsideración, y unos cuantos que, sin mayor esfuerzo de mi parte, mostráronse pronto asequibles a mis razones, mandaron de buena gana, sus hijos a la escuela,

No era poco lo conseguido; pero faltábame aún mucho que hacer.

Habíanme hablado de un viejo soldado, llamado Aniceto Ancinas, de genio adusto y bravío, acérrimo enemigo de escuelas y maestros, que vivía muy distante del incipiente poblado.

Me propuse verle y así se lo dije al padre de

uno de mis discípulos, excelente persona a quien soy deudor de muchos e interesantes datos acerca de los hombres y de las cosas de la región.

—Tenga usted mucho cuidado, señor,—me dijo;—don Aniceto es duro y terco. Si usted persiste en la idea de visitarle, no le pida que mande sus nietos a la escuela, ni le amenace con hacerle cumplir la ley a la fuerza: no teme a nadie, y podría darle a usted un disgusto.

Si yo estuviera en su lugar —prosiguió,—no me ocuparía de semejante sujeto, ni emprendería un viajecito incómodo y fatigoso y que resultará completamente inútil; porque ninguno de los amigos y vecinos del viejo Ancinas ha de mandar sus hijos a la escuela si aquél no lo hace, y esto, señor, no lo conseguirá nunca ni usted ni nadie.

No eché en saco roto las advertencias de mi amigo; pero no renuncié al proyecto de conquistar para la buena causa al adusto veterano.

Por intermedio de uno de sus íntimos, le saludé y le ofrecí mi casa, pidiéndole que me hiciera el obsequio, cuando sus ocupaciones se lo permitieran, de visitar la escuela.

No tardé mucho en ver cumplido mi deseo: una tarde se me presentó el hombre, serio y ceñudo, y en pocas y secas palabras me preguntó qué es lo que deseaba de él.

Respondíle con mucho agrado, que sólo deseaba tener el placer de conocerle personalmente y de suplicarle que quisiera honrarme visitando la escuela.

Titubeó un momento; pero, al fin, consintió en complacerme.

Penetramos en la única aula ocupada, de las dos que tiene la escuela, y los niños, al notar nuestra presencia, pusiéronse respetuosamente en pie, cosa que no dejó de sorprender al arisco visitante.

Entonces yo, con voz firme y vibrante, hablé así:

« Niños: Tengo la gran satisfacción de presentar a ustedes a nuestro buen vecino el señor Ancinas, que ha tenido la deferencia de visitarnos, atención delicada que yo le agradezco íntimamente en nombre de ustedes y en el mío.

Pero, del señor Ancinas, que es acreedor al respeto y al cariño de los buenos patriotas, no puedo hablarles sino en presencia del amado símbolo de nuestra nacionalidad y de nuestras glorias.»

Patricio Esquivel — continué, dirigiéndome al menor de mis alumnos; — usted, que es el portaestandarte de la escuela, cumpla su deber.

Levantóse el niño, y momentos después reapareció, portador de la bandera blanca y azul.

El rostro severo del viejo soldado se transformó; irguióse, gallardo como un añoso roble, y saludó militarmente a la gloriosa enseña que en cien combates le cobijara con sus majestuosos pliegues.

Yo, proseguí: « Por esta bandera, amada hasta el delirio por todos los argentinos; por esta santa y gloriosa bandera, libertadora de pueblos, ungida por la victoria y coronada por la justicia, ha com-

batido sin tregua ni descanso el esforzado veterano que tienen ustedes a su presencia.

« Por ella, dejó su hogar, sus padres y sus hijitos; por ella vió a cientos de sus amigos entregar la vida en tierra extraña e inhospitalaria, y por ella, y siempre por ella, dió, sin tasa ni medida, el copioso raudal de su generosa sangre.

« Aprendan ustedes de él a ser bravos hasta la temeridad y patriotas hasta el sacrificio, y cuando les llegue la hora de empuñar las fuertes armas que él no podrá ya sostener ni esgrimir, valoren cual merece, lo que significa el glorioso nombre de soldados argentinos, y sepan, como él lo supo, conservar el prestigio de nuestros ejércitos y ser dignos herederos de los gigantes compañeros del entusiasta Belgrano y del austero y magnánimo San Martín.

« Y siempre que encuentren a nuestro vecino a su paso, salúdenlo reverentes; mírenlo con el cariñoso respeto que es debido a los que en la tierra saben cumplir sin dudas ni vacilaciones la severa ley del supremo deber.

« Y ahora, niños, vengan ustedes a estrechar la mano del pundonoroso soldado, del valeroso argentino coronado por la victoria en las sangrientas guerras del desierto y en los esteros del Paraguay. »

La escena fué sencilla y tocante; los escolares, uno a uno, fijos los ojos en el viejo Ancinas, y llenos de un recogimiento religioso, saludáronle con esa sincera solemnidad que los niños emplean en ciertas horas de su vida.

El áspero anciano no trataba de disimular su enternecimiento; temblábanle los labios y en sus ojos brillaban dos lágrimas.

Saludó brevemente a los niños, retiróse lentamente, y antes de montar a caballo, me estrechó fuertemente entre sus brazos y me dijo, muy bajito:

— ¡Gracias, maestro!

.....

Al día siguiente volvió, pero no solo. Acompañábanle sus tres nietos a los que inscribió como alumnos, amenazándoles con severísimos castigos si no aprovechaban el tiempo y no eran sumisos y obedientes.

Como el día anterior, al retirarse, después de saludarme cordialmente, me dijo:

— Dígales usted las cosas que ayer le oí decir de nuestra bandera; enséñeles a leer y a escribir, y, sobre todo, a que amen a la Patria y se sientan orgullosos de ser argentinos.

Y desde aquel día, no pasó uno solo sin que alguno de los compañeros del viejo militar llegase a las puertas de la escuela en demanda de asientos para sus hijos.

Y así, de este modo, moviendo ese profundo sentimiento de respeto y veneración por la Patria que existe en el alma de todos los hijos de nuestra tierra, por ignorantes que ellos sean, hice de Aniceto Ancinas, el recalcitrante enemigo de la instrucción, el más constante y fiel auxiliar del maestro y de la escuela.





En el altar florecen las rosas de la fiesta

En el altar florecen las rosas de la fiesta,
y los salmos de gloria resuenan en el coro,
entre el clamor unánime, profundo, de la orquesta...
sobre los cirios tiemblan libélulas de oro.

Oración del domingo primaveral, florido,
luz de sol en las altas vidrieras ojivales,
luz de sol en los cálices y en las capas pluviales..
¡cuántos días lejanos y felices te he oído...

Eran las buenas gentes con trajes nuevos... era
el cortejo de niñas lindas y bulliciosas,
como un enjambre blanco de blancas mariposas,
bajo el claro y risueño sol de la primavera...
era la adolescencia... y esa vaga alegría
del que espera y no sabe lo que espera...

... Y luego el desencanto y la melancolía...

Alma, ¿por qué no rezas otra vez tu oración?
alma, espera la hora de la resurrección
de una muerta y lejana alegría infantil:
será la aurora para mi pobre corazón,
desfilarán las niñas blancas en procesión,
y tocarán a gloria en su viejo esquilón,
en el alba rosada de un domingo de Abril...

Juan Pujol.

Del libro *Jaculatorias*.





PAISAJE DE ARRABAL

HABLA UN ÁRBOL

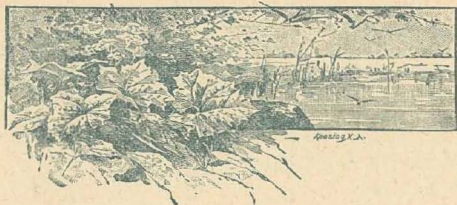
La ciudad ha avanzado... Como lepra,
las sucias casas grises
invadieron el campo. Y mis hermanos
al aire vieron vueltas sus raíces.
Sólo a mí me han dejado. Pardos muros
álzanse en torno; y a mirarme, horribles
ojos rojizos, se abren las ventanas
destilando su hedor de vida triste.
Yo he visto, sin poder huir, los interiores
donde el odio se forja y nace el crimen,
y he visto esas atroces
bocas que nunca ríen,
puertas negras del antro, desahuciadas
del sol, horriblemente horribles.

¡Ay! mis ramas al viento
doy siempre, en la esperanza de queirme
arrebate mis plantas incrustadas
en este suelo infame, donde erigen
estas horribles cárceles
y de la savia el curso ardiente y libre
quieren torcer... Yo quiero
huir, huir, huir. Y el viento sigue
agitando mis ramas, mientras locas
desgarran este suelo mis raíces.
Sólo tu hacha, leñador, aguardo.
Ven: yo arderé en tu hogar para ser libre.

Manuel Machado.

Del libro *Alma*.





LOS NIÑOS NO SON INGRATOS



O es cosa rara, ni poco frecuente, encontrar maestros poco conformes con su carrera; que se duelen amargamente de las molestias, ingratitudes y desencantos que ella les proporciona.

Viene en estos casos, como de molde, recordar aquel modismo castellano que dice: *Cada cual habla de la feria según le va en ella.*

Por otra parte, eso de lamentarse de los inconvenientes y quiebras de la profesión, oficio o carrera que a cada uno le ha tocado en suerte, achaque es de todos los que en ellos no han sido afortunados, y de aquellos otros que quizá no saben ver el lado simpático de las cosas; la faceta brillante que en todas ellas puso Dios.

¿No compensan acaso los desasosiegos y ratos amargos que el ejercicio de su humanitaria misión proporciona al médico, la satisfacción íntima y pro-

funda que experimenta cuando consigue salvar una vida que ya la muerte tenía por suya?

¿Qué valen para el abogado los momentos amargos y sombríos que entristecen su vida, comparados con la hora de luz que para él llega, cuando, con su saber y constancia, logra demostrar la inocencia de un desgraciado a quien un cúmulo de circunstancias, aparentemente adversas, presentan a los ojos de todo el mundo como a un gran culpable, como a un empedernido criminal?

Y en el alma del maestro ¿qué penas no borrará, por hondas y lacerantes que ellas sean, el íntimo y delicado placer, la divina alegría de presenciar la eclosión de tantas almitas, de oír el primer vagido de tantas inteligencias y el suave aletear de tantos corazoncitos?

¿Qué pensamiento, torvo y sombrío, no se tornará apacible y claro, qué infortunio podrá resistir al encanto de tantos ojuelos fijos en él, inundando su ser entero con la divina gloria de una inocente mirada?

¡Sonrisas suaves de los buenos niños, cándidas como las auroras primaverales; felices los que tienen la suerte de gozarlas, y aun más, de merecerlas: éstos consiguen en la tierra un anticipo de la eterna gloria!

¡Los niños! Los gráciles, alegres y rientes niños, a veces mal juzgados y peor comprendidos, son, salvo raras y contadas excepciones, buenos. francos y agradecidos.

Pagan con generosa mano y en moneda de in-

destructible afecto, las bondades que inspiran y los cuidados de que son objeto.

¡Jamás olvidan! Cuando tras el correr de los años, la vida, la dura, seria y vertiginosa vida les llena de deberes pesados y de continuas obligaciones, ellos no olvidan su escuela: cuando muchos recuerdos de los primeros años se han borrado del todo y desvanecido para siempre, perdura en el fondo de sus almas viva e indeleble, la grata y tierna memoria de sus maestros.

Si les oyen nombrar, preguntan con interés: ¿Vive aún el señor Fulano?—¡Cuánto me alegro!, —¿Qué si le conocí?— Y mucho.—¡Cómo que fué mi maestro!—¡Cuántos malos ratos le dimos al pobre con nuestras diabluras, y con cuánta paciencia las soportaba él!

Y si alguna vez encuentran al que les inició en los misterios de la lectura y en las obscuridades del cálculo, ¡cuánta es su alegría; con qué tierna y tocante delicadeza tratan a su maestro; al que fué su primer mentor y cuya memoria va unida a la suave remembranza de las doradas y luminosas horas de la infancia.

En cuanto a mí, debo al agradecimiento y al cariño de los que fueron mis alumnos, horas de grata satisfacción; dulces memorias, tan suaves y consoladoras, que mi alma, de suyo afectuosa, jamás podría ni sabría olvidar.

Recuerdo que al principio de mi carrera me fué confiado un niño tan simpático como juicioso, llamado Dominguito Salillas, que cursó en la es-

cuela que yo dirigía, los seis grados de la enseñanza primaria.

Era por naturaleza muy parco en las manifestaciones de aprecio; pero en manera alguna podía tachársele de frío o indiferente; al contrario: era el suyo un querer que, como las aguas muy puras, corría por cauces muy ocultos y hondos.

Terminados sus estudios, vino a visitarme acompañado de sus padres, para darme las gracias por lo que él llamaba atenciones recibidas, cuando en verdad no eran otra cosa que justicias hechas a sus méritos e inmejorable conducta.

Después, de tanto en tanto, le volvía a ver, hasta que por fin le perdí totalmente de vista.

Años después, recibí una tesis para optar al título de doctor en Medicina, que firmaba el buen Dominguito.

No se ha olvidado de mí — pensé, satisfecho; — pero al hojear el folleto, mi satisfacción se trocó en santa ternura.

En la sentida dedicatoria que precedía al concienzudo e interesante trabajo, después del cálido homenaje rendido a sus amantes padres y a los sabios catedráticos bajo cuya dirección se hizo médico, había trazado Dominguito, estas líneas: *Un cariñoso recuerdo al profesor (aquí mi nombre) que, con dedicación y bondad ejemplares, guió mis primeros pasos en la senda del deber y del estudio.*

Impresión tan intensa y viva, sólo la recibí otra vez, cuando otro de mis alumnos, al enviarme un

ejemplar de un bello e importante estudio histórico, tributaba *al viejo y querido maestro un homenaje de alta estima y respeto.*

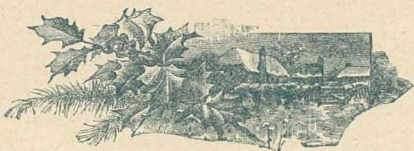
Quando estos dos jóvenes brillen como estrellas de primera magnitud; cuando la fama les aclame glorias purísimas de la ciencia argentina, yo, pobre y humilde maestro, podré decir: A estos hombres de primera fila que honran a su Patria con su alto y profundo saber, yo les puse el libro en la mano; *yo les enseñé a leer.*

Como éstas, aun cuando de origen más humilde, he recibido manifestaciones que me llenarían de orgullo si yo fuese capaz de sentirlo.

Premie el Señor y colme de bendiciones a todos los que son y fueron para mí tan buenos; a los que debo la dicha de sentir acariciada el alma, en el melancólico y crepuscular otoño de mi vida, por dulces y vivificantes rayos de un claro y brillante sol.

¡Jamás! ¡Nunca! En ningún caso dejaré de sentirme ennoblecido por la digna misión que recibí de la sociedad y de la Patria, y que ha permitido que mi vida se deslice entre niños; entre los seres puros que con sus ingenuas melodías, sus risas bondadosas y el encanto sin par de su mirada, transforman la tierra en un paraíso, cubriendo cuanto existe con el polvillo de oro de la santa y divina alegría; del consolador y mágico ensueño.





¡CUANDO YO IBA A LA ESCUELA!...



CONSERVO, como grata memoria de mis tiempos juveniles, el vivo y simpático recuerdo de una doña Mariquita, suave ancianita que parecía haber venido a la Tierra sin otra misión que la de hacer felices a cuantos la rodeaban, cosa que ella conseguía sin emplear otros medios que una gran bondad de corazón y una inagotable paciencia.

Delgadita, menuda y ágil; pulquérrima, amable y sonriente en toda ocasión, paseaba por Buenos Aires sus 65 años con una ligereza y un garbo dignos de la más sana y briosa juventud.

Sentía pasión por la infancia, y era la protectora y abogada de cuantos chicuelos trataba, quienes retribuían su maternal afecto con una firme e inquebrantable adhesión.

Y, ¿cómo no quererle si era tan buena? ¿Si siempre tenía pronto un extraordinario y maravi-

lloso cuento, capaz de cautivar y entretener la atención e inagotable curiosidad, no sólo de la gente de pantalón corto y pollera a la rodilla, sino la de más de un grandote barbudo?

¿Dónde, en qué parte del Mundo iba a encontrarse otra doña Mariquita que, antes se apagaría el sol, que dejaría ella de encontrar en el fondo de su bolsón, en amigable compañía con el usado devocionario y el estuche de los anteojos, la delicada golosina con que la amable señora tenía la costumbre de obsequiar a sus amiguitos?

* * *

Pasábales a los sobrinos de doña Mariquita una cosa muy singular.

Cuando se trataba de jugar y meter bulla, o de correr y hacer su santísimo capricho, ni les acometía el cansancio, ni se les presentaban inconvenientes o dificultades de ningún género.

Pero, cuando llegaba la hora de preparar lecciones, resolver problemas o redactar trabajos escritos, entonces, ya era otro cantar, y los obstáculos se presentaban a pares.

Ya era el sueño que con fuerza irresistible cerraba sus ojos; ya una fatiga abrumadora; ya una opresión y pesadez, tan grandes, que no les permitía dar cima a trabajo alguno, o bien otros achaques que tenían el privilegio de sacar seriamente de sus casillas a la buena hermana de doña Mariquita, empeñada, como es natural, en conseguir que sus hijos se presentaran en la

escuela con los deberes hechos y las lecciones bien preparadas.

—¿Se figuran ustedes—decía, fuertemente desazonada, la buena señora,—que yo tengo su impavidez y frescura?— Pues se equivocan; a mí me da mucha vergüenza ser llamada casi todos los días por la señorita directora y oírla decir que mis hijos son unos desaplicados, juguetones y haraganotes... ¡Pero yo les aseguro que muy pronto acabaré con tal desorden!

¿Ustedes no quieren estudiar?—¡Corriente!— Pues se acabó todo: desde hoy, no más paseos; no más postres; no más...

Y la excelente mamá no podría continuar, ahogadas sus enérgicas razones por el alborotado y formidable coro de lamentaciones que a sus hijos arrancaba la hipotética probabilidad de que tantas y tan severas amenazas se cumplieran.

* * *

Entonces, entraba en funciones, doña Mariquita; primero aplacaba las iras maternas; y luego, sonriente y apacible, maniobraba de tal manera, que, ya empleando buenas palabras y oportunos mimos, o bien usando con mucho tacto de la severa admonición, acababa por meter en vereda a sus desconsolados sobrinos, haciéndoles hacer lo que ella quería.

Y era vano quejarse de lo complicado de los problemas o de la extensión de las lecciones; porque la ancianita cerraba a todos el pico con estas o parecidas razones:

— No se quejen ustedes, que están mejor de lo que merecen.— ¡Si hubieran vivido cuando yo iba a la escuela!...

Tanto y tanto repetía, doña Mariquita, esta frase, que el mayor de los niños le dijo un día:

— Y ¿cómo eran las escuelas de tu tiempo, tía?

— Muy distintas, pero mucho, de las actuales.

— ¡No digas!

— ¡Y cómo no lo he de decir, si es verdad!

— ¿Quieres contarnos cómo eran?

— Tendré mucho gusto en ello, así que hayáis concluído vuestros deberes; no ignoráis que el refrán dice: *primero es la obligación que la devoción*, y luego, añadió, con un dejo de picardía;— vosotros bien sabéis, hijos míos, que yo, como buena vieja que soy, tengo mucho cariño a los refranes, que son, en verdad, evangelios chicos.

* * *

Azuzados por la curiosidad, pusieron los niños activamente manos a la obra, y a la hora escasa, cuaderno en mano todos, presentaron concluídos y acabados los deberes, reclamando atropelladamente el cumplimiento de la promesa que su tía les hiciera.

— Es justo, — contestó aquélla; — lo prometido es deuda y las deudas deben ser religiosamente pagadas.

— En mi tiempo, no se trataba a los chicos con la suavidad y deferencia con que se os trata a vosotros.

Aparte de la frecuencia con que se les obligaba a permanecer de rodillas y aun con los brazos extendidos en cruz, sufrían castigos y reprensiones que vosotros, afortunadamente, desconocéis, y estaban sometidos todos, niñas y varones al imperio de la palmeta con agujeros, de la lengua encarnada y de las orejas de asno.

El desaplicado, el charlatán y el revoltoso, eran tratados con una severidad tal, que a veces, tocaba en lo cruel.

No se tomaban la molestia, las maestras de aquel tiempo, como ahora se la toman las vuestras, de allanar a sus alumnos el camino, con explicaciones previas e ilustrativas del punto o puntos sobre los cuales versaba las lecciones que debían preparar.

Nada de eso; estudiábamos de memoria, y debíamos repetir al pie de la letra, lo que los textos decían; y si este ejercicio antinatural, pesado y abrumador nos aburría, o si la memoria nos faltaba, todo el mundo, padres, maestros, parientes y amigos, tenían severos y acres juicios para calificar lo que se llamaba nuestra desidia y desaplicación.

¡Oh! se sufría mucho en la escuela, entonces.

—Y a ti, tía Mariquita, — preguntó una vez una chiquilina linda y traviesa, predilecta de la narradora — ¿te pusieron en penitencia alguna vez?

—No; porque, además de haber observado siempre una conducta irreprochable, yo tuve la suerte de educarme con las señoritas Eulogia,

Margarita e Inés Rodríguez, quienes, allá por los años de 1840 o 42, (yo ya no me acuerdo bien) establecieron en la calle de Representantes, que en la actualidad se llama del Perú, y en la casa que hoy tiene el número 463, una escuela, considerada entonces como un modelo, y en la cual ya no se usaban procedimientos tan rigurosos como los que antes os enumeré.

Por cierto, que aun recuerdo conmovida, la función solemne que tuvo efecto en ella, en 1847, y a la cual concurrió, entre otros personajes de nota, el venerable autor del *Himno Nacional*, don Vicente López y Planes, en cuyo obsequio, las catorce niñas más adelantadas (entre las cuales tuve el honor de contarme) nos presentamos, vestidas de blanco y azul, ostentando cada una en el pecho el escudo de una provincia hermana, a cantar la canción de la Patria¹.

Lo hicimos muy bien, con mucha afinación y entusiasmo; tanto, que al finalizar nos abrazó estrechamente el glorioso anciano; lo que impresionó vivamente a la concurrencia que nos colmó de vivas y aplausos.

Recuerdo, como si lo estuviera viendo, que la emoción arrancó al doctor López lágrimas de ardiente júbilo.

¿Sabéis, ahora, señores preguntones, lo que sucedía cuando yo iba a la escuela?

¿Tengo o no razón para afirmar que los estu-

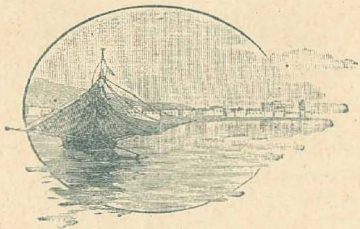
¹ Así se llamó primitivamente el Himno Nacional.

diantes del día, cuando se quejan, lo hacen de vicio y de puro gusto?

En aquellos tiempos, ya muy lejanos, no disponíamos nosotros de los lujosos mapas, ni de las espléndidas ilustraciones que se encuentran hoy en todas las escuelas del país.

Y en cuanto a libros ¿quién pretendería comparar la mezquindad y pobreza de nuestras cartillas, con los lujosos libros primarios que ahora os ponen en la mano al ingresar en la escuela?

Tampoco tenían, ni remotamente, punto de semejanza los pobres, estrechos y oscuros locales en que funcionaban las escuelas de mis primeros años, con los edificios escolares modernos, verdaderos palacios de los que justamente nos enorgullecemos; ¡y, sin embargo!... paréceme que estudiábamos más y que éramos menos regalones de lo que vosotros sois...





UNA BIBLIOTECA ES UN ESPÍRITU



UANDO camino sin prisa, o sin objeto determinado, me entretengo leyendo cuantos anuncios y letreros me salen al paso o se ofrecen a mis ojos.

Hoy, junto a la puerta de un martillero, leí un cartel cuyo encabezamiento, impreso en grandes caracteres, decía así: *Colosal remate de buenos libros. Excepcional ocasión para los aficionados.*

Me detuve para enterarme del resto del aviso, y vi que se trataba de la venta de la notable biblioteca del doctor Renedo, bibliógrafo cultísimo y de refinado gusto, quien en vida, a fuerza de cuantiosas erogaciones, de mucho trabajo y no escasa paciencia, consiguió reunir una bella y copiosa colección de bien elegidos libros.

Impelido por la curiosidad, entré en la casi desierta sala.

Despacio, y sin apresuramiento, ora leyendo el

título de unas obras, ora hojeando otras, o bien extasiándome en la contemplación de artísticas ilustraciones, todo lo vi y curioseé a mi entera satisfacción.

Grandes debieron ser el criterio artístico y el afinado gusto literario del hombre superior que tan armónico sello supo imprimir a su rico tesoro; a aquel conjunto afortunado de obras imperecederas, de creaciones luminosas e inmortales.

No era él, de seguro, uno de esos seres vanidosos o superficiales que tienen libros porque sí; porque los tiene todo el mundo; porque tenerlos da tono, y, a veces, fama de inteligente o de estudioso...

Hubiera sido inútil buscar allí alguna de estas obras que brillan un momento para caer pronto en irredimible olvido, semejantes a los cohetes que deslumbran unos segundos, para sumirse después en lo más espeso de las sombras.

Estaban allí, juntos, como bien avenidos hermanos, todos los libros eternos; todos los que extasiaron y ennoblecieron el corazón y el intelecto de los hombres de ayer y de hoy, y que continuarán siendo el lumínar y el evangelio artístico de los que vivirán en lo futuro; todos los que tendrán fuerte y lozana vida, mientras queden en la Tierra férvidos adoradores de todo lo que es bello y grande.

Tantas cosas dice y descubre una biblioteca al que bien la estudia y sabe interrogarla, que llega a revelar, de un modo categórico y absoluto, no

solamente los especiales gustos, sino las ideas, el temple de alma y los ensueños y esperanzas del que la formó, y aun del que supo conservarla.

Una biblioteca constituye, en cierto modo, una ficha moral, reveladora de un temperamento y de un carácter; de la naturaleza y de la evolución de una inteligencia.

* * *

En plena juventud, cuando el espíritu ávido de emociones, sediento de verdad, ansioso y febril, anhela bucear en los profundos senos del pensamiento humano; cuando busca afanoso, ancho cauce por donde correr rauda y sereno; cuando aspira a conquistar la cumbre y a coronarse de sacros y simbólicos laureles, entonces, el hombre lo lee todo: cuanto le viene a la mano, más que con afán, con encarnizamiento; y amontona libros sobre libros, casi siempre sin un criterio definido y firme.

Pero van corriendo los años; y, a medida que ellos pasan, la visión intelectual del coleccionista se hace más clara y penetrante; su gusto se depura y afina, y sus ideales y sus aspiraciones se abrilantan y alcanzan más alto vuelo.

Entonces, muchos de aquellos libros, tan atropelladamente adunados, los fundamentales, los incommovibles, los que encierran y guardan en sus páginas el alma de una raza y los destellos de su genio; las creencias, entusiasmos y luchas de épocas ya remotas, o de pueblos desaparecidos

para siempre, y por siempre enmudecidos, así como los que nacieron al calor de un corazón generoso o al soplo fecundo de un gran intelecto, quedan donde están.

Pero los efímeros, los de fama y valor ocasional, los que a semejanza de un volandero fuego fatuo brillan levemente, sin dar jamás un asomo de calor, esos van cediendo poco a poco su lugar a otros de más prestigio, de más altos y positivos méritos.

No basta, para hacer un rico y espléndido collar, tener a mano hermosas e irisadas perlas de bellas aguas y azulinos y deslumbrantes reflejos; es indispensable, para construir la joya, disponer de un hilo metálico, fuerte, sutil y resistente donde ensartarlas.

Así, tampoco se forma una biblioteca acopiando libros; es forzoso contar con el hilo de oro de un buen gusto y de un claro espíritu crítico capaces de relacionarlos conforme con un ideal y peculiar manera de sentir.

Y no es tarea asequible a todos saber elegir bien, alcanzar a formar un impecable ramillete con esas flores de perenne aroma, con los libros, a los que llamara un gran latino remedios del alma, y que son, siempre y en toda ocasión, consuelo, solaz, fuerza y encanto del corazón y del entendimiento.

La formación de una biblioteca es la obra de toda una vida y exige una continuada serie de cuidados y de sacrificios.

Por eso está entera en ella el alma del que con amor la formó, libro a libro, colocando junto a los poetas amados y a los filósofos preferidos, los historiadores predilectos; sus caros moralistas y noveladores; los ensayistas que mayormente le cautivaron, y con ellos los oradores que más profunda huella dejaron en su ser y que con mayor fuerza le conmovieron y subyugaron.

Por esto entristece tanto ver dispersar las obras de una biblioteca; por eso no asistimos sin una intensa melancolía a un remate de libros, acto vulgar y frío en sí y que tiene sin embargo algo de sacrilegio y mucho de profanación.

Asistir a la enajenación de una biblioteca, es tan doloroso como asistir a la dispersión a los cuatro vientos de las cenizas de un ser amado; es ser testigo del aniquilamiento de una memoria; es contribuir a anonadar un alma y un espíritu.





UNA GRAN VIDA Y UN NOBLE EJEMPLO

I

LA INFANCIA DE UN SABIO



LLÁ por los años de 1864, al atardecer de un día primaveral, dejaban las aulas, alegres y bulliciosos como pájaros escapados de la jaula, los alumnos de la escuela pública de la villa de Luján.

Agrupados los niños, según la dirección que debían seguir para regresar a sus domicilios, desgranábase la infantil tropa, libre ya de deberes y de cuidados hasta el siguiente día.

Uno de ellos, de mediana estatura, delgaducho, de ademanes rápidos y ojos escrutadores de profundo mirar, detúvose ante las barrancas del Luján que se deslizaba a pocos pasos, lento y perezoso.

Después de un rato de muda contemplación, inclinóse y recogió unos cuantos de los muchos caracoles que aparecían a flor de tierra; los exa-

miró atento, los guardó en el bolsillo y echó a andar grave y pensativo.

Sentado a la puerta de su casa, descansaba el padre de aquel niño; fuerte y activo genovés, originario de Oneglia, donde aun se alza el viejo hogar de los *Belgrano*.

— Papá, — dijo, al llegar junto a aquél, el niño que con tanto interés había recogido los caracoles; ¿de dónde vienen estos restos?

— El río los trae de muy lejos.

— No me parece.

— ¡Cómo, que no te parece! ¿Y por qué?

— Porque la corriente puede arrastrarles, pero no incrustarlos en la barranca.

Deseoso de encontrar una explicación más clara y convincente, hizo el niño varias excavaciones en las barrancas del río, y notó que todos aquellos terrenos contenían idénticos restos.

Este hecho, sencillo en sí, decidió de la vocación del pequeño observador: sí, — se decía; — yo encontraré la llave del misterio; yo sabré, algún día, el por qué de lo que hoy nadie sabe explicarme.

Y aquel niño prodigio, que era en la escuela un vivo modelo, notable por su espléndida memoria, y, más que por esto, por su gran penetración, por la prontitud y agudeza con que preguntaba y respondía; por el entusiasmo con que controvertía, sintió la potente y avasalladora pasión del descubridor; buscaba, investigaba y comparaba siempre, no dándose fácilmente por satisfecho; abrigando

constantemente esa duda que acompaña al verdadero sabio, y que sólo es dado sentir a los grandes espíritus que buscan la verdad, no por afán de renombre o vanagloria; sino con el austero propósito de arrancar velos y de proyectar algún rayo de clara luz sobre lo desconocido.

Y así, a una edad en que los niños no suelen pensar en nada serio, él, con maravillosa intuición, empezaba a penetrar misterios y a inundar de luz lo que hasta entonces estuviera embebido en las sombras.

El intenso afán y la constante obsesión que no le abandonaban nunca, hicieronle dar alguno que otro paso en falso: uno de ellos, de verdadero sabor cómico, lo contaba sonriendo, el propio protagonista a sus hermanos y a los amigos que le acompañaron durante su última enfermedad.

Penetró, cierta vez, en una oquedad del terreno, y encontró en ella una gran cantidad de vértebras y algunas mandíbulas: alucinado por el hallazgo, relacionó tales restos con las láminas y dibujos que a toda hora veía, y creyendo fueran los de algún inmenso reptil, los llevó a su casa, con la intención de armar lo que él sospechaba ser algún prehistórico esqueleto.

Hallábase entregado, en cuerpo y alma a su tarea, cuando acertó a entrar una tal doña Valentina, la carnicera que servía a la casa, y que, al verle tan atareado, le dijo:

—¿Qué estás haciendo, muchacho?

--Pues estoy montando un esqueleto gigan-

tesco de la época mesozoica. Es un saurio viejo, muy viejo: usted, doña Valentina, no se imagina estas cosas.

— ¿Un qué?

— Un saurio gigantesco.

— Y eso de saurio, ¿qué quiere decir?

— Saurio, quiere decir lagarto.

— Pero, borrico, como va a ser eso un lagarto; ¿no ves que son huesos de zorro?

El niño vaciló un momento y dijo, después de pensar un rato:—

— ¡De zorro! ¿Conqué de zorro? Pues tiene usted razón, doña Valentina.

II

LA LUCHA Y EL TRIUNFO

Quiere la suerte, sin duda para realzar el brillo de sus triunfos y el mérito de sus esfuerzos, que sea, casi siempre, la existencia de los grandes hombres dolorosa, amarga y dura; y que, a los obstáculos y dificultades que la vida de meditación y estudio comporta, se unan la lucha por la existencia material, la más obstinada y sin cuartel de todas las luchas, y las dolorosas heridas con que laceran a los espíritus superiores la envidia de los pequeños y la incurable perversidad de los tontos y de los ignorantes.

Vidas hay que hoy, a través del tiempo resultan

grandes y luminosas, y que fueron, sin embargo, prolongados martirios; agrios y pedregosos calvarios.

No escapó al dolor y al sufrimiento el niño que en sus más tempranos días meditaba, contemplando las viejas barrancas del manso y callado Luján.

Maestro a los trece años, ejerció, primeramente en su villa natal, y luego en Mercedes, que fué, en realidad, su primer campo de actividad científica y el lugar dónde se reveló eximio naturalista.

Allí, del amanecer hasta las diez, hora en que empezaban las tareas escolares, y de las cuatro en que aquéllas terminaban hasta que anochece; durante los días festivos y las vacaciones, veíasele cruzar las calles con paso rápido, y embebido en sus pensamientos, con una bolsa al hombro y un pico en la mano, yendo o viniendo de algún yacimiento por él adivinado o descubierto.

Mucho sufrió en aquélla que, en tal época, era tan sólo una dormida y callada aldea; hízole en ella objeto de burdas bufonadas, de insulsas ironías y de pullas y bromas groseras.

Y cuando esto pasaba, cuando se hacía broma y chacota de las colecciones que llenaban las paredes de su humilde habitación, y cuando algunos graciosos se permitían llamarle ¡loco!, aquel joven, aquel trabajador insigne, tan callado como taciturno, tenía ya concluído el manuscrito de su admirable libro *La ancianidad del hombre y su con-*

Vida didfana

temporaneidad con las especies de mamíferos extintos, diluvianos y terciarios, uno de los ciento ochenta que escribió, para honor suyo y gloria de su patria; una parte de las veinte mil páginas llenadas durante su fecunda y laboriosa existencia.

Sin dar paz a la pluma, después de una breve excursión a la vecina República del Uruguay, escribió las *Antigüedades indias de la Banda Oriental*, primera obra que consiguió hacer imprimir, y sus célebres cartas *Notas sobre algunos fósiles nuevos de la formación pampeana*, y *Ensayos para servir de base a un estudio de la formación pampeana*, de tal resonancia, por su novedad y atrevimiento, que tuvieron la virtud de provocar una ardiente discusión, siendo el principal de sus impugnadores, el célebre naturalista doctor Germán Burmeister, director del Museo Nacional de Buenos Aires.

En 1875, escribió al sabio profesor de Geología y Fisiología y Anatomía comparadas en la Sorbona de París, Pablo Gervais, una valiente y notable carta que el naturalista francés publicó en el *Diario de Zoología* con un cordial y vibrante elogio del joven argentino, en quien entrevió una legítima y hermosa esperanza para la ciencia.

El humilde maestro de Mercedes, ansioso de conocer a los sabios europeos y de oír sus opiniones, sin arredrarse ante la escasez de sus medios materiales, se trasladó a Europa en 1878, a los 24 años de edad, llevando, como precioso tesoro, las colecciones con tanta paciencia formadas, y que, al ser expuestas en la Exposición de París, le die-

ron gran notoriedad, conquistándole la amistad y la consideración de Gervais, Quatrefages, Cope, Schemit, Mortillet, Flower y otras muchas notabilidades, de incuestionable autoridad científica.

Vendió en París una parte de sus fósiles, y con el producto de la venta realizó su ardiente anhelo de dar a las prensas su gran libro, *La antigüedad del hombre en el Rto de la Plata*: mientras se efectuaba la impresión, dió a la estampa otros dos trabajos importantísimos, titulados *La formación pampeana* y *Los mamíferos fósiles de la América Meridional*, más una gran cantidad de artículos sueltos, de cortas dimensiones, pero de verdadero interés.

A los dos años de permanecer en Europa, Florentino Ameghino, el naturalista obscuro de Luján y de Mercedes, el que era, al salir de su tierra, un desconocido, volvió a Buenos Aires honrado y consagrado superior hombre de ciencia por los grandes sabios europeos.

Al desembarcar, al tocar de nuevo el suelo de la Patria, sin más capital que sus libros impresos y algunos cajones de ejemplares valiosísimos que, por su importancia capital, no quiso dejar en los Museos del Viejo Mundo, tuvo una dolorosa sorpresa.

Supo que habiendo excedido el tiempo de su licencia, se le había dejado cesante: amargado, pero sin abatirse, no solicitó ningún otro puesto oficial.

En una casa pobre y humilde de la calle Rivada-

via, cercana á la plaza Once de Septiembre, abrió una modesta librería llamada *El Glypdotón*, cuya enorme coraza, pintada en la fachada de la casa, a manera de muestra, se hizo famosa en el barrio, y muy especialmente entre los niños, que no se cansaban de ver y comentar, a su manera, la extraña figura del colosal desdentado.

En el mostrador de aquel reducido negocio escribió parte de su admirable *Filogenia*, verdadero y grandioso monumento elevado a la Filosofía Natural, y clave de la clasificación en Zoología.

Produjo la obra tal sensación entre los naturalistas, y puso tan alto el nombre de su autor, que la Facultad de Ciencias de la Universidad de Córdoba le llamó para que dictase la cátedra de Historia Natural, después de entregarle el diploma de *Doctor honoris causa*.

Muchas veces debió interrumpir el sabio la redacción de alguna de aquellas magistrales páginas para atender a algún cliente de escasa talla que impacientemente solicitaba diez centavos de plumas o de papel.

Es curioso el incidente que le hizo trabar amistad con el ingeniero Basaldúa. Había éste penetrado casualmente en la librería de Ameghino, y se entretenía, en el examen de una curiosa pieza fósil que sobre el mostrador estaba, mientras que, el hombre que en mangas de camisa, atendía a los clientes, envolvía lo que se le había comprado.

— Dígame, amigo,— dijo; — ¿es suyo esto!

— Sí, es mío; — contestó el interpelado.

— A usted poco debe servirle. ¿Quiere dármele?

— Y si se lo doy, usted ¿qué hará con ello?

— Hombre, ¿yo? Pues se lo llevaría a Ameghino.

— Pues, para dárselo a Ameghino, no necesita usted molestarse; porque Ameghino, soy yo.

«La vida y la obra de Ameghino — ha dicho el doctor Ingenieros, — ha sido una ascensión perenne, revelando sin paréntesis, la formación natural de un hombre de genio. Miró con ojo ciclópeo las entrañas de la Tierra, tamizó entre sus dedos las arenas más misteriosas, removió de sus arcaicos yacimientos los más remotos esqueletos; todo lo midió con metro severo, las etapas del Mundo y las etapas de la vida, renovadas sin descanso en la superficie del planeta.

» Pensó después. Pensó luminosamente, con videncia de inspirado. Y reconstruyó, en su imaginación, los momentos porque pasó la historia del Mundo, las variaciones infinitas que transformaron en seres pensantes a los gérmenes animados, el equilibrio natural que rige la evolución del Universo, hasta poner su mano en el cuadrante de la eternidad, para señalar la hora en que el hombre apareció en nuestras pampas para difundirse en el Mundo y convertirse en humanidad.

» Desde la obscuridad ascendió a la gloria sin un desfallecimiento; sintió durante muchos años el cierzo glacial de la pobreza y la indiferencia, obstinadas en moderar su marcha y que tardaron demasiado en apartarse de su camino; pero él

prosiguió imperturbable hacia la meta, orientado por el resplandor de sus propias luces, sin preocuparse de éxitos transitorios y confiando en la consagración ulterior de sus videncias.

» Su obra inmensa, colosal, fué por sus métodos, por sus descripciones, por sus inducciones, por sus descubrimientos, por sus teorías reveladoras de la fauna casi desconocida de un Continente, de la que se tenían grandes ejemplares, pero no los pequeños, derrumba el edificio que en Europa y América durante cien años se venía construyendo acerca del origen y radiación de los mamíferos.»

En uno de sus últimos libros, *Las formaciones sedimentarias del terreno cretáceo superior y del terciario de Patagonia*, obra única en su género, fruto de diez y seis años de exploraciones y estudios continuos, formuló una teoría que ha levantado profundas tempestades.

El sabio argentino, después de un minucioso examen comparativo de las faunas de nuestro extremo Sur con las del Viejo Continente, proclama la teoría de que en la lejana Patagonia estuvo el centro de irradiación de los mamíferos.

Día a día los hechos van dando la razón al sabio, gloria de la ciencia y honor de nuestro país.

III

EL SABIO Y EL HOMBRE

Ameghino fué en su vida un modelo de sencillez y de modestia.

Era en el vestir pulcro, pero sin hacer gran caso de la moda ni de atildamientos y elegancias, y pocas veces usó coche: en la comida era frugal y parco, sin manifestar predilección por éste o aquel plato; todos le eran lo mismo, ya fuesen de carne o de verdura: en sus últimos tiempos bebía agua en abundancia.

Tenía su escritorio en una sala vastísima, cuyo centro lo ocupaba una gran mesa sobrecargada de libros, revistas, dibujos y restos fosilizados, y, pegada a la pared, junto a una ventana que daba a la calle, veíase otra más pequeña, de pino blanco.

Era el escritorio del gran maestro, y en ella se escribieron muchos de sus famosos libros.

El día de su muerte estaba aún llena de cuartillas, croquis, obras de consulta, lentes y otros aparatos de observación.

Las paredes estaban cubiertas de estantes que guardaban en centenares de cajones de diversas formas y dimensiones más de cincuenta mil piezas fósiles, pacientemente estudiadas y clasificadas.

Era Ameghino un conversador rápido y vivaz, bromista, muy tolerante y de una lealtad insuperable en sus actos y juicios.

No era bibliófilo: sus libros no pasaban quizá de 600 volúmenes, todos ellos fundamentales y con indudables muestras de frecuente uso y consulta.

Durante su última enfermedad contaba, con mucho gracejo, por cierto, a sus hermanos y a los amigos que le visitaban, hechos y anécdotas

de su vida: durante uno de estos momentos de expansión manifestó que tenía el proyecto de escribir una reseña de su vida y del modo cómo se había hecho paleontólogo.

¡La muerte no le permitió realizar tal pensamiento!

Murió a las 8 y 20 de la mañana del día 6 de Agosto de 1911, de un día primaveral, claro y luminoso: «sus restos, los mortales despojos del sabio que con su genio rectificó el camino de la Paleontología, yacen en el Panteón de los Maestros» *porque se inició maestro y fué maestro de maestros.* ¡Descanse entre los maestros su sueño de gloria!

Si un hombre basta, a veces, para ennoblecer a un pueblo o a un gremio, ¡cómo no han de sentirse ennoblecidos los maestros, que tienen como suyos a dos colosos: a Sarmiento y a Ameghino?



LOS HÉROES

Galopan en la llama de oro del sol naciente,
son cuatro mil bravuras en un solo torrente.
Son los libertadores. La montaña los mira
con un sombrío ceño de sobresalto y de ira,
vibrando en el sonoro temblor de los peñascos.
Sobre los pedernales riegan chispas los cascots
que la espuela apresura. Los sables hechan llamas.
El aire de las cumbres silba en los oriflamas:
erizando cabellos y revolviendo crines.
Resuellan las gargantas de oro de los clarines.
A trechos, un caballo cuyo brío estrepita,
sobre la mancha roja del alba se encabrita.
Relinchan las narices, pifan los corazones
como un huracán negro suben los escuadrones.
Aquel viento de cóleras cuelga sobre el abismo.
Los héroes atraviesan una nube. Lo mismo
que una faja de guerra se envuelve en sus cinturas
ese vapor, pues miden tanto sus estaturas,
que aun se ven las espuelas de la hueste que sube,
cuando ya los penachos flotan sobre la nube.
Sus pulmones respiran flameantes desahogos.
Si Dios tiene jauría, así serán sus dogos.
Nada ven; mas acaso guardando el contrafuerte
de la opuesta ladera, los espía la muerte.

Y a este presagio, vuélvese el asalto bravo
sombriamente mudo, pues nada hay más sombrío
que estos grandes silencios de almas sobre las cimas.
Ya han dejado a sus plantas flores, lluvias y climas,
y sólo entre las claras nieves del firmamento
con un tremor de orquesta les acompaña el viento.
La cumbre sube tanto por los éteres vagos,
que sus árboles viéndose tan lejos de los lagos,
reflejan sus ramajes en el azul del cielo.
Y cuando las tinieblas dejan caer su velo
sobre los viejos troncos que hacharon las centellas;
tan cerca de las copas fulguran las estrellas,
que parecen, borrando todo humano vestigio
el rocío de aquellos árboles de prodigio.
En tanto que la hueste sube por las laderas
un solemne silencio cae de las banderas.
El sople de las nieves las carnes vibra
como un filo de acero, pero ninguna fibra
se estremece, pues fieros en su obstinado brío,
prefieren la muerte a temblar — ¡aún de frío!
El sol escolta aquella bravura. Uno tras otros,
cruzan los paladines. Los pechos de sus potros
sumérgense en la pálida inmensidad celeste.
Diríase, mirando la ascensión de la hueste,
que esos jinetes, sombras de un huracán de guerra,
al darse con los vértigos donde acaba la tierra,
espoleando fantásticas bestias de cataclismo,
van a cruzar a nado los golfos del abismo.
En este instante el drama tiene una peripecia,
bajo el pliegue del viento que sordamente arrecia,
aparece una línea de alas negras. La cumbre
sobre la cual despunta el sol flechas de lumbre
al mirar ese enjambre que sube en la mañana
rompiendo el ígneo copo de una nube lejana,

como un tropel de proas que esfumado en la bruma
révienta la onda en una soberbia flor de espuma,
se estremece sintiendo maternal sobresalto.

«Ya están aquí los cóndores», dice. La hueste hace alto
para verlos. Son reyes, son verdugos; sus zarpas
asesinan, sus plumas vibran cual sordas arpas;
tienen el ala siendo la fiera; cuando acecha
su mirada, en el arco de los cielos es flecha;
huelen la guerra: el vuelo de sus alas potentes
como un ancho estandarte cubre los continentes.
Cuando aparece el cóndor, la gloria está cercana;
los pájaros oyendo la invocadora diana
que dieron los clarines en el alba, han venido
para ver, olvidando las tibiezas del nido.
Y a tal altura encuentran a los héroes que cuando
se contempla los cerros que a sus pies van quedando,
parece que, asombrados de tantas maravillas,
todos aquellos montes se han puesto de rodillas.

Leopoldo Lugones.

Gesta Magna.





HOJEANDO CUADERNOS VIEJOS

LOS hombres de fe y de constancia que han tenido la suerte de no ver en el trabajo un abrumador castigo o un deprimente signo de ignominiosa servidumbre; sino un poderoso medio de perfeccionamiento y de elevación moral, cuando llega para ellos la hora del descanso, no abandonan sus útiles de labor.

Así como el militar cansado de combatir cuelga su espada en el rincón más íntimo y sagrado de su hogar, y el médico guarda amorosamente los instrumentos delicados que le sirvieran para luchar sin descanso con el dolor y la muerte, así el humilde y oscuro obrero conserva con cariño las herramientas cuyo contacto duro y de largos años, acabó por encallecer sus manos.

Míralos como a buenos y leales amigos de glorias y fatigas; como a insospechables testigos de una existencia, oscura, sí, pero digna y respetable.

Yo, que no escapo a esta ley, guardo con tierna solicitud mis buenos libros de estudio; los buenos y constantes amigos que en mis horas de inquietud desvanecieron mis dudas e incertidumbres, abriendo a mi espíritu anchos y seguros caminos, y con ellos, conservo mis apuntes de clase, las observaciones pertinentes al carácter y peculiar modo de ser de mis alumnos, y mis cuadernos de tópicos y bosquejos; y, muy especialmente, aquellos en que, junto con la comprobación de mis éxitos y de mis fracasos, anotaba y anoto aún, después de mucha meditación y estudio, los medios de afianzar los primeros y de evitar o aminorar los segundos.

Veo en ellos, cuando al azar los releo, la constancia de mi fe y de mi amor al trabajo; la prueba de que durante mi ya larga carrera, ni por un solo instante dejé de pensar en los niños ¡que amo tanto! ni de preocuparme de ellos y de su porvenir.

¡Pudo faltarme quizá la ciencia; pero no el corazón: pudo haber y seguramente hubo otros más hábiles; pero no más entusiastas que yo. ¡Esta es mi gloria, pobre y mezquina; ¡pero, gloria al fin!

A muchas de estas páginas las ha cubierto ya el tiempo de pálida amarillez; pero, a mí, me parecen siempre tocadas por la mano grácil de la santa juventud; ¡me traen tantas y tan dulces memorias! ¡evocan tantas horas de encarnizada lucha, de vagos tanteos, de afortunados aciertos, de hondas melancolías y de pasajeros desalientos!...

Para aquellos que hemos tenido la suerte de ver menguar nuestras energías físicas sin sentir turbado nuestro espíritu, ni oscurecida nuestra mente, ni endurecido el corazón, nada es tan dulce y consolador como esas evocaciones retrospectivas, que tienen el poder de hacernos revivir días ya lejanos, embellecidos por el crepuscular recuerdo de una vida clara, luminosa y tranquila.

Tienen los amables recuerdos del ayer la intensa y misteriosa poesía de estas ráfagas que, alguna vez en la vida, llegan a nosotros cargadas de perfumes exóticos; impregnadas de suavísimos aromas de particular e ignoto encanto.

Todo esto, y mucho más, vínome a la memoria hoy, al hojear mis cuadernos de material para lecturas libres, inmensa colección, pacientemente formada en muchos años de labor; índice de mis gustos y aficiones literarias; repertorio de mis pensamientos y modos de sentir.

¡Cuántos bellos artículos; cuántas narraciones interesantes hay en ellos! ¡Cuántas reflexiones nobles y elevadas! ¡Cuántos pensamientos de inextinguible fulgor!

Y, cosa singular, y a la vez satisfactoria para mí.

Muchos de estos trabajos, que en otros días me parecieron de primoroso estilo e invencible encanto, hoy, hacen asomar la sonrisa a mis labios y me parecen de una ingenuidad y convencionalismo chocantes.

Pero, si en lo tocante a la forma he cambiado de opinión no me sucede lo mismo en lo que al pensamiento se refiere.

Nada de cuanto reuní para mis alumnos es bajo o banal: no hay una línea que no responda a un ideal honrado o que no respire dignidad, entusiasmo, virtud o esperanza.





DE MIS CUADERNOS DE LECTURAS LIBRES

DE CÓMO EL CIELO Y LA TIERRA SE SEPARARON PARA SIEMPRE

LEYENDA MAORÍ



PARA explicarse la separación de los elementos y el origen de las cosas, imaginaron los maorís, antiguos habitantes de Nueva Zelanda, una leyenda llena de gracia y de espíritu poético.

Esta leyenda es la que sigue, tal como la oyó un viajero inglés de labios de un anciano indígena.

En tiempos lejanísimos, vivían el dios Rangé — el Cielo, — y la diosa Papatúa — la Tierra, — tan cerca uno de la otra, que sólo a duras penas una débil claridad podía deslizarse entre ambos.

Tan mínimo era el espacio que a Tierra y Cielo separaba, que ningún árbol podía prosperar, ni había flor alguna a quien le fuera dado desplegar sus irisados pétalos: sólo vivían las plantas rastreras, siempre extendidas y aplanadas sobre el suelo.

Algunos arbustos achaparrados luchaban con tanta desesperación como inutilidad para romper la ingente masa que sobre ellos pesaba.

¡Vano anhelar! Sus ramas reseca­das y sarmentosas inclinábanse vencidas, cobijando unas cuantas matas raquí­ficas, semejantes a nerviosas manos abiertas, cuyos dedos, retorcidos y crispados, se levantarán en alto.

Las aguas, inmóviles y dormidas, no eran ni claras ni transparentes, sino turbias y cenagosas; pues al sol, no pudiendo llegar hasta ellas, érale imposible purificarlas.

En aquellos tiempos vivían únicamente en el Mundo los hijos de Rangé y Papatúa: mientras fueron menores, se conformaron con su suerte; pero, con la edad, aumentaron en ellos los deseos de moverse en un espacio más amplio, de contemplar la divina belleza de la luz, cuyo deslumbrante esplendor alcanzaron a vislumbrar un día en que su padre, el Cielo, levantó por un momento el brazo...

Manifestaron a su padre el deseo que abrigan, y le pidieron humildemente quisiera remon­-tarse más arriba, pero el dios les contestó:

— ¡Nunca Rangé abandonará a su buena esposa Papatúa! ¡Jamás el Cielo se alejará de la Tierra!

Los hermanos, ante la inflexible actitud del padre, se retiraron descorazonados.

— ¿Qué podríamos hacer,— se preguntaron,— para compeler a nuestro padre a cumplir nuestro deseo?

— ¡Matémosle! — contestó firmemente Tur — dios de la guerra, de carácter insensible, violento y cruel.

— ¡Jamás verteremos la sangre de nuestro padre! — contestó Tane, el dios de la luz y padre de los árboles; — pero como tenemos derecho a ver los árboles elevar su copa hacia lo infinito, y a los pájaros volar hasta perderse en el espacio, propongo que entre todos tentemos de arrojar al Cielo tan alto, que ya no pueda jamás impedir a la luz vivificar y bañarlo todo.

— Nunca me opondré a la voluntad de mi padre, y nada quiero obtener de él, sino es a fuerza de sumisión y respeto, — murmuró mansamente Tan-hirí — el padre de los vientos. — Poned vosotros, si queréis, la mano sobre aquél que nos diera vida; yo, no lo haré jamás.

Y dichas estas palabras se alejó de sus hermanos, que no tardaron en realizar su proyecto, pero con poco éxito; pues el Cielo y la Tierra estaban tan estrechamente unidos, que, únicamente y con tenaces esfuerzos consiguieron separarlos un poco.

Sin desmayar, repitieron su intento, esta vez con mayor éxito, pues consiguieron elevar a Rangé a grande altura; pero agotadas sus fuerzas por el vigoroso empuje, viéronse obligados a dejar a su padre descansando sobre las montañas, cuyas cumbres, al herirle, le arrancaban ayes de dolor, tan lastimeros, que Tané, conmovido, dijo:

— Padre: yo que soy el más fuerte, voy a levantarte mucho más, colocándote de manera que no sufras.

Y afirmando sólidamente las manos sobre las rodillas y apoyando sus espaldas contra el Cielo, empujó con tanta fuerza, que impelido Rangé con impensada violencia, fué a dar donde está hoy y estará siempre.

Papatúa, lloraba desconsoladamente viéndose tan alejada de Rangé y repetía constantemente:

— Yo iré donde estás tú, mi buen esposo, para volver a estar a tu lado, como es mi destino y mi deber.

— No, buena madre, — díjole Tané; — tú nos diste la vida a mí y a mis hermanos; tú nos nutres y nosotros no sabríamos vivir sin ti: quédate; te necesitamos.

Y para evitar que huyera, se sentó sobre de ella, impidiéndole moverse.

El Cielo y la Tierra lloraban amargamente su desventura; pero la Tierra era menos infeliz, pues, tenía el amor de sus hijos. Tané la cubrió de un aterciopelado manto de verdura, la matizó de flores y mariposas de seda y oro, y la adornó con bellos y altísimos árboles, donde pusieron sus nidos mil pájaros cantores que poblaban el espacio de dulces armonías y de tintileantes trinos. De hora en hora la Tierra aparecía más radiante y bella.

Sólo el triste Rangé era del todo presa de la desdicha: abandonado a su dolor, sumido en la más negra amargura, su pena era tan honda, que Tan-hirí y sus hijos los vientos, compadecidos de ella, partieron donde él estaba y no le dejaron jamás.

Tané, una vez que hubo agotado cuantos medios estaban a su alcance para hermosear la Tierra, levantó los ojos al Cielo y al contemplarlo tan solo, desnudo y triste, exhaló un suspiro y murmuró:

— ¡Pobre padre! ¡ Me apena el aspecto siempre obscuro y sombrío de tu faz: pero yo la embelleceré tanto y la cubriré de tales maravillas, que, en lo sucesivo, y para siempre, sólo fulgurante y esplendorosa la contemplarán tus hijos.

Y se dirigió — dicho esto, — al lejano lugar donde vivía el duende fabricante de estrellas.

— Tú, que das vida a esos brillantes puntos de luz, que llamas estrellas, proporcióname las que necesito para adornar la veste de mi padre.

— Te daré cuantas necesites, si te atreves a ir a buscarlas, al recóndito sitio donde las guardo.

— ¿Dónde hay que ir? — preguntó Tané, con palabra sosegada y firme.

— Detrás de aquellas últimas y ásperas montañas hay una caverna oscura y profunda. Penetra en ella; allí está lo que buscas.

Tané partió: durante largos días e interminables noches caminó animoso por agrias gargantas y fatigosas sendas, ya transponiendo cimas altísimas, ya bordeando profundos e insondables precipicios.

Cuando al fin penetró en la caverna de las estrellas, quedó deslumbrado ante el brillo fascinante de aquellos esplendores: recogió las más bellas y las llevó consigo, esparciéndolas en caprichosas agrupaciones sobre la túnica de Rangé, su padre; y, no contento de su obra, añadió, al don de los

astros, el del sol y de la luna: de esta manera podría el solitario desterrado contemplar a todas horas, de día y de noche, a su tierna e inolvidable esposa.

— Cuán lejos está, — decía a su hijo la triste Papatúa; — ¿no podrías acercarlo más a nosotros?

— No, madre, — contestóle Tané. — El sacrificio de mi padre era imprescindible y su exilio necesario.

Mira a tu alrededor, flores delicadas y fragantes; aguas corrientes y puras, cuya canción de oro convida al ensueño; avecillas irisadas que, al perderse en el lejano confín, excitan al pensamiento a volar también, en busca del secreto de cuanto permanece ignoto y sumido en el misterio.

Contempla las fugaces mariposas, materialización de nuestros sueños e ilusiones; los airosos árboles, tu espléndido y bordado manto; toda la vida que hierve y se desborda en torno a ti, y piensa que se aniquilaría todo lo que constituye nuestra felicidad y encanto, si pesara sobre ello el abrumador y sofocante cuerpo de mi padre.

— Pero — insistió la desconsolada esposa; — piensa que tu padre no está acostumbrado a estar a tanta altura; que puede sentir un vértigo, caerse y des trozarse.

— No temas; yo le daré firmes sostenes que, a la par que seguridad, le den belleza.

Y desde aquella hora cruzan la región celeste, las caprichosas y juguetonas nubes.

Las razones del fuerte y valeroso Tané, no

podieron convencer a los amantes y consecuentes esposos, ni aminorar el inquebrantable afecto que les unía.

— Ya ves, mi buena Papatúa, que es fuerza resignarse; — dijo Rangé, — pero, si es imposible que yo vuelva a reunirme contigo, mis lágrimas, que al humedecerte te embellecerán, serán testigos permanentes de mi constancia y de mi fidelidad.

Y así fué y es aun: ¿las gotas rítmicas de la lluvia que refrescan y mantienen lozana la Tierra ¿son acaso otra cosa que las lágrimas del Cielo?

— Mi buena viejecita — continuó el desterrado; — si es preciso que cada uno quede donde está, durante el invierno yo suspiraré por ti; mi aliento frío te embellecerá aún.

Y fué como Rangé dijo: las heladas y las nieves invernales ¿podrían ser otra cosa que los suspiros del Cielo?

Durante el verano, cara y añorada esposa, cuando el calor lo quema y agosta todo, yo me lamentaré y mis lamentos te mantendrán fértil y lozana.

Y también fué así; es por medio de los rocíos que el Cielo bendice a la Tierra.

Sabe, ¡oh Papatúa!, que el sol y la luna me han sido dados para velar por ti, de noche y de día y sin cesar: ¡ellos serán el testimonio de mi inalterable y santo amor!

Papatúa contestó:

— Oh ¡esposo mío!; tus lágrimas, tus suspiros y tus lamentos caerán sobre mí siempre como una divina bendición; pero, por la intensidad de mi

cariño y el constante anhelar de mi corazón, a ti volverán en forma de transparentes brumas que serán para ti prenda de eterno y suave recuerdo.

Así fué, así es y así será: nada ni nadie, fuerzas humanas o potencias divinas, conseguirán separar del todo a los nobles esposos; tan constantes en el esperar su reunión, que en el lejano horizonte, parece a todos los mortales verles juntos y unidos como lo estuvieron un día.





EL PRECIO DE UNA FLOR

IMITACIÓN

I

UNA ORACIÓN Y UNA ROSA



ALBEABA una hermosa mañana de Mayo del año 1814, cuando, arrastrado por fuertes y poderosas mulas, salió de la villa de San Pedro un coche, pesado y voluminoso como todos los de la época, el que, una vez fuera de la población, tomó sosogadamente el camino del Norte.

La vía, de ordinario descuidada y llena de baches, y que lluvias recientes habían empeorado, angostábase a trechos de tal modo, que parecía caso milagroso que un coche pudiera cruzarla con suerte.

Uno de estos malos pasos disponíase a embocar

el vehículo que de San Pedro saliera, cuando el negro que lo guiaba advirtió que en el extremo opuesto de la estrecha faja que él iba a franquear, aparecía una desvencijada carreta, portadora de un pobre ataúd.

El carretero, de semblante avieso y ademán agresivo, detúvose en seco, indicando no estar dispuesto a ceder el paso: el cochero hizo lo mismo.

— ¿Qué pasa, Francisco? ¿Por qué te detienes?— preguntó, desde el interior del coche, una voz breve y varonil.

— Señorita, — contestó con humildad el preguntado; — en el otro extremo de esta angostura está parada una carreta...

— ¿Y?...

— Que como trae un difunto...

— Retrocede un poco, y déjala pasar.

— Pase, amigo, — dijo en voz alta el conductor del coche, al que guiaba la carreta.

Éste, sin contestar, aguijoneó los bueyes que pasaron mansos y solemnes.

Antes de cruzarse con el coche, descendió de éste una bellísima joven de facciones dulces y suaves, de esas que, vistas una vez ya no se olvidan nunca.

Santiguóse devotamente, y avanzando hacia la carreta que, a su vez, se había detenido, movió pausadamente sus labios, murmurando una oración.

— Diga, paisano, — preguntó después; — ¿era pariente suyo el muerto?

— ¡Era mi única hermana! — respondió el som-

brío interpelado.— Muerta ella me quedo solo, sin nadie en el Mundo.

— Pobre desventurado, — murmuró la hermosa niña.— Y... ¿era muy joven, su hermana?

— Diez y siete años.

— ¡Como yo! — exclamó la gentil viajera, suspirando.

Y después, desprendiendo de su pecho una espléndida rosa blanca la besó, deshojándola sobre el humilde féretro.

— Dios le consuele a usted, paisano; y, dicho esto, la piadosa joven subió de nuevo al coche que siguió su ruta.

El carretero quedó un momento inmóvil, y luego exclamó adolorido:

— Tiene caridad para los humildes y los desgraciados; ¡Dios la bendiga y la dé suerte!

Y hostigando de nuevo a los tardos bueyes, continuó su camino en busca del lejano cementerio, donde, en tierra bendita, podría dormir en paz su pobre muerta.

II

EL ENCUENTRO SINIESTRO

Mediaba la mañana del día 6 de Octubre del año de 1839, cuando de la iglesia de San Ignacio salió una dama vestida de negro, seguida de una negra, portadora de la *alfombrilla* sobre la cual arrodillábase su ama mientras duraba la misa.

Siguió la enlutada calle abajo, en dirección al Sur, cuando al doblar la esquina de la que ya entonces llamábase de Venezuela, y que era la de su domicilio, cruzóse con un hombre emponchado, de siniestra y sospechosa catadura.

Vestía el tal a la usanza de la gente del pueblo, y adornaba el sombrero, de ala anchísima, que le cubría, la espantosa cinta roja, distintivo de los siervos de Rozas, del sombrío dictador de Buenos Aires.

Fijó en la dama una mirada penetrante y fría, y mientras que aquélla, azorada y llena de sobresalto, aceleraba el paso, él permaneció inmóvil observándola.

Al penetrar en su casa la acechada, preguntó con disimulo a la negrilla que la acompañaba:

— ¿Se fué, Donata?

— No, está mirando todavía.

A recibir a su señora, acudió, como de costumbre, Rosario, una de aquéllas buenas sirvientas antiguas, adheridas por inquebrantable afecto a sus patronos, en cuya casa nacían y solían morir.

— ¡Válgame Dios! — dijo, al verla. — ¿Le ha sucedido a usted algo?

— ¿Por qué me preguntas esto?

— ¡Porque la veo tan pálida y agitada...!

— ¡Ay, Rosario! Vengo muerta de miedo. Acabe de tener un encuentro que me presagia una desgracia...

Y, en breves palabras relató a Rosario su encuentro con el de la divisa.

—¿Y quién pudiera hacerle un mal a usted, a la madre de los pobres?...

—En estos tiempos, Rosario, ¿quién puede considerarse seguro? Una delación, una sospecha, bastan para segar una vida.

Pero, no es por mí por quien temo; es por mi hijo. ¡Es tan altivo mi Rafael! ¡le inspiran tanto desprecio la tiranía y sus sicarios!

En este momento, Donata, la morenilla, penetró en el aposento, y dijo con voz trémula:

—Perdone, mi señora, si vengo sin ser llamada;—y continuó, a flor de labio;—pero este hombre...

—¿Cuál?

—El que encontramos...

—¿Y qué hace?

—Está paseando por la vereda de enfrente, mirando con mucha cautela hacia acá...

—¡Dios mío, no en vano temía yo! Y seguida de la fiel Rosario penetró en la sala, sumida en una semiobscuridad, y con gran precaución miró a la calle a través de las espesas celosías.

Efectivamente. En aquel preciso instante el desconocido pasaba lentamente por la acera opuesta, mirando con disimulada atención.

Fuera que ya estuviera enterado de lo que le interesaba, o bien, que se sospechase observado, el pertinaz espía siguió su camino y no volvió.

—Estamos perdidos, Rosario;—dijo la dama con apenada voz.

—Aun no, señora. Podemos huir.

— ¡Huir! ¿Quién huye en Buenos Aires cuando le acecha la mazorca? Estamos perdidos, te repito, y sólo la bondad de Dios puede salvarnos.

III

AVISO PROVIDENCIAL. — UNA VIDA POR UNA FLOR

Era alta noche, y nadie dormía en aquel afligido hogar: un secreto instinto decía a sus moradores que un serio peligro se cernía sobre ellos.

No temían en vano; cuando la calma era más profunda, el disimulado rumor de unos pasos furtivos turbó el silencio de la calle, y dos discretos golpes sonaron en una de las ventanas.

Rosario, la vieja sirvienta, tan vieja como animosa, miró a sus amos, cómo preguntándoles lo que debía hacer.

— Mira quién es el que llama, y qué es lo que quiere.

La doméstica obedeció, abrió con precaución una ventana, y preguntó, muy bajito:

— ¿Quién es? ¿qué desea?

— Hablar inmediatamente a la dueña de esta casa. No pierdan un momento en vacilaciones; ¡les va en ello la vida!

Oído el extraño mensaje, Rafael, el hijo de la casa, ordenó que se diera libre paso a los que llamaban.

— Si pertenecen a la mazorca, mamá, es en vano resistir; si no fueran ellos, ¡quién sabe!...

Un instante después, cuatro hombres penetraban sigilosamente en el patio; tres permanecieron en la sombra y uno penetró donde la madre y el hijo estaban. Las caídas alas del sombrero y el alto cuello del capotón que le cubría, ocultaban completamente el rostro del desconocido.

—¿Es usted, — preguntó, — la señora Irene Azamor de Aldave?

— Yo soy.

— Lea usted.

Tomó la señora el papel que el incógnito le alargaba, y al rato, su rostro de dolorosa púsose cadavérico.

— ¡Hijo mío! — clamó con voz ahogada y le alargó la hoja. — Era una minuciosa denuncia; el joven don Rafael de Aldave, era acusado de conspirar contra Rozas y de estar en comunicación con Lavalle.

— ¡Que has hecho Rafael!...

— Mi deber de buen argentino, madre.

— Esta denuncia, recibida hace media hora, será entregada inmediatamente al señor Gobernador — continuó el extraño visitante; — de no ser así, costaría muy caro al que la recibió.

Si cuando el Restaurador la lea, está usted, joven, al alcance de su mano, su muerte es segura; pero, quiere la suerte que alguien que por ustedes se interesa, tenga los medios de salvarles. Síganme.

Cinco minutos después, madre e hijo, seguidos de sus misteriosos acompañantes, salían a la

calle dirigiéndose al bajo, en aquellas horas absolutamente desierto.

Allí, encontraron caballos ya prevenidos, y dos horas después, se detenían junto a un grupo de añosos árboles: sobre el río se dibujaba la silueta de una embarcación.

—¿Vienen?—dijo una voz opaca que resonó en la sombra.

—Los dos, señor,—contestó humildemente el que guiara a los fugitivos.

—Dispóngalo todo para embarcarlos en la ballenera.

Y el que hablara en la sombra, tomando de la mano a la madre y al hijo, les introdujo en un miserable rancho que la arboleda disimulaba.

Una vez dentro, dió luz a una linterna, y, acercándola a su rostro preguntó al joven:

—¿Me conoce, usted?

—Sí, le conozco. Usted es...

—Cállese: no pronuncie un nombre que significa muerte y odio. ¿Y usted, señora? ¿sabe quién soy?

—No, señor,—respondió tímidamente la dama;—le he visto ayer, pero no puedo adivinar quien puede usted ser.

—No es de extrañar: hace muchísimos años que no nos vemos,—replicó con un dejo melancólico el desconocido, que no era otro que el emponchado de aquella mañana.—La he visto providencialmente, hoy, y la he reconocido en seguida.

Una hora después, recibía la denuncia que es

para su hijo una sentencia, y que me da ocasión de realizar una obra buena; ¡la única que habré hecho en la vida!

Yo soy el hermano de aquella pobre muerta a quien usted, hace muchos años, hizo la caridad de una oración y el obsequio de la pura y nevada rosa que adornaba su pecho.

En mi alma, ruda y bravía, quedaron grabados para siempre su rostro y su piedad, y hoy, en premio de su misericordia, devuelvo a usted, a cambio de aquella oración y aquella rosa, una cabeza querida y expongo la mía.

Ahora, ya sabe usted quien soy; partan ustedes: Montevideo les dará asilo, y Dios su protección y amparo.

Minutos después, partía la ballenera, y el salvador de los fugitivos, tornaba lentamente a la ciudad.





¿ES USTED UN BUENO Y SINCERO PATRIOTA?



Si tuviérais la humorada de preguntar a algunos de vuestros amigos o conocidos si son sinceros, buenos y entusiastas patriotas ¿qué os contestarían?

Pues, muy sencillamente. Sí, señor, que lo somos; tanto, por lo menos, como usted.

Y aun pudiera suceder que más de uno tomase a mal vuestra curiosidad, y que se considerase molestado por la pregunta que consideraría ofensiva e injuriosa.

En tal caso, manifestadle que tenéis entera fe en su amor a la tierra natal, y que jamás intentasteis ponerlo en duda; y luego, cuando hayais calmado la susceptibilidad de su espíritu, pedidle que os diga qué motivos tiene para considerarse digno y ferviente patriota y la respuesta no se hará esperar:

— Me considero patriota decidido, porque a toda hora y en todo momento, sin dudas ni vacilaciones, estoy dispuesto a morir, a dar la vida por mi Patria.

¡Matar o morir! Esta fórmula siniestra y estrecha, encierra para el común de las gentes la razón y significado del patriotismo.

¡No, por Dios! Hay que rectificar esta opinión.

Cierto que en determinados momentos, la ceguera, la ambición o la mala fe de un injusto vecino puede obligar a una nación a exigir de sus hijos el concurso de sus fuertes brazos y aun el sacrificio de la vida.

En tales casos, ningún nacido podría desconocer, ni menos negar, la sublimidad de las virtudes militares: y después de la lucha, nunca faltarían frescos laureles para ornar las sienes del vencedor, ni melancólicas siemprevivas para cubrir las huesas de los caídos.

En estas horas de prueba y de infortunio, siempre enaltecen las almas nobles a los héroes que sacrificaron su existencia inmolándola al bien y a la dignidad de la Patria; y un grande y altísimo poeta, con estro vibrante y sonoro, ha dicho, refiriéndose a ellos, a los que con el precio de su sangre afirmaron la integridad de la nación y la intangibilidad del solar nativo, donde se levanta el hogar de nuestros padres y duermen en paz nuestros abuelos, que

a los que mueren dándonos ejemplo,
no es la tumba sepulcro: sino templo.

Pero ¿corresponderá solamente el honroso dictado de patriotas a los que lo han conquistado sacrificando su vida?

No: nadie se atreverá a sostenerlo.

¿No es acaso un patriota meritísimo, el sabio que pasa su vida sepultado en un laboratorio para arrancar a la Naturaleza un secreto, o bien para encontrar el medio de hacer menos dolorosa y dura la suerte de los hombres?

¿No lo merece el humilde maestro que se esfuerza para hacer de sus alumnos hombres honrados, probos, laboriosos y justicieros? ¿No corresponde también al legislador que dedica sus horas y su talento a la preparación de leyes sabias y humanitarias, y al simple obrero que, interesándose por su trabajo y perfeccionándose en su oficio, contribuye a colocar a la industria de su tierra, sino en condiciones de superar, a lo menos de competir con todas las similares extranjeras?

Sí, todos ellos son y tienen derecho al nombre de buenos y dignos patriotas.

Luchan sin descanso para vivir, que es más difícil y meritorio que morir: sólo se vive a fuerza de tesón, de voluntad, de constancia y de múltiples energías; se muere en un minuto de indiferencia o de abandono.

El patriotismo no existe realmente sino en los pueblos donde el espíritu cívico es una verdad, donde la justicia es el eje de la vida nacional.

Si existiera un pueblo donde la policía no fuera necesaria y los tribunales tuvieran poquísimos qué

hacer; donde nadie vulnerase a sabiendas el derecho ajeno, y donde fuera cada ciudadano el censor y guardián de sí mismo; a ese pueblo, ningún otro podría arrancarle o disputarle la victoria en caso de lucha; porque el triunfo material pertenece, al fin y al cabo, a las naciones cuya conciencia colectiva sostiene e inspiran la verdad, la justicia y el honor.

Y hay que convencerse de que la realización de tan hermoso ensueño, lejos de ser una quimera es obra perfectamente factible, si constituye el bello ideal de cada ciudadano: porque al fin, el pensamiento y el modo de sentir de un pueblo, es siempre la resultante de las ideas y sentimientos de los individuos que lo forman.

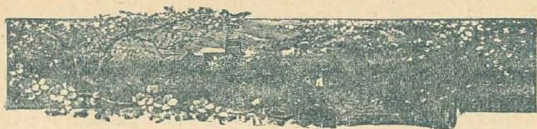
Y, si no se puede, sin notoria injusticia, negar al humano espíritu la posibilidad de alcanzar las altas cumbres de la perfección ¿por qué no habíamos de intentar conseguir, para la nacionalidad a que pertenecemos, un tan intenso grado de civilización y de progreso moral como presupone el vehemente deseo de establecer sobre la tierra el reinado de la paz, de la justicia y del amor humano?

¿Por qué no aspirar a que sea indudable verdad en nuestra patria, lo que sólo vive en el espíritu de los hombres superiores?

¿No cabe imaginar que tender a la realización de tamaña obra, y perseguir, con fe inquebrantable, una gloria tan pura como inmarcesible, constituye el más santo de los anhelos de un corazón amante de su raza y de su tierra?

Elevar las almas a lo alto para que una luz superior, las alumbre y santifique... Hermosa aspiración que, nadie podrá negarlo, constituye la más pura y sublime misión del patriotismo.





HACEOS RICOS: SABED SERLO

ENTRETENIDÍSIMO me hallaba yo leyendo muy sosegado a la sombra del parral de mi huerto las noticias del día, cuando vi aparecer a mi colega el señor Renovales, director de una de las escuelas de la localidad.

— Felices días, don Melchor, a juzgar por lo que ofrece la mañana, será el de hoy un hermoso día ¿no?

— Siempre que no se descomponga; está el tiempo inseguro y un tanto variable.

— Es muy cierto lo que usted dice.

— ¿Pero, qué hace usted en pie Renovales? Siéntese usted, hombre de Dios.

Es este bueno y excelente amigo mío, una inmejorable persona con quien acostumbro a conversar de cosas y casos de nuestra profesión.

Modesto, quizá en demasía, pero lleno de pundonor y dignidad profesional, estudia mucho y con ánimo; y como, además, conoce a fondo las res-

ponsabilidades que nuestra misión impone, y como desea cumplirla honradamente, para conseguirlo, solicita con frecuencia la opinión de los que han vivido y practicado más que él: a mí me honra consultándome muchas veces.

Entonces le doy con gusto mi parecer, y me cobro la consulta hablando con él, de la infancia, de la escuela, de nuestros anhelos con calor y entusiasmo, abriéndole mi corazón como se abre y muestra a los hombres de bien, sencillos y honrados; porque, hay que reconocerlo y proclamarlo: si todos los maestros se parecieran a mi amigo no hubiera tenido necesidad, el viejo y bondadoso Rendú, de escribir: *Tema acercarse a la infancia aquel cuya conciencia no esté tranquila y pura; el que no tenga el corazón sin mancha y el espíritu limpio de sombras.*

—¿De paseo tan de mañana?—pregunté a mi visitante.

—De paseo, precisamente, no, señor don Melchor, más bien de consulta.

—Veamos—dije yo sonriente.

—Pues, óigame usted. Hace unos cuantos días, leí en un periódico profesional, que lo copiaba de una revista, un artículo que decía, entre otras cosas, lo siguiente: «En el mundo triunfan, en definitiva, los fuertes y los ricos: conviene enseñar a los jóvenes a ser una y otra cosa; los hombres de presa, de fuerte garra, éstos son los hombres del porvenir, ellos serán los dueños del planeta.»

—Y usted, buen amigo, ¿qué ve de malo en lo leído?

—Que puedan los niños sospechar que el objeto primordial y único de la vida consiste en hacerse ricos para dominar a los demás, y que preocupados y dominados por esta idea prescindan o tengan por cosa baladí los puros goces del espíritu y las suaves emociones del corazón.

—Creo que sus temores son exagerados. Yo, que he podido apreciar muy de cerca los crueles estragos de la miseria, encuentro muy bien que se enseñen a los niños las ventajas de la riqueza y que se les prepare para que puedan un día conquistarla.

Pero, al par que deseo que los niños se adiestren y se hagan capaces de ser ricos, quiero que se les enseñe a saber serlo del todo.

—No le entiendo a usted bien.

—Pues es bien claro. Hay hombres que poseen un fusil de precisión y que tiran muy imperfectamente o que no saben tirar, ¿quiere usted decirme, a éstos, de qué les sirven sus armas?

—De nada o de muy poca cosa.

—Igual que de los fusiles, pienso de la riqueza; de muy poco sirve poseerla si no se sabe sacar de ella todo el partido posible.

—No me parece del todo exacta la comparación, porque el poderoso siempre sabe hacer uso de sus caudales para darse buena vida.

—Y hace muy bien, y tonto, y más que tonto sería si no lo hiciera; pero ¿no le parece que es bien triste ser poderoso, apalear el oro, como se suele decir, y no servirse de él sino para vestir

bien, comer mejor, ir a los espectáculos, poseer caballos y automóviles?

¡Pobre, pobrísima sería la misión de la riqueza si no sirviera para más!

Oír a un cantante célebre, tener la satisfacción de que un caballo propio gane una carrera, ya es cosa satisfactoria; pero, no cree usted que pueden quedar muy oscurecidos estos goces si se comparan con otros de orden superior?

Vaya un ejemplo: un obrero joven se siente languidecer, ya por exceso de fatiga, o bien por tener un oficio malsano: se enferma al último, y llama al médico. El facultativo le examina y dice: eso no es de peligro; que vaya a las sierras de Córdoba; que suspenda el trabajo y que se alimente bien.

Los ancianos padres del enfermo miran al que así receta, y le dicen: esto es imposible, señor, aquí no hay más medios que los que gana el chico ¡somos viejos y pobres, doctor! ¡El enfermo, falto de recursos, deberá morir!

Pero, lo sabe un rico de buen corazón y paga: al año el mozo, restablecido y fuerte del todo, vuelve al trabajo: y lucha, y vence, ¿qué mayor alegría para el poderoso, para él que, mediante un rasgo nobilísimo, podrá decir: yo salvé esa vida, y con ella un hombre útil para la sociedad y para mi patria?

Seamos, los maestros, misioneros de estas ideas.

Sí, buen amigo y hermano de causa; infundamos en las almas blancas de los niños que, entre las satisfacciones que puede proporcionar la posesión

de la riqueza, no hay una que pueda superar a la que se experimenta secando las lágrimas del desgraciado, sosteniendo al que, falto de fuerzas, está próximo a caer, o bien inundando con la luz de la fe y de la esperanza los corazones desconsolados de aquellos que están al borde de la desesperación.

Digámosles que no deja huella y que se olvida pronto el nombre de los avaros y de los egoístas, y que nadie vierte lágrimas cuando uno de ellos perece; pero que suben muchas bendiciones al cielo, cuando se extingue un potentado que ha sabido serlo; que no permitió miserias en torno suyo; que estuvo siempre pronto a mitigar el dolor ajeno; que alzó asilos donde el niño y el anciano abandonados hallaron pan y consuelo; refugios donde se aminoró el sufrir de los dolientes; escuelas donde se libertó de la más dura de las servidumbres, de la ignorancia, a millares y millares de hombres, o universidades donde los cerebros fuertes aprendieron a reforzar y a batir sus alas.

Y cuando los niños piensen y sientan así, déjeles que ejerciten su *garra*; déjeles que cuando hombres se lancen audaces a la conquista de la fortuna; porque entonces no habrá quien lamente que haya ricos; muy al contrario, se deseará que todos lo sean, o a lo menos, que haya muchos; muchísimos...





¡REID, REID SIEMPRE, JÓVENES!



o hay nada comparable a la dicha de poder reir, ni placer tan grande como el de oír reír a los demás.

Porque la risa, la sana, pura y santa risa, es signo de salud inmejorable; de perfecto equilibrio moral y material.

Por eso los malos, los egoístas, los ambiciosos y los que tienen el alma roída por la envidia, ni saben, ni pueden reír.

Cuando mucho, lo simulan; por eso su fingido reír es una mueca rígida, inexpresiva, y falta de gracia; por eso no se comunica ni contagia.

¿Quién no ha tenido ocasión de observar que el reír sin espontaneidad, aumenta la fealdad de ciertas caras, que producen al que las contempla un penoso sentimiento de malestar?

Solamente los buenos, los generosos y magnánimos, los que tienen limpia la conciencia, blanca y diáfana el alma, leal, afectuoso, recto y hon-

rado el corazón, saben y pueden reír de buena gana.

La dulce y buena risa, es, a veces, cálida acción de gracias al Todopoderoso; canción de esperanza o manifestación de fe, pero siempre es flor de ternura y de benignidad.

Es el perfume de las almas.

Reír con risa espontánea, sonora y armoniosa es una peculiaridad de los que esperan y creen; de los que no han visto aún cegado para ellos ese manantial divino, de eterna dicha, que se llama *el ideal*.

¡El ideal! ¡El eje de la vida; el generador de la energía y del entusiasmo; el sostén de la voluntad!..

Dichosos aquellos que sintiéndolo y amándolo con todo el calor de su alma, lo conservan incólume hasta el último de sus días; felices los que una vez abrazados a él, no ponen nunca término a este abrazo.

Estos que ríen satisfechos, franca y noblemente, estos no mueren con el alma helada por la duda o amargada por el escepticismo; porque al dejar la tierra, llevan consigo, a una nueva y más radiante vida, la blanca lucecilla de su fe; el lirio azul de sus creencias jamás vendidas o abjuradas.

De cuantas cosas podemos ver y admirar durante la vida, quizá no haya una que tan dulcemente nos impresione como el espectáculo que ofrecen ciertos buenos y afables viejecitos, de añados ojos, vivos y fulgentes como claras chispitas de luz.

Sentados a la puerta de sus viejos y patriarcales hogares, ya en las albas horas de la mañana, ya en los momentos majestuosos en que la tarde expira, sonrían amigablemente a los árboles floridos, a las nubes ligeras que pasan, a los niños y a los pájaros; a los viandantes y a los vagabundos, a la tierra que parece despedirles y al cielo que ya se dispone a llamarlos.

Como no sentir entrañable afecto por ellos, viéndoles contemplar sonrientes la augusta, la solemne puesta del sol, pero con sonrisa ideal ultraterrena, que parece decir: así, en paz, dulcemente resignados, y llenos de esperanza en el más allá, así nos extinguiremos nosotros.

Reír es sentirse grato a la vida; esperanzado en el porvenir y seguro del propio esfuerzo.

Por eso la juventud es risueña; por eso es consolador, por eso alienta ver reír a los jóvenes; porque su risa ingenua, vibrante y jubilosa, prueba su temple de luchadores bravos y fuertes; demuestra que los primeros combates y la rudeza de los primeros golpes, no han podido perturbar sus almas, ni tuvieron poder para achicar su corazón.

Recuerdo que en uno de mis paseos campestres, hace de esto muchos años, pasé un bello momento, viendo a un grupo de jóvenes, correr, jugar, saltar y reír como verdaderos chiquillos.

¿Por qué gritaban? ¿por qué reían?

¡Quién sabe! Ni ellos lo sabían ni necesitaban saberlo.

Reían porque sí, por la misma razón que obliga a los pájaros a cantar y a extender las alas; para desahogar el pecho; para demostrar su felicidad; para expresar la dicha de vivir.

Por riguroso turno cuidaban de unas magníficas tiras de asado que debían constituir su almuerzo, y que ellos mismos se habían encargado de preparar...

De cuando en cuando, alguno más acosado por el apetito, se acercaba al fogón, y después de dar un vistazo a los asadores y de preguntar algo al cocinero de turno, volvía a reunirse con sus compañeros.

Las imperativas exigencias del estómago, clamando energicamente, hacían más frecuentes las visitas:

— Dime, Miguel, ¿tardaremos mucho todavía?

— Falta muy poquito. ¡Hay que tener paciencia!

— ¿Cómo va eso?— preguntaba otro.

— Perfectamente. ¡Ved, mirad! A eso se le llama asado; tierno, dorado, jugoso y con un olorcillo...

— Pues, apura, por Dios, un poco. ¡Nos morimos de hambre!

Pero no se morían; ¡ca! Sabían ellos mil modos alegres de entretenerla.... ¡Eran tantos y tan divertidos!

— ¡Ya estáa...! ¡A comer!— gritó, por fin, el que estaba junto al fuego.

¡Qué torbellino, Dios santo! En un instante las doradas tiras fueron hechas pedazos, y ¡hala! ¿para qué os quiero, dientes?

Unos segundos de silencio, y luego un estallido de voces y protestas.

— ¡Esto está horrorosamente salado!

— ¿A quién se le fué así la mano?

— No hay quien pueda comer eso.

— ¡Cómo que no; pues yo voy a comerlo!

— ¡Y yo también!

Una carcajada general celebró el percance, y, unos más y otros menos, dieron fin al asado; y mientras tragaban, reían, reían a más y a mejor.

A mí, la cosa me hizo feliz.

— Eso me gusta. Todo muchacho de pro — me decía a mí mismo — ha de ser capaz de preparar una comida, de pagarla con exceso y de comérsela entre bromas y cuchufletas.

No faltan, ¡qué han de faltar! espíritus suspicaces y descontentos que consideran la risa como demostración de superficialidad y aun de inconsciencia.

Nada más falto de fundamento que semejante juicio: la propensión a la alegría, especialmente entre la juventud, no prueba despreocupación.

Demuestra, por el contrario, un juicioso y claro concepto de lo que significa vivir.

El que sabe reír bien y a tiempo, cuando las cosas y los sucesos merecen ser mirados con ojos alegres, ése es el que cuando los momentos son graves y la situación se presenta difícil, sabe afrontarlos con serena calma y fría resolución.

¡Oh, vosotros! niños amados; vosotros, bellas y fragantes flores de juventud; vosotros, de quienes

la patria espera tanto, y a quienes confiará su nombre, su historia, su tradición y porvenir, ¡reid! ¡reid siempre!

Porque la vida no es triste, ni amarga, ni tediosa; mirad el sol, los cielos, el campo, la añosa selva, el mar azulino, las estrellas y las flores; leed lo que los grandes espíritus pensaron y escribieron, y todo ello os dirá que la tristeza, el desaliento y la misantropía, no constituyen el modo de ser natural del hombre; que son simplemente dolencias morales que, como tantas otras, debe el hombre combatir sin descanso hasta verlas desaparecer.

¡La vida no es un lamento; es un himno de inenarrable armonía!

Y la risa, la pura y áurea risa, no ofende a Dios, lejos de ello, asciende a sus plantas como un grito vibrante de ¡Aleluya! Como un cántico soberano de inmarcesible gloria y de pura adoración.





MARIPOSAS BLANCAS

Con la primera aurora
de la estación templada
el aire azul se puebla
de mariposas blancas.

Entre los altos robles,
en luminosa ráfaga,
navegan despidiendo
relámpagos de plata.

Su vuelo no es altivo:
la estrella es para el águila;
para las mariposas
la flor entre las zarzas.

En cálices vistosos
la sed ardiente sacian;
y la embriaguez les hace
girar atolondradas.

La luz y la alegría
por donde van derraman...
Los maliciosos faunos
se ríen cuando pasan.

Las mariposas huyen
al caer las hojas,
y la tristeza invade
los campos que abandonan.

¿En qué rincón del suelo
se ocultan misteriosas?..
¿Qué flor de invierno albergue
les brinda en su corola?..

Inútil es buscarlas
en esas largas horas
en que las nieblas húmedas
los horizontes borran.

Los faunos las recuerdan
mirando entre las sombras
pasar los copos blancos
de nieve silenciosa.

Mas de improviso el cielo
tibio fulgor colorá,
y el aire azul se puebla
de blancas mariposas.

* * *

Yo sé de un viejo tronco
sin hojas ya en las ramas,
donde en invierno duermen
las pobres desterradas;

y, aunque él desnudo tiembla,
las cubre y las ampara
mientras las nieblas frías
el horizonte empañan...

Yo sé de un alma triste
que allá en su fondo guarda
deslumbrador enjambre
de canciones aladas,

y las defiende ansiosa
de la mortal escarcha
mientras las nieblas velen
el sol de la esperanza...

¿Te ríes?... Que tus ojos
den calor a mi alma.
¡Verás poblarse el aire
de mariposas blancas!

Ricardo Gil.

«Del libro *La caja de música*».





LOS VIEJOS CAMINOS

Tristes senderos como campos santos
Bajo la angustia vespéral, un día
Heló por ellos mi melancolía
La exigua historia de sus viejos cantos.

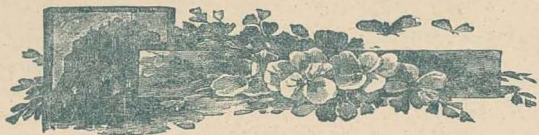
Festoneados de lilas y oxiacantos
Llegaban hasta el mar, donde sufría
La luna de aquel cielo que sabía
De mis dudas, mis penas y mis llantos.

Por su curso guñara al peregrino
La estrella confidente del destino...
Vieron todos tu mal; el sitibundo
Dolor de nuestro aciago encantamiento,
Y el último suplicio de mi cuento,
¡Sobre la inmensa soledad del mundo!

Gustavo Caraballo.

(Del libro *Las sendas del arquero*).





JUICIOSAS RAZONES DE UNA FUENTE PÚBLICA

(REDUCCIÓN DE UN CUENTO DE N. HAWTHORNE)

(Pasa la escena en un ángulo de la plaza de una población rural. La fuente habla con el grifo).

LAS doce del día! Sin que me lo digan las campanadas del reloj de la villa, bien lo conozco por el insostenible ardor del sol que me calcina la cabeza, y que casi pone en ebullición el agua que duerme inmóvil en la concavidad donde mis grifos la vierten.

Yo, como todos los personajes públicos que se estiman, vivo sujeta al potro de las obligaciones, sin tregua ni descanso, sin ser del todo comprendida, ni tan apreciada como fuera justo.

Y no se les ocurra a ustedes pensar que mis funciones son escasas o de poca monta.

En realidad, soy justamente merecedor al título de *Tesorero de la Villa*, porque guardo fielmente

su mejor tesoro, sin el cual la vida es imposible; soy superior en importancia al jefe de los bomberos, que, sin mí, no servirían para nada; merezco puesto preferente en la Junta de Higiene, pues, puedo decirlo sin jactancia, nadie hace más que yo en beneficio de la salud pública, y no satisfecho con esto, desempeño el puesto de pregonero, teniendo siempre la espalda tapizada de edictos y anuncios; y de noche, soporto sobre mi cabeza un historiado farol que permite a todos seguir su camino sin vacilaciones y evitar el encuentro con ladrones y otros pájaros nocturnos de mal vivir.

Hablando claro, no solamente soy el primero y más importante personaje de la población, sino que doy ejemplo a todos mis colegas, los funcionarios municipales, con la frialdad, compostura, imperturbabilidad y espíritu imparcial con que cumplo mis deberes y lleno mis funciones.

Soy infaltable a mi puesto, y nadie, joven, adulto o viejo, podrá probar lo contrario: desde que fui colocada en la plaza vieja del Ayuntamiento, hasta ese momento, de día, de noche, siempre y a todas horas se me halla, fija y firme, en la esquina de las calles del Mar y de los Harineros, que son las de más vida y tránsito de la población.

En estos días de calores asfixiantes, sirvo de beber a todos, sin demostrar malhumor o cansancio, teniendo en continuo movimiento el vaso de hierro que, para el servicio del público, tengo sujetado a la cintura por una cadena.

Y tanto me complace ser servicial y útil, que mientras beben mis parroquianos (yo llamo así a los que me utilizan), tengo, para cada uno de ellos, una palabra amable o una frase ocurrente.

— Bien va eso—le digo a uno que bebe *sin precipitarse*;— eso es lo que conviene, beber *sosegadamente* y luego reanudar el trabajo para conservar una transpiración fresca y agradable.

— Usted, compañero,—aconsejo a otro,—necesita beber un vaso más, de no hacerlo así, le será imposible limpiar de polvo su garganta; que no debe ser poco, si tiene en ella tanto como lleva en los zapatos.

A otro, constante amigo mío; le saludo con estas palabras:

— Bien se conoce que hoy has hecho una larga y penosa jornada, y que has pasado de largo las tabernas para acercarte a los arroyuelos y a los brocales de los pozos y cisternas.

De otra manera, con el calor de fuera y el fuego de adentro, hubieras ardido como yesca.

A veces, por casualidad, se acerca a mí uno a quien el agua le parece veneno.

— ¡Hombre!—le digo;— ¡qué casualidad! Me place verte por aquí y darte de beber, pero, no puedo ocultarte que sería mayor mi satisfacción si tu aliento fuera menos nauseabundo.

Eres, en realidad, digno de lástima; el agua silba al mojar tus ardientes fauces, y se vuelve vapor al penetrar en el pequeño infierno que tienes por estómago.

—¿A quién toca, ahora? ¿A ti, pequeñuelo? Ya veo que vas juiciosamente a la escuela, como de costumbre. Toma, chiquito, toma tu vaso de frigente agua, tan pura como el curso de tus infantiles días, y quiera Dios que ni tu corazón ni tu lengua se sientan jamás resecaos por otra sed más ardiente y devoradora.

Aquí viene el viejo de todos los días.

—No me mire usted así, ilustre caballero del frasco y de la botella; vaya, vaya usted a destaparlos y beba su venenoso contenido; pero, cuando en el dedo grueso del pie sienta usted pinchazos crueles, no será ciertamente de la vieja fuente de la plaza la culpa de sus molestias, sino de su gula e intemperancia.

Ahora, con vuestro permiso, suspenderé por un instante, la grata tarea de distribuiros vasos de agua, a fin de llenar la pileta para que beban este par de bueyes, venidos, Dios sabe de dónde, pero, seguramente, de muy lejos.

¡Anda! Ved con qué delectación beben y cómo hacen bajar el agua en el hondo cuenco; no hay cuidado de que se distraigan hasta haber llenado sus amplios estómagos con seis u ocho litros del claro líquido.

Veo, buenos amigos, que me contempláis satisfechos y de un modo placentero; por ello os doy gracias, aunque, bien mirado, cuanto más os acordéis de mí, más iréis ganando; porque, cuanto más me tengáis a la memoria mejores os encontraréis vosotros mismos.

Nada os diré de la decisiva ayuda que os presto cuando limpiáis vuestras casas, ni menos de la variada colección de caras sucias que ostentaríais sin mis cuidados, ni menos aun os recordaré que cuando las campanas dan la señal de fuego, yo, en medio del general desbarajuste, estoy serena y no pierdo la cabeza, derramando en vuestro obsequio hasta la última gota de mi caudal.

No: esto, al fin y al cabo son pequeñeces, comparadas con las bondades y excelentes condiciones que los sabios me reconocen, y de las cuales voy ha hacer mención, no por orgullo, ni menos por deleznable vanagloria.

A mí, y a todas las de mi especie, se nos considera las grandes reformadoras de los tiempos presentes: de mis cañerías y de otras semejantes a las mías, mana la poderosa corriente que limpiará a la Tierra de los crímenes, horrores y angustias que brotan del destilador.

Para vencer en tamaña empresa, tendremos, yo y mis hermanas, una simpática aliada: la paciente y pacífica vaca.

¡La fuente y la vaca! Tales serán las simpáticas aliadas que vencerán a las destilerías de alcohol y a las fábricas de licores, y que han de destruir los depósitos de cerveza y de ajeno; que harán pedazos las prensas que preparan la sidra, arrasarán las viñas y las plantaciones de te y café, con ingentes beneficios para la salud y la economía de los pueblos.

Cuando suceda esto, cuando acabe el imperio

del aguardiente, la Muerte no encontrará ni un rancho destartalado donde cobijar su escuálida figura; las enfermedades, faltas de su principal propagandista y de víctimas, roerán su propio corazón y se extinguirán, presas de la más negra rabia; y el vicio y el crimen, si no mueren del todo, perderán, casi por entero, su poder odioso.

Cuando este incendio interior, causa generadora de las pasiones violentas acabe; cuando la angustiosa fiebre hereditaria disuelta en la sangre humana, reanimada en cada generación por nuevos y abundantes sorbos de alcohol, y transmitida, fatalmente, de padres a hijos, se consuma para siempre, se detendrá la furia de las naciones y habrá paz y quietud en las familias; y, hombres y familias vivirán en calma.

No será ya, para ellos, el pasado, un remolino de amargas pesadillas, ni el porvenir una eternidad de momentos semejantes a la que siguen al delirio de un ebrio.

Sus semblantes, al morir, no tendrán la amarga expresión del que sufre hasta su último instante, sino la plácida calma del que se extingue dulce y serenamente.

¡Ejem! Ya es bien cierto que no hay trabajo más engorroso y áspero que el de hacer discursos.

Tengo la cañería seca de tanto hablar: ¿no habrá un alma cristiana que mueva un poco la bomba para humedecérmela?

¡Ajá! ¡Así! Gracias, muchas gracias al corazón compasivo que atendió mi ruego.

Hasta hoy, nunca supe cuán fatigante resulta la tarea de los propagandistas de mis excelencias; no me siento capaz de compartir con ellos la tarea: se la dejaré, en lo sucesivo, por entero, así como los honores que de la campaña resulten.

Tampoco sabía, y eso continuó ignorándolo, porque muchos de mis partidarios, al defenderme, incurren en los mismos extremos en que caen mis más decididos adversarios.

Buenos amigos tengo yo que, con sus estrujones y arremetidas, amenazan dejarme sin canillas ni cañerías, y hasta voltearme sobre el adoquinado, derramando inútilmente y sin provecho, el líquido tesoro que guardo dentro de mí.

Ruego a mis admiradores que quieran moderarse, y que no sostengan la digna causa de las fuentes, en la misma forma inculta por el borracho usada, cuando defiende sus licores.

¿No hay, acaso, otros modos de enaltecer y ejemplarizar las bondades del agua fresca, que el empleo de gritos furiosos y que la apelación a las violencias y a los acaloramientos? ¹

Los hay, y en gran número; ¡creedme!

En la lucha moralizadora en que están empeñados mis parciales no pueden éstos elegir mejor ejemplo que el que doy yo misma, no habiendo consentido jamás en que el polvo de las calles, la atmósfera sofocante o las turbulencias del Mundo llegasen hasta el tranquilo y profundo pozo de

¹ Alude a las violencias a que se entregaron en los Estados Unidos, en cierta época, los abstencionistas.

inmaculada pureza que es, en cierto modo, y a la vez, mi espíritu y mi alma.

¡La una! ¡Cómo pasan las horas! Las sonoras campanas con su lengua de bronce, os están diciendo que la comida espera; y, puesto que ellas hablan, pareceme muy puesto en razón que me calle yo.

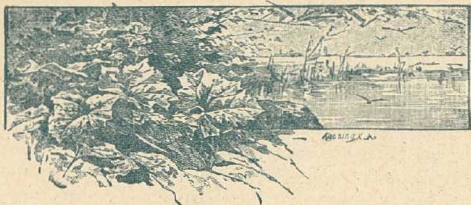
Cómo se ha desparramado el rosario de mis oyentes; pero ¡calle! aun me quedan visitantes.

Es la linda y candorosa jovencita que cotidianamente y a la misma hora, comparece, ligera y graciosa, a llenar una grande y transparente jarra de cristal.

Abre el grifo, amiguita, y deja correr el agua; ¿ves? ya está llena hasta el borde la jarra; ya puedes regresar a tu casa, mientras tu imagen gentil bailotea en el agua agitada.

Y cuando apaciblemente sentada te regales con un vaso de mi clara linfa, no te olvides de beber en obsequio y honor de la *antigua fuente de la vieja plaza...*





¡OÍD, NIÑOS!



UNCA tengáis ¡oh niños! para vuestros maestros una mala contestación, una mirada rencorosa o un gesto displicente: pensad que sólo vuestro cariño puede recompensar a los que tan grave misión ejercen, de los sinsabores, las luchas y las penas que la suerte les depara.

Y menos debéis tener ese gesto, esa mirada y mala contestación, cuando ellos, cumpliendo el más alto de sus deberes, que consiste en limpiar vuestras almas de todo defecto que pueda afearlas, se vean forzados a reprocharos algo o a contrariar vuestros deseos y caprichos.

Pensad, si alguna vez llega para vosotros ese momento ingrato, que tolerar es más cómodo que corregir, y que callarse ofrece menos inconvenien-

tes que hablar, cuando lo que se debe decir es penoso o poco grato.

Pero, esa doctrina, que puede ser la del perfecto egoísta, nunca será la de un maestro que debe prescindir y prescinde de su interés particular, para no ver ni pensar en otra cosa que en el bien de sus alumnos.

Y, creed, queridos niños, que reprender es cosa desagradable; y que, a veces, tanto como el reprendido, sufre y se apena el reprecensor.

Por otro lado, debéis pensar que es lícito, y hasta conveniente, no diré sospechar, pero sí recelar del que tiene pronta la lisonja a toda hora, y que no deja caer de sus labios sino palabras de encomio y de no siempre justificado halago.

En cambio, no es posible poner en duda la sinceridad y honrada intención de aquel que, mesuradamente y con habla prudente y cariñosa, nos hace conocer nuestros defectos y nos incita a corregirlos: el primero puede ser un espíritu maligno o un pérfido; el segundo será siempre un noble amigo; y el maestro es siempre de estos últimos.

El maestro merece, no sólo amor, sino también respeto y veneración, como lo merecen todos los hombres que, a sabiendas, aceptan una carrera obscura y llena de sacrificios.

Es común oír hablar de los maestros con una ligereza y una falta de conocimiento que sería risible sino resultase injusta y lastimosa.

Porque el maestro de escuela, ese ser que con-

sume su vida en una tarea oscura e ingloriosa, para acertar y conseguir su objeto, ha de sentir animado su espíritu por los mismos grandes principios que inspiraron a los más ilustres benefactores de la humanidad.

Ni aun le es dado, como a tantos otros, cosechar pronto los resultados de sus esfuerzos: debe esperar muchos años antes de tener la alegría de comprobar que su intensa y continuada labor no ha sido infecunda; antes de tener certeza de que la buena semilla, tan afanosamente esparcida por él a diario, no ha caído en tierra pedregosa y estéril, ni ha sido ahogada por los espinos y la maleza.

Tiene que consolar su esfuerzo con la misma fe profética que permite a todos los videntes y a todos los precursores, seguir sin desmayo su tarea, aun convencido de que siembra para un porvenir que ni ha de ver, ni logrará alcanzar.

Esto no lo ve el gran público, que no comprende o afecta no comprender el valor y alcance moral que tiene el ejercicio del magisterio: la mayoría de los hombres, piensan, y tienen por cierto, que es tarea muy simple y hacedera, muy lisa, llana y exenta de quiebras y escollos la de educar la infancia.

Y nada está tan lejos de la verdad como esta arbitraria y mal fundada opinión.

El maestro ha de conocer la índole y condición de sus alumnos y ha de complacerse en enseñarles, no unos modestos elementos del saber, sino,

y muy principalmente, el secreto y el arte de emplear en las luchas por la vida, con acierto y en beneficio propio y de los demás, su energía física y su fuerza intelectual.

Ha de sentir una profunda reverencia por el entendimiento juvenil repleto de poderosas, aunque no bien desarrolladas energías; pletórico de afectos y destinos misteriosos.

Pero, para sentirlo como es debido, es indispensable que el maestro haya empezado por honrar en sí mismo a su profesión, y a considerar el resultado de sus esfuerzos, no siempre reconocidos ni debidamente apreciados, como el mayor y más digno de los estímulos: como la más grande de las recompensas a que legítimamente puede aspirar.

Si tales son las dificultades con que tropieza el maestro; si son tantos los deberes a que está sujeto; si es tan imperiosa y estricta su responsabilidad; ¡cuán merecedor será al respeto general el hombre que con honor lleve tal título! ¡cuán obligados están los hombres todos a sostenerle, animarle y honrarle con una cálida y profunda simpatía!

Ya llega, en verdad, el momento de la reparación; pero, este instante reparador llega casi siempre tarde.

Se aplaude la abnegación, se elogia el esfuerzo, la constancia, la humildad, la elevación de ánimo y la nobleza del espíritu, cuando el hombre que tales virtudes poseyó ya no existe: reconocemos

únicamente la necesidad de honrar y enaltecer el mérito, cuando el meritorio ya está enterrado.

No procedáis así vosotros, buenos y amables niños; vosotros que tenéis en el corazón reflejos de aurora y en el pensamiento claridades de alba.

Rodead de una dulce atmósfera de suave cariño, de inquebrantable adhesión, y de tierna y afectuosa gratitud a los que tanto os amaron, os aman y seguirán amándoos; a los guiadores de vuestros primeros pasos en la vida; a los que tuvieron para vosotros afectos paternos, y que no sintieron en la vida otro orgullo que el de haber contribuido a haceros buenos y amables, inculcando en vuestros espíritus gérmenes de nobleza y generosidad.

De este modo encenderéis la hoguera sagrada, de llamas inextinguibles, que dorará con resplandores de sol sus últimos días, mitigando de paso, con tibio y reconfortante calor los helados días de su último y glacial invierno.

Así os mostraréis dignos de vosotros mismos y honraréis a vuestra patria; que nunca es tan admirable y digno de ser respetado un pueblo, como cuando sabe reverenciar a los que bien le amaron y le sirvieron, magnificándoles en vida y en muerte; en sus personas y en su memoria.





¡YO, SOY ASÍ!



— DIME, Martín, ¿por qué no saludaste a Maximino?

— Porque hemos reñido.

— ¡Que habéis reñido! ¿Y por qué?

— Verá usted. Después de unas palabras que tuve con Julio Martín, Maximino, se permitió hacerme observaciones sobre mi carácter y modo de proceder que me parecieron inoportunas; contesté con viveza, haciéndole saber que me parecía impertinente su conducta... y tronamos.

— Ante todo, dime: ¿eran justas las observaciones? No te calles; responde, dejando hablar a tu corazón que es leal y franco.

— Pues, sí, señor, eran justas.

— ¿Empleó; al hacértelas, un lenguaje duro o inconveniente?

— Eso si que no, bien sabe usted que Maximino.

es muy medido en su manera de hablar e incapaz de faltarle a nadie.

— Pues, entonces, en lugar de producirte impropriamente con él, debías haber agradecido y tomado en cuenta sus observaciones: yo, en tu lugar, así lo hubiera hecho; ¿por qué no lo hiciste, tú?

— Porque me pilló en un mal momento; me pareció tonto aguantar sermones y permitir que me los hicieran... y lo mandé a tomar el aire. Quizá, como usted dice, estuvo mal hecho; pero... ¡yo, soy así!

— Hombre, alabo tu frescura; cometes una inconveniencia, lastimas a un amigo, incurres en una sinrazon, y no se te ocurre otra cosa, para enmendar el yerro, que un *¡yo, soy así!*

¡Yo, soy así! ¡Vaya una razón! ¿Falto a los respetos sociales? ¡Qué le hemos de hacer! ¡yo, soy así! ¿Me conduzco como un grosero, y no cual corresponde a una persona culta y educada? Bueno, lo reconozco; pero la cosa ya no tiene remedio; ¡yo, soy así!

¿Incomodo a todo el mundo; abuso de la prudencia ajena; me muestro impertinente, fatuo, cargante o irrespetuoso? Pues, con un ¡yo, soy así! se sale del paso y queda uno tan fresco...

No se te ha ocurrido nunca, al decir, ¡yo, soy así! preguntarte a ti mismo: ¿pero yo, tengo derecho a ser como soy?

Tengo la evidencia de que ni tú, ni ninguno de los que a imitación tuya, explican sus intemperancias con semejante salida, si se hicieran tal

pregunta, hubieran dejado de reflexionar y de moderar su conducta.

Nadie, amiguito, tiene obligación de aguantar impertinencias ajenas; pero, tampoco tiene nadie el derecho de importunar a los demás.

Del reconocimiento de esa verdad, que es el fundamento de la vida social, o, mejor dicho, de la posibilidad de vivir en común, han nacido la cortesanía, la tolerancia, la discreción y buenas maneras, que permiten a los hombres vivir en constante comunicación y en cierto grado de intimidad, sin esfuerzo ni violencia.

Hay que enmendarse, Martín; es imposible que persistas en tu actual manera de ser, lo que si hoy, en los plácidos días de la infancia te proporciona ya disgustos y sinsabores, podría, más adelante, decidir de tu destino en un sentido fatal e irremediable.

— Pero, yo, ¿qué puedo hacer?

— Reparar las consecuencias de tu precipitación y arrebato. ¿Te parece justo?

— Sí, señor, pero, ¿cómo conseguirlo?

— Lo que es por esto, no te apures; lo que importa es *querer* hacer las cosas; pues cuando se tiene voluntad de alcanzar un fin, lo que sobran son medios de conseguirlo.

— Es que yo fui con Maximino muy agresivo...

Escucha lo que voy a leerte, y después de oír me dirás si te parece difícil salir de la situación en que te encuentras. Y, ten presente que el autor de la lectura es un notabilísimo educador y gran moralista.

« Un niño riñó con otro, y, en la pelea, se llevó un fuerte bofetón. Lleno de rabia se fué a su casa, jurando vengarse el día siguiente.

« Mientras estaba en su cuarto, sentado, y con enojo, miraba la casa de su vecino, una idea le atravesó el pensamiento: ¿No sería mejor que me reconciliase con él, y echara sobre mí toda la culpa?

« Pero, ¿qué dirán los amigos? Se burlarán de mí y me tendrán por un cobarde. ¿Y no es más cobarde apocarme por sus burlas y no atreverme a hacer lo que me parece bueno?

« Dicho y hecho. Penetró resueltamente en la para él desconocida y oscura región de la magnanimidad, sin pararse a pensar lo que podía sucederle.

« El corazón le latía con violencia, pero él se sentía contento, estaba seguro de que era justo y noble el paso que iba a dar.

« Bajó corriendo las escaleras, corrió a casa de su ofensor, tiró de la campanilla, dejó escapar de su pecho un hondo suspiro, y dijo a su enemigo de horas antes que le miraba sin saber qué hacer ni qué decir: — Sin duda te chocará el verme aquí, como me choca a mí lo que me pasa.

« He venido a pedirte disculpa por haberte hecho rabiar hasta el punto de impulsarte a pegarme.

« Apocado y confuso, el amigo, balbuceó: — No, no, la culpa no es tuya, sino mía, perdóname el arrebató.

« Reinó por un momento un profundo silencio.

en la habitación, y ambos permanecieron bastante rato mirándose confusos, como si se avergonzaran de no haber encontrado un camino mejor que el de los bofetones y de los puñetazos.

«Después, se estrecharon la mano, y se pusieron a jugar juntos y a hojear libros, pero se les notaba poseídos de la solemnidad de quienes han experimentado algo grande.

«El niño que había sabido escuchar tan bien, y oportunamente la voz de la razón, volvió aquella tarde a su casa rebosante de dicha; y estoy seguro de que su alegría no era menor que la del gran explorador Stanley, después de haber dado con el camino a través del tenebroso continente.

«Y no está mal hecha la comparación entre la alegría experimentada por el valeroso niño que tan bien logró vencerse a sí mismo y la que debió sentir el gran Stanley al descubrir los secretos del África misteriosa; porque el corazón humano es, para nosotros mismos, un arcano e inexplorable país en el que, por indiferencia o desidia casi nunca intentamos penetrar.»

— ¿Has entendido, Martín?

— Sí, señor maestro; y prometo a usted no desaprovechar la lección: hoy mismo volveré a reanudar mi amistad con Maximino, y esta vez, espero que será para siempre.





EL DOMINIO DE SÍ MISMO



Los chicos se burlaban de él y de las que llamaban sus rarezas; pero Gregorio Ibáñez persistía en su propósito sin que nadie consiguiera apartarle de sus trece.

Mirado superficialmente el proceder del hombrequito, no cabe duda de que podía ser tachado de original y aun, si se quiere, de estrambótico; pero, si se consideraba con más calma y atención, se adquiría la evidencia de que Gregorio no obraba a humo de pajas, sino que abrigaba el propósito de doctorarse en una ciencia que muy pocos poseen, y que en la vida es prenda segura de éxito.

Apostó hoy, con varios de sus condiscípulos, a que permanecería serio y sin reirse durante diez minutos, teniendo él la obligación de mirar á los ojos al que le hablase, y aquél, la libertad de decir cuánto le pareciese, y hacer cuántas gracias y bufonadas le vinieran en deseo.

Es inútil decir que tratándose de chicos alegres, ocurentes y traviosos, se hicieron y dijeron cosas capaces de hacer soltar la carcajada a un muerto.

Pero, todo fué inútil; Gregorio permaneció imperturbable: alguna vez pareció que iba a soltar la risa; pero, mediante un poderoso y enérgico esfuerzo, consiguió permanecer impassible, sin que se moviera ni uno solo de los músculos de su cara.

Ha triunfado, ganando la apuesta; pero, al contemplarse vencedor, no se ha entregado a ninguna expansión bulliciosa; ha permanecido callado y sonriente, mostrando en la mirada la íntima satisfacción, propia del que sabe vencerse a sí mismo.

Esta apuesta no ha sido un capricho; a pruebas semejantes se sujeta en su casa con frecuencia: propónese, a veces, no probar tal plato o tal dulce que son de su gusto y agrado, y lo consigue; decide no dormirse hasta tal hora, y, mediante un esfuerzo de la voluntad logra su objeto.

Con ello consigue realizar un gran progreso moral que le eleva y hacé mejor; era, al ingresar en la escuela, un poco violento, algo hablador y bastante impaciente: hoy no, es obra difícil sacarle de sus casillas; sabe refrenar su lengua y no pierde fácilmente la calma.

Este niño reflexivo y constante, que con tanto tesón lucha contra la tiranía del cuerpo, de sus apetitos e imposiciones, demuestra estar poseído de una verdad muy útil y fecunda.

Comprende que el dominio de sí mismo no es

obra de los padres ni de los maestros, y que no se obtiene mediante penas o recompensas, sino a favor del esfuerzo personal, y obra en consecuencia.

Su aprendizaje, esa especie de entrenamiento, en virtud del cual se desprende de sus hábitos defectuosos para fortificar sus buenas condiciones nativas, y adquirir otras, hará de él un hombre libre, en plena posesión de su ser, no sujeto a la tiranía de la pereza, de la gula, de la intemperancia, del miedo, del enervamiento o flojedad, de la avidez, y de tantos otros apetitos como turban de ordinario la rectitud del espíritu, la nobleza del corazón y la serenidad del alma.

Sabrán resistir, si la ocasión lo exige, el hambre, la sed, el frío, el sueño, la fatiga y el desaliento, y saldrá victorioso de situaciones y obstáculos ante los cuales sucumbirán otros menos dueños de sus fuerzas y de su voluntad.

Pero, son escasos, desdichadamente, los niños del temple de Gregorio, y capaces, por lo tanto, de imitarle; para la mayoría de ellos, la palabra *dominio*, es desagradable y antipática.

Saben, además, de oídas o por experiencia, que para dominarse es preciso luchar, esforzarse; y, como no hay lucha ni esfuerzo que no sea doloroso, los niños, enemigos del sufrimiento, rehuyen una y otro.

Jovencitos hay, y con ellos, no pocos adultos que se preguntan: ¿qué se gana con saber dominarse? ¿se obtiene con ello alguna utilidad?

Para contestar a los que tal preguntan, bastaría decirles: oigan, buenos amigos; ¿de que les serviría tener músculos fuertes y elásticos, sino tenían ustedes el poder de hacerlos obedecer?

De nada absolutamente: no podrían comer, porque teniendo los alimentos a su alcance, la mano no se levantaría para llevarlos a la boca; si tenían ustedes la desgracia de caerse al mar o al río, perecerían, aun sabiendo nadar, porque ni los brazos ni las piernas se moverían para mantenerse a flote.

Pues lo mismo le sucede al que no tiene el poder de regir a voluntad su conducta; al que no tiene la fuerza moral necesaria para seguir el camino recto, cueste lo que cueste, y para obedecer sin atenuaciones ni paliativos, los consejos de la prudencia, de la justicia y de la razón.

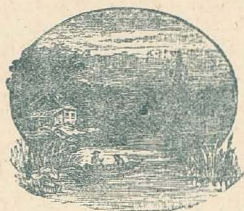
Ese tal, mentirá por inercia, a sabiendas; obrará mal por falta de resolución, y descubrirá el secreto confiado a su honor, por ser incapaz de resistir al allago, o al prurito de hablar.

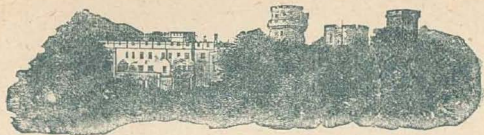
Reñirá sin motivo; será violento sin ni razón; indiferente cuando debiera ser lo contrario, y soberbio fuera de ocasión.

No sabrá hacerse querer ni respetar, y jamás tendrá amigos leales y verdaderos; porque la amistad es flor delicadísima que agostan pronto la necesidad y la grosería.

«El que es esclavo de sus impulsos y de sus pasiones, de sus caprichos y de sus nervios, tendrá que arrepentirse amargamente de ello; porque

las cosas que se hacen sin la guía de la razón, no se ajustan nunca del todo con el noble y claro concepto de la vida y son causa de confusión y discordia. »





EL PRESIDENTE LINCOLN

(DE F. W. FÖRSTER)



EN cierta ocasión en que el Presidente de los Estados Unidos, Abrahán Lincoln, daba un paseo a caballo por el campo, vió que un cerdo pequeño estaba a punto de ahogarse en un pantano, pues no lograba salir fuera, por más esfuerzos que para lograrlo hacía.

Bajóse el Presidente de su caballo, y, después de mucho trabajo salvó al pobre animal, pero, como era consiguiente, se puso a la miseria, perdido completamente de barro.

El suceso tuvo la virtud de levantar un gran rebullicio.

Las gentes, al saberlo, se hacían mil cruces; no podía haberles en el magín que el primer personaje de la nación, que todo un Presidente se

hubiera interesado por un cerdo, hasta el extremo de llenarse de lodo.

Tanto y tanto se habló del asunto, que Lincoln se enteró de los comentarios que su conducta había suscitado: no se incomodó, muy al contrario, sonriendo calmosamente, dijo:

— «No procedí como lo hice, guiado, únicamente por un sentimiento de humanidad hacia el cerdo; *lo hice también por mí.*»

¿Por él? La respuesta pareció a los murmuradores mucho más extraña e inexplicable que el acto que la había originado: ¿qué podía importarle, al Presidente, la vida de un cerdo? ¿qué querían decir aquellas palabras?

Pues una cosa muy sencilla; Lincoln quiso significar que todo el bien que hacemos a los demás, redundaba también en el nuestro; porque al ejercitar activamente nuestras energías, las aumentamos, mientras que la inercia, no sólo las debilita y embota, sino que acaba por enmohecerlas del todo.

¡Ay del que se acostumbra a permanecer insensible ante los sufrimientos de una criatura, por baja e ínfima que ella sea!

Tal podría decirseles a los hombres; porque esa impasibilidad obra sobre ellos, del mismo modo que obra el poder de las hadas y brujas, heroínas de muchos cuentos, esto es, convirtiéndolos en rocas.

Compadecer, significa conllevar, y el que no sabe compadecer no sabe vivir.

Si Lincoln no hubiera tenido piedad del cerdo; si no lo hubiera salvado, dejándolo ahogar, se hubiera acostumbrado a desoir y a imponer silencio al impulso compasivo que late y germina en todas las almas buenas.

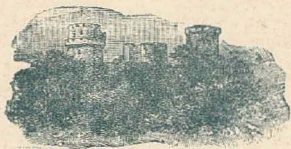
Y si se hubiera acostumbrado a imponer silencio a la voz delicada y conmovedora que induce a los hombres a interesarse por todo lo que significa miseria, sufrimiento o dolor, esa voz se habría extinguido, como se pierde todo lo que no se cultiva; no se habría interesado entonces por los infelices esclavos; no habría sentido horror ante su miseria, su abyección y desdichada suerte, y les hubiera dejado sumergidos en su triste y amargo desaliento.

El gran Presidente, el gran corazón, no hubiera sufrido los muchos sinsabores que su espíritu humanitario le deparó; pero, sobre su tumba de mártir, no hubieran caído las lágrimas de los millones de hombres que su energía libertara, ni la humanidad bendeciría la santa memoria del *Cristo de los negros*.

El hombre egoísta y poco sensible, que sólo se preocupa de él, que no piensa sino en gozar, que se cree centro del mundo, y con derecho a todos los placeres, sin tener un pensamiento ni una mirada para los que padecen: el que sólo se ocupa de comer opíparamente, de tomar su delicioso café, de fumar un aromoso cigarro, si tiene tal costumbre, y de echar una siestecilla, llegará a perder, sin remedio alguno, todo sentimiento de

humanidad, y quedará reducido a bien poca cosa; a menos que insignificante persona.

Quizá le esté reservado el dolor de preguntarse en sus postreras horas: ¡Dios mío! *¿qué hice yo de mi vida?*





UN GRAN AMIGO DE LOS NIÑOS

Enrique Pestalozzi

I

LA GRANJA DE NEUHOF



ENTRE los hombres de corazón sano y generoso que hicieron del amor a la infancia el objeto y culto de su vida, sobresale el educador suizo, Enrique Pestalozzi.

De corta edad aun, la presencia de un niño sufriente le conmovía hasta el punto de arrancarle lágrimas; fueron infinitas las ocasiones en que, olvidándose de las propias necesidades, se quitó el pan de la boca para dárselo a un desdichado.

Vivió Pestalozzi hace más de un siglo y medio; entonces los niños sufrían mucho en las escuelas: retenidos durante horas enteras en los bancos, por una disciplina seca y dura, se les castigaba con

rudeza por la más mínima de las faltas, o cuando su memoria no era lo suficientemente robusta y tenaz para aprender, al pie de la letra, las escasas y áridas nociones que constituían la enseñanza de aquellos tiempos.

Pestalozzi, se propuso redimir a los niños de aquella especie de esclavitud, cambiando radicalmente los métodos de educación y enseñanza.

Decía que la escuela debía ser un lugar alegre y grato a los espíritus, y no un antro triste y sombrío; que era preciso interesar a los niños, para que así, aprendieran por curiosidad y gusto, y no por imposición o violencia, y que el maestro debía ser para sus alumnos un tierno y bondadoso padre, de espíritu noble y levantado, capaz de formar hombres inteligentes, buenos y piadosos, habituados al orden y a la actividad.

La hermosa y bella escuela imaginada por Pestalozzi es la de hoy; la que frecuentan los niños de nuestra época.

Pero, aquel gran reformador, de ideas tan luminosas, era un pobre hombre de negocios: de él dijo uno de sus amigos, acaso el que más le quiso y mejor le conoció: *Los hombres abusaron de ti en tu apogeo, y serás instrumento y víctima suya en la adversidad.*

Cumplióse la profecía: la cándida buena fe del apóstol, la infinita bondad de sus sentimientos, su desinterés y confiada lealtad, hicieronle siempre fácil presa para los hombres sin conciencia y faltos en absoluto de escrúpulos.

Pensaba, el buen filántropo, que los trabajos agrícolas, por su índole especial, eran preferibles a cualquiera otra ocupación, y que debía instruirse en ellos a los niños, para que, en bien suyo y de los demás, pudieran explotar tal medio de riqueza y prosperidad.

Asociado a un comerciante de Zurich, compró la propiedad de Neuhof, en Argovia; la aridez del suelo, la poca práctica y la escasa habilidad administrativa de Pestalozzi, ocasionaron la ruina de la empresa.

El comerciante de Zurich se retiró sufriendo una pérdida considerable, y el hambre asomó en la granja.

El fracaso sufrido, no arrancó a Pestalozzi su fe en los ideales, ni le hizo cejar en sus propósitos de mejorar la miserable condición de los niños y de las gentes humildes, por medio de una reforma radical de la enseñanza.

Sin que le arredrase lo difícil y precario de su situación, transformó su establecimiento agrícola en casa de educación para los niños pobres y vagabundos: *estos pequeños mendigos se dignificarán, — decía, — y ganarán su vida trabajando.*

Reunió cincuenta alumnos, cuyo estado moral y material no podía ser más deplorable, y se propuso vestirlos, educarlos y mantenerlos.

Sólo un alma entusiasta y pura como la de aquel gran iluminado, podía pensar en llenar las necesidades de tantas personas, en el momento angustioso en que a él le faltaban los modestos medios de llenar las suyas.

Ayudado por su esposa, — que fué siempre su ángel bueno — Pestalozzi se dedicó por entero a la instrucción de aquellos niños, de quienes fué, a la vez, padre, maestro y amigo.

Enseñábales a cantar, hablar, contar, dibujar y a orar, y les adiestraba en la manera de ejercitar sus sentidos.

Pero, Pestalozzi era demasiado bueno, y sus discípulos, díscolos y haraganes, estaban bastante pervertidos; no pudo afirmar su autoridad e influencia sobre ellos, y vió, con dolor, al desorden apoderarse de su escuela.

A los cinco años, pobre, contrariado y sin recursos, agobiado por las burlas de las almas secas y vulgares que se mofaban de él y de su obra, vióse obligado a dejar Neuuhof.

Su desgracia le entristeció, pero no pudo desalentarle; dióle, en cambio, cierta experiencia, preciosa para él.

Dios me ha enseñado, — escribía, — que no acoge el sacrificio que se le hace con frutos que no han llegado a la madurez.

II

EL CONVENTO DE STANZ

Animado por un librero de Zurich, escribió Pestalozzi una serie de cuentos que condensaban algunas de sus ideas y principios educativos.

Era tal su estado de pobreza, que no teniendo

papel ni dinero para comprarlo, debió utilizar, para escribir su libro, los márgenes y páginas en blanco de un gran registro de comercio que la casualidad le proporcionó.

No tuvo esta producción el éxito que merecía, pero, sugirió a Pestalozzi la idea de publicar otra, mejor pensada, más bien escrita, y más completa y extenso.

Para buscar inspiración y nuevas escenas para su libro, se internaba por días enteros en los bosques, donde permanecía, sin comer ni beber, absorto en sus pensamientos.

Era tan profunda su preocupación, que cuando al anochecer volvía a su casa, dejaba a veces de contestar al saludo de los pobres y humildes a quienes amó siempre y de los que fué, en todos los momentos, respetado y querido.

Algunos de sus constantes detractores se aprovechaban de estos descuidos para molestarle:

— *A Pestalozzi* — decían, con intencionado acento, — *le falta algo.*

Aquel libro, en cuyas páginas puso el maestro tanto de su alma como de su inteligencia, apareció en Berlín, en 1781, bajo el título de *Leonardo y Gertrudis*, y su éxito inmenso compensó a su autor, en parte, de los contratiempos y dolores sufridos durante muchos años de azarasas luchas.

No hubo periódico en Suiza y Alemania que no se ocupara con encomio de él, y la Sociedad Económica de Berna lo premió con una medalla de oro: Pestalozzi salía al fin de la obscuridad,

y sus generosas doctrinas, por las que tanto había sufrido, empezaban a ser generalmente conocidas y justamente apreciadas.

Las guerras sostenidas por la República Francesa contra casi toda Europa, coaligada en contra suyo, convirtió al pequeño cantón argoviano, primero, en lugar de encarnizadas luchas; en campo de pena y desolación después.

Muchos de sus habitantes perecieron defendiendo la independencia del suelo patrio; otros emigraron, otros fueron encerrados en obscuras cárceles, y los pueblos sufrieron las ultrajantes amarguras del saqueo y los rigores del incendio.

El gobierno suizo, impresionado por tanta ruina y tanta miseria, puso a disposición de Pestalozzi el convento nuevo de monjas de Stanz, y le rogó que se encargara de recoger y de instruir a los pobres niños abandonados, que vagaban sin amparo por los campos y los caminos.

Sólo un corazón tan ardientemente humanitario como el de Pestalozzi podía llevar a cabo tal obra de misericordia.

Casi solo, obligado por la necesidad a ser a la vez, maestro, ecónomo y criado; sin cocina, ni despensa, ni camas, falto de todo lo indispensable, aun en la más humilde de las cabañas, debió atender a ochenta infelices criaturas, reducidas al más espantoso y extremo grado de miseria, roídos por las más repugnantes enfermedades, y degradados por todos los vicios; astutos, hipócritas, rateros, perezosos, desconfiados y embusteros, así eran, moralmente, los pequeños recogidos en Stanz.

Allí brilló Pestalozzi en la cumbre de su grandeza moral: tenía para cada uno un consejo, una voz de aliento, una mirada de estímulo, y para todos, palabras de paz y de cariño; y, siendo él el primero que se levantaba, era el último en entregarse al descanso.

Tanto amor y tanta abnegación no podían resultar estériles; pronto se hizo suyos aquellos corazones que acabaron por no poder vivir sino a la sombra de aquél que era para ellos imagen de la Providencia; véfasele con frecuencia rodeado de los mayores, dando la mano a uno de los más débiles o alzando en brazos a algún pequeñuelo.

Vió premiados sus esfuerzos; consiguió redimir y curar a tantos infelices, y su establecimiento presentó, al fin, el aspecto de una numerosa familia, fuertemente unida por lazos de amor y de felicidad común.

Tampoco esta vez, fué duradera la suave dicha del reformador: la calumnía y los envidiosos turbaron su calma, hiriéndole en pleno corazón.

Rumores ultrajantes al principio; insultos directos después; burlas chabacanas a cada hora, tal fué el Calvario que debió seguir él más angelico de los hombres; ¡hasta hubo quien afirmó que no sabía leer ni escribir!

El sufrimiento continuo e innmercido, minó la salud de Pestalozzi, que cayó gravemente enfermo.

Faltábale recibir el golpe de gracia, que no tardó en herirle: las tropas francesas, perseguidas

por los austriacos, volvieron a invadir el Bajo Unterwald y arrojaron a Pestalozzi, y a sus protegidos de su asilo, que convirtieron en hospital.

Pestalozzi pasó por el más doloroso y amargo momento de su vida, al verse obligado a despedir a sus alumnos por quienes tanto había hecho, luchado y sufrido.

Arrasados los ojos en lágrimas, preparó para cada niño un pedazo de pan y unas pobres monedas de cobre, y envolviendo el don en un pañuelo, fué entregando a cada uno el suyo.

Los desgraciados niños se despidieron de él llorosos, prodigándole tiernos abrazos y dándole el santo nombre de *padre*; el maestro imploró para ellos la bendición de Dios, y se separó de ellos para siempre.

III

EL INSTITUTO DE IVERDON

Cuéntase del fabuloso gigante Anteo, que al tocar la tierra sentía aumentar sus fuerzas: de Pestalozzi pudo decirse que su alma, cuanto más en contacto con el dolor estaba, mayores entusiasmos sentía y más energías cobraba.

Después de la despedida de Stanz, escribió *Cómo enseña Gertrudis a sus hijos*, que tuvo gran resonancia, y pidió y obtuvo permiso para enseñar en la escuela elemental de Berthoud, en el

cantón de Berna; pero las suspicacias del director de la misma, que suscitaron contra el maestro forastero la mala voluntad del vecindario, le obligaron a dejar su puesto.

Asociado al maestro Krusi y auxiliado por algunos más, contando, esta vez, con el auxilio del gobierno, que procuró algunos fondos, fundó la Escuela Normal de Berthoud, que en poco tiempo progresó mucho y alcanzó merecida fama.

Por un momento, pudo creer, el *Padre de la Pedagogía* moderna, que las horas de calma y tranquilidad habían llegado para él.

Sus discípulos y sus colaboradores se identificaron con sus esperanzas, y Berthoud fué, para todos, un lugar de felicidad.

Cuando hacía buen tiempo, todos juntos, alumnos y maestros, íbanse a recorrer los campos y los bosques, donde recogían flores, plantas y minerales; si las tardes no eran serenas, Naef, uno de los maestros, que había sido militar, contaba episodios de sus campañas que entretenían agradablemente a todos.

Las circunstancias — ¡siempre adversas para el buen Pestalozzi! — le obligaron a trasladar su escuela a Munxhenebesec, donde florecían unas escuelas dirigidas por el patricio bernés, Fellemborg.

El admirable orden que en ellas reinaba indujo a los compañeros de Pestalozzi a solicitar de aquél, que se hiciera cargo del establecimiento: el modesto apóstol no se opuso al deseo de sus compañeros; pero se retiró a Iverdon con ocho alumnos

que voluntariamente le siguieron, y a los cuales no tardaron en reunirse los que habían quedado con Felleberg.

Los veinticinco años que Pestalozzi permaneció en Iverdon, fueron los más brillantes de su carrera. Fichte, gran patriota y filósofo alemán, elogió sus principios educativos; la reina Luisa de Prusia, favoreció la difusión de sus obras, y el emperador de Austria, José II, mantuvo correspondencia con él.

En los principales Estados de Europa y en la Unión Americana, logró gran popularidad, y en San Petersburgo, en Berlín, en Madrid, en Nápoles, en Londres y en Filadelfia, pedía la opinión la apertura de escuelas pestalozzianas.

El reformador dirigió una memoria acerca de las ventajas de su sistema educativo a Napoleón I, emperador de Francia, quien no hizo caso de ella, diciendo: *que tenía otras cosas más serias en qué pensar y que le era imposible ocuparse del a, b, c...*

La guerra parecía ser el enemigo implacable del gran amigo de los niños; en 1814, cuando las naciones del Norte de Europa, coaligadas contra Napoleón, invadieron a Francia, la administración militar austriaca quiso expulsar a Pestalozzi de Iverdon, pero la mediación del zar Alejandro, emperador de Rusia, evitó la destrucción de la escuela.

En Diciembre de aquel mismo año, la buena y santa compañera del maestro, que había compartido animosamente con él las mayores privaciones, aconsejándole y prodigándole consuelos en

las horas de prueba y de infortunio, cerró los ojos para siempre, siendo enterrada en el jardín del instituto, entre dos frondosos tilos.

Pestalozzi, que ya frisaba en los setenta años, sintió vivamente la pérdida que acababa de sufrir, y de la cual nunca se consoló.

«Durante la noche, cuando había cesado el ruido y ya no brillaba una luz en el instituto, cuando todo el mundo estaba entregado al reposo, el anciano se levantaba para llorar sobre la tumba de su esposa, con el mismo desconsuelo con que lloran los niños que acaban de perder la madre.»

¡Dolorosa coincidencia! El mismo día en que muriera la esposa del fundador, estalló la discordia que desde tiempo atrás dividía a los compañeros del maestro: trató de conjurar la tormenta, pero, falto del consejo y auxilio del ángel bueno de su vida, desanimado y herido en sus ilusiones, no pudo evitar el desastre, y el instituto de Iverdon, como la granja argoviana y el asilo de Stanz, cerró sus puertas.

IV

EL CORAZÓN DEL MAESTRO

EL ROSAL DE SU TUMBA

Después de esta última decepción, ya no luchó más: tenía ochenta años; estaba solo, y había sido la vida para él, senda dolorosa sembrada de agudas espinas.

«Durante treinta años,—escribió, desde Berthoud, a su amigo Ischokke,—mi vida ha sido una lucha desesperada contra la más afrentosa pobreza. Tú, no sabes, que durante treinta años he carecido de lo estrictamente necesario. Tú, no sabes, que no he podido frecuentar las sociedades porque no tenía vestido ni dinero para comprarlo, y que en la calle he sido objeto de risa porque parecía un mendigo. Tú, no sabes, ¡Ischokke!, que más de mil veces no he tenido que comer, y que a mediodía, cuando hasta los más pobres se sentaban en torno de la mesa, yo devoraba, con honda pena, un simple pedazo de pan en medio de la calle. Y, sin embargo, todo, esto es cierto, y aun hoy lucho contra la desnudez y la miseria... ¡y sufro tantos trabajos sólo por haber querido acudir al socorro de los pobres y por realizar mis principios!»

Retirado en Neuhoß, al amparo de un nieto suyo, aun escribió dos obras que fueron su testamento pedagógico: *Mis destinos* y *El canto del cisne*.

Después, ocupaba su tiempo visitando la cercana escuela de Birr, donde se solazaba enseñando el abecedario a los más pequeños: ¡los niños habían sido el afecto y el pensamiento de toda su vida y no podía estar sin ellos!

Visitó una vez, con su buen amigo Schmid, uno de sus fieles de Iverdon, el instituto de Beuggen, en el cual fué recibido con todo el respeto que merecía por su edad y por su apostolado.

Un niño, el de menos edad, se destacó de sus compañeros y colocó sobre las sienes del maestro

una corona de roble; Pestalozzi se desprendió de ella, y coronando, a su vez, al niño, murmuró enternecido: *No a mí, sino a la inocencia pertenece esta corona.*

Seis meses después de realizada esta visita, una mano ruin lanzó a la circulación, contra el reformador y sus escuelas, un folleto infame.

El anciano no resistió este golpe; murió el 17 de Febrero de 1827, a los 81 años, en el mismo lugar que fué teatro de sus primeros y humanitarios ensayos.

Antes de morir perdonó a sus enemigos y pidió a los niños que buscasen siempre la tranquilidad y la ventura en el círculo bienhechor de la familia.

Enterráronle al lado de la escuela, como él deseó, anhelante quizá de que velasen su eterno sueño, los niños, norte de sus esfuerzos y de sus ilusiones.

Por un hermoso y feliz azar, floreció sobre su tumba un lozano y espléndido rosal.

¡Arcanos de la Providencia! ¡Quizá las raíces del bello y odorante arbusto nacieron en el corazón del apóstol! ¡Quizá vivía diluido en el suave perfume de sus gratas flores, algo del sentir y del pensar de aquel noble espíritu; de aquel hombre generoso y puro que, con más razón que nadie en el mundo, pudo decir:

Todo cuanto yo he sido, lo fui por el corazón.



LAS ÁGUILAS

Dejad volar las águilas. — Van ellas
hacia la luz; dejadlas que se encumbren;
no importa que del sol o las estrellas
con el brillo sus ojos se deslumbren.

Buscando la verdad van a lo ignoto;
buscando lo inmortal van a la altura,
y el velo acaso del misterio roto
a ver alcancen en la noche oscura.

No podréis conseguir que con desmayo
plieguen el ala en inacción cobarde;
nacidas son a desafiar el rayo
y a hacer de audacia y de valor alarde.

No lograréis que su indomable instinto
a convención vulgar quiebre o se doble,
ni que, en la lucha de la vida, extinto
manchen las glorias de tu estirpe noble.

De una idea sublime los reflejos
siguen audaces ostentando galas,
y nada aun va más alto ni más lejos
que el pensamiento al desplegar sus alas.

Dejad volar las águilas. — No importa
que, al ver se ocultan en la nube umbría
juzgue la turba, ante su audacia absorta,
locura y sacrilegio su osadía.

No importa que al traer nuevas extrañas
del país de los sueños no se crean;
iras las burlen, y las hieran sañas
y desdeñadas por los hombres sean;

que en vano fué la voz de los profetas
al revelar sus sueños desoída;
pues pensadores, genios y poetas,
son astros en la noche de la vida.

Dejad que el polvo terrenal sacuda
el alma altiva a quien lo innoble hiere,
ya que en silencio la materia muda
sólo le abre su seno cuando muere.

¿Qué nada alcanzarán? Basta a su gloria
lanzarse a los abismos del problema,
y ser, purificada toda escoria
del sacrificio símbolo y emblema.

Que si dejar quisieran, bajo el yugo,
que la fuerza brutal su fe les robe,
en explosión de cólera al verdugo
dirán en su dolor: *E pur si muove.*

¿Para qué más luchar si nada puede
contra la luz vuestro poder exiguo?
A otro ideal vuestro ideal ya cede,
y está agrietado el pedestal antiguo.

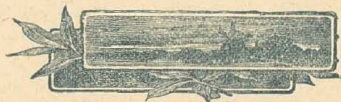
Y la nueva progenie trae en sus hombros
el arca de las leyes del futuro;
y al eco de sus trompas, en escombros
convertidos serán los viejos muros.

Ellas del porvenir el sol anuncian
y los misterios de la vida inquietan;
y ante el severo fallo que pronuncian
reinar los mitos del error no esperen.

Y aun a pesar de la corriente impura
de tanto vicio que el presente mancha,
bondades irradiando y hermosura,
los horizontes, la verdad ensancha.

Dejad volar las águilas caudales
por el campo infinito de la idea:
están allí las fuentes inmortales
y allí está el germen que transforma y crea.

Heraclio Martín de la Guardia.





CANTO A LA PATRIA

EN SU PRIMER CENTENARIO

*Descende coelo, et dic, age tibia,
Regina longum Calliope melos.*

HORAT.

Sobre la Patria un siglo
Rodó, en un fluctuar de sombra y lamos;
En las almas y campos
La Paz serena su fulgor derrama.
Ya a la joven nación el mundo aclama;
Y viendo hervir en torno
Feliz y palpitante muchedumbre,
La generosa mano al mundo tiende,
Y ágil y fuerte, asciende
De su destino a la eminente cumbre.

La fecha redentora
Relumbra como un sol en nuestra mente,
Y en nuestro corazón brota sonora
Onda de amor en férvida corriente.
Hoy que la Patria en mi cantar se mira,
Sólo el oro del alma hasta ella eleve:
Cuando en lengua ideal le habla la Lira,
No vano incienso, la Verdad le debe.

Cien años ha que a larga lid gloriosa
Esta alma tierra se arrojó valiente,
Y surgió de ella soberana, hermosa,
Tremulante el laurel sobre la frente.
Hija de la Victoria,
Émula digna de la hispana gloria,
Por montes y por llanos
Lanzó sus fulminantes batallones,
En combatir, leones,
Y en el instante de vencer, hermanos.
Y Dios besó su frente;
Y un himno inmenso resonó en la esfera;
Y el cielo hondo y sereno
Desprendió de su seno
Ráfaga azul, resplandeciente,
Para tejer su virginal bandera.

Luego en internas luchas encendida,
Enhiesta o abatida,
La selva atravesó, áspera y fuerte,
Que a hombres y naciones
Desvía en el camino de la vida,
Con bramidos de muerte
Cerrado por panteras y leones.
Respirando ya ambiente más propicio,
Abrió hondo surco a la labor fecunda,
Y con seguro venturoso auspicio,
Que en la verdad y en el amor se funda,
Alzando hasta los astros su epinicio,
Hoy a los hombres muestra,
Más noble espada en la robusta diestra.

Nuestros héroes así la vislumbraron
En sus sueños de amor y de ventura,
Rica en clara hermosura,
Cuajado el vasto suelo en mieses de oro.
Así Moreno, espléndido meteoro;
Belgrano, el noble y puro,
A quien el alma floreció en la mente,
Y de astros recamó su cielo obscuro;
Rivadavia el vidente;
Y aquel grande entre grandes,
Que sobre su corcel saltó los Andes,
Y en tromba al Ecuador, pueblos redime;
Y consintiendo en que el supremo lauro
Al glorioso rival la sien corone,
Como en solemne ocaso el sol se pone,
Callado se hunde en soledad sublime.

Pero ¡cuántos dolores, Patria mía,
Despedazaron tu materna entraña!
¡Cuánta pérfida saña,
Y furia devorante,
Nublar hicieron tu gentil semblante!
Sobre todos Facundo se alzaría,
Tigre de sangre sin cesar sediento,
Si no hubiese uno solo, aun más cruento,
Nacido en negro instante
Para manchar el esplendor del día.

Sobre el potro las pampas le abortaron
Al ulular de la anarquía obscura:
Alma tan torva y dura

Nunca allá los abismos engendraron!
Entre muerte y traición feroz se agita;
La luz, lo azul le irrita,
Cual si en espasmos de funesto olvido,
Fundiera en él natura
Al bufón, al demente y al bandido.

Helado el pensamiento
Vaga por esos tenebrosos días,
Cual por calles desiertas y sombrías,
Do con voces de muerto zumba el viento.
Volcóse en ruina inmensa
Cuanto es del mundo salvador tesoro;
Puñal blandió el Poder en vez de espada;
Vióse en duelo el amor, roto el decoro,
Y la virtud proscrita y degollada.
En desborde feroz la humana escoria,
Muda la escuela, profanado el templo,
Fué aquella edad el más siniestro ejemplo
De la orgía del crimen en la historia!

Mas al fin huracanes vengadores
Limpiaron nuestro cielo
De ese asfixiante nubarrón de horrores
Que al sol de Mayo obscureció en su velo.
Y cuando en lid hirviente
El bronce de Caseros tronó airado
Y nos volvió los dioses tutelares,
Pálido y tembloroso, el Eñecrado
Huyó a esconderse tras los vastos mares.
Roto el muro sombrío
Que muertas estancó bravas corrientes,

Rugiente olaje sucudió el navío;
Pero el rosal de las excelsas mentes,
Entre lumbres de aurora,
Descollar vió al Patricio soberano
A quien en duelo aun la Patria llora,
Y que, piloto en la borrasca experto,
Supo con fuerte mano
Llevarla en triunfo a jubiloso puerto.

Ya en cimiento granítico asentada,
¡Oh Patria! enamorada
Te besa el aura pura
Que con las orlas de tu manto juega,
Y en ti volcando toda su hermosura,
Naturaleza de esplendor te riega!
Sombra te dan tus bosques seculares,
Fragancia tus jardines,
Y cantan en tu seno y tus confines
Tus grandes ríos, los solemnes mares.
La pampa, inmensidad que un mundo espera,
Símbolo de infinito, en ti se tiende;
El Andes te corona;
Y la celeste esfera,
Ebria de azul, para mirarte enciende
Todo el fulgor de su radiante zona!

En tu ascensión dichosa,
Honda sed de progreso tu alma inflama,
Y en tus costas, de gente varia y briosa
Un aluvión sonoro se derrama.
Ya con creciente estruendo oirse dejás
Un rumor incesante de talleres,

Y se mezcla a la espiga áurea de Ceres,
Rico vellón de innúmeras ovejas.
Tierra de redención, el inmigrante,
Que en su terruño escueto
Vivía, ya olvidado de ser hombre,
A misérrimo afán siempre sujeto,
De nuevo empuje armado,
Halla en tu suelo libertad, respeto,
Y pan, y hogar, y un porvenir y un nombre,
En los revueltos surcos de su arado.
Y ya dueño de sí, fuerte y tranquilo,
En el modesto asilo
Que levantó con manos paternas,
¡Cuál le enjuga el amor la húmeda frente,
Mientras pace el rebaño en la pradera,
Y ríe la esperanza en los trigales,
Donde, al soplo del viento, brotar siente
Como un fresco rumor de primavera!

Oculto, empero, entre infinitos dones
Cruel peligro te acecha:
Ver tu gran tradición caer deshecha,
Decoro señorial de tus blasones.
La savia que da al árbol su esmeralda,
Y su armoniosa copa al cielo eleva,
Y entre sus ramas prende
El sazonado fruto y la flor nueva,
De la raíz asciende.
Tu cuño y verbo victorioso imprime
En el viviente enjambre que hoy te estrecha
En abrazo fecundo,

Y en ti afirmando tu soberbia raza,
Que al sueño te arrancó del mar profundo,
Tu propio íntimo ser salva y redime,
Y tus armas abraza
Para avanzar a recibir al mundo!
No dañarás a tu genial riqueza,
A una visión más alta de la vida:
Cinta de agua nacida
En la montaña, se acrecienta en río;
En dilatado curso copia ufano
Nuevos cielos y campos, nuevo ambiente;
Mas una misma es la veloz corriente
Que va desde la fuente al océano.

Ni con sórdido anhelo
Conviertas en mercado tu palacio;
Corone los abismos del espacio
De lo ideal el transparente velo.
La vulgar opulencia
Que los trofeos de la vida ignora,
Secos y tristes ídolos levanta,
Y con estéril pompa los adora.
Depura el común zumo en rica esencia,
Guarda la sacra llama en ti encendida,
Y despliega en los siglos tu existencia
Frutificando en trascendente Vida!

Y no olvides que nada hay noble y grande
Sin la velada voz de lo Infinito,
Y que el eterno grito
De la angustia mortal, en Él se expande.
Reinen en ti serenas la Fe augusta,

Y la espada leal, la ley severa:
Doquier su voz no impera,
Desata el crimen su furor salvaje,
Y vil codicia, delirante encono,
Corrupción o pillaje,
Aullando suben a infamante trono.

Al trabajo, al saber, tus magnas puertas
De par en par abiertas,
Giren severas en su fuerte quicio,
Cuando impudente vicio,
O las violencias de la humana fiera,
Que responde con muerte al beneficio,
Hacia ti tiendan su ominoso vuelo,
Negra en sierpes la hirsuta cabellera,
Para manchar y envenenar tu suelo!

¡Salve, oh Madre, en tus sagrados días!
De tus hijos acepta la áurea ofrenda;
Tu magnífica senda
Pueblen sin fin venturas y armonías!
Reverentes postrados a tus aras,
Nuestro inefable amor te consagramos,
Y aclamarte anhelamos
Templo de la Belleza y de la Idea,
En donde el himno de su fe se eleve;
Y que al ungirte, eterna, la Victoria,
La Justicia, que en Dios los orbes mueve,
Te inspire siempre, y sea
La irradiación suprema de tu gloria!

1910.

Galixto Oyuela.



UNA GLORIA AMERICANA

I

LA INFANCIA DE UN GENIO



Pocos, muy pocos serán los hombres civilizados que no hayan pronunciado u oído pronunciar el nombre glorioso de Tomás Alva Edison, y más escasos serán aún los que no conozcan alguno de sus portentosos descubrimientos.

Pero, lo que muchos ignoran, es que la vida de este hombre esclarecido constituye una admirable lección de energía y valor moral y un ejemplo de cómo la voluntad firme y decidida, orilla todos los inconvenientes y allana todas las dificultades.

Tomás Alva, *Al* como se le llamaba familiarmente, pareció nacer destinado para investigar y descubrir.

Tenía sólo cuatro años, cuando viendo a una gallina echada sobre unos huevos, preguntó, y le dijeron que de este modo, de cada huevo, saldría un pollito.

— ¿En cuánto tiempo? — interrogó.

— En veintiún días.

El chico no respondió; pero, desde aquel día pudo vérselo siempre contemplando la gallina, y esperando calmosamente que se produjera la transformación que se le había anunciado.

Poco tiempo después, y hallándose casualmente solo, quiso encender fuego como lo había visto hacer a personas grandes o a muchachos mucho mayores que él.

Los resultados de su prueba fueron el incendio de la granja y el serio peligro que corrió el experimentador, a quien, a duras penas se pudo sacar vivo de entre las llamas.

Su edad le salvó de un gran castigo; pero no evitó que un juez, de genio poco sufrido, condenase al incipiente incendiario a sufrir, en plena plaza pública, un respetable número de azotes.

Otro menos resuelto que *Al*, se hubiera intimidado; pero él, prosiguió en su empeño escudriñándolo todo, observando constantemente, y queriendo saber el por qué de todo lo que veía.

Tenía doce años, cuando la situación precaria de su familia se agravó tanto, que llegó a hacerse angustiosa y casi insostenible.

Entonces, aquel niño, aquel curioso averiguador de cosas y de hechos, tomó, por su sola inspiración, una resolución digna de un hombre.

Consiguió hacerse admitir como vendedor de diarios en la línea férrea de Quebec a Montreal, Toronto y Chicago.

Tanta jovialidad, viveza y amables maneras puso en el ejercicio de su pequeño comercio, que muy pronto se hizo popular entre los habituales viajeros de aquella línea, que le compraban, no sólo el acostumbrado diario; sino frutas, cigarros y otros varios objetos de poco valor.

A fuerza de actividad consiguió ganar 40 pesos oro por mes; con tal cantidad vivía, auxiliaba a los suyos y se procuraba alguno que otro libro.

Edison no se contentaba con vender diarios ajenos, aspiraba a tener uno suyo; pero le faltaba lo que es indispensable para realizar una empresa, por modesta que sea: un poco de dinero.

Un acontecimiento extraordinario se lo procuró.

Estando en Detroit, en la imprenta de la *Prensa Libre*, se enteró casualmente de que el diario iba a publicar, en su número inmediato, la noticia del gran triunfo obtenido por el general Ulises Grant sobre el jefe confederado Johnston, con grandes detalles del combate.

Edison, listo y rápido de concepción como era, comprendió, al instante, cuánto partido podría sacar de este hecho.

Efectivamente: si la noticia era conocida en los pueblos por donde pasaba el ferrocarril, la gente, llena de curiosidad, querría proporcionarse a toda costa el diario para enterarse de los pormenores de la gran batalla.

Sin pérdida de tiempo y mediante un equitativo cambio de servicios, consiguió que el telegrafista de Detroit telegrafiasse a todas las estaciones de la línea la noticia del gran triunfo de Grant, para que fuera escrito en la pizarra donde se fijaban los horarios.

Luego, a fuerza de súplicas, y mediante la intervención del periodista Wilbur Storey, que adivinó cuánto valía aquel muchachito y lo mucho que podía esperarse de él, obtuvo del director de la *Prensa Libre* que, además de los ejemplares que de ordinario compraba, y que, como de costumbre, pagaría al contado, le vendiera mil más a crédito.

Las suposiciones del ingenioso *boy* se realizaron: en las estaciones las gentes le arrebatában los ejemplares de las manos, pagándolos a cualquier precio, y, al finalizar la venta, la ganancia resultó enorme.

Con el producto de su previsión y actividad, compró Edison, tipos de imprenta y una prensa sada, que había servido para imprimir catálogos, pequeños carteles y circulares, y puso manos a la obra lanzando a la circulación *La red ferrocarrilera*, de cuya publicación fué, por necesidad, editor, redactor, cajista, corrector y vendedor.

Escribíalo con mucho donaire, y publicaba una multitud de datos interesantes, tales como los horarios de los trenes; noticias de los objetos perdidos o hallados en ellos; precios corrientes, en los mercados, de los artículos de ordinario consumo.

En la redacción de los avisos, debe conside-

rársele uno de los iniciadores de la moderna manera de hacer propaganda, que consiste en llamar la atención de los lectores por todos los medios imaginables.

Uno de ellos, destinado a recomendar los productos de lechería expedidos por un determinado comerciante, decía así:

« A los empleados ferrocarrileros. ¡ Empleados! Haced todas vuestras compras de manteca, huevos, queso, pavos, gallinas y patos, únicamente en la casa de W. O. Hulésts — Nueva York ».

El negocio iba bien, y *La red ferrocarrilera*, convertida en un semanario, bajo el título de *El Herald Semanal*, no sólo seguía conquistando el favor público, sino el de personas caracterizadas, como el ingeniero Stéphenon, a quien sorprendió encontrar tanta energía e ingenio en un muchacho de quince años, cuando un suceso impensado arruinó los esfuerzos del joven periodista.

A causa de una brusca sacudida del tren, cayóse uno de los frascos del rudimentario laboratorio que Tomás había instalado en un rincón del furgón de bagajes, produciendo un ligero incendio, que fué muy pronto apagado.

Pero, el encargado del furgón, hombre brutal e iracundo, arrojó frascos e imprenta al andén, y no contento con esto, tironeó de las orejas de Edison de un modo tan bárbaro, que el atropellado quedó desde entonces sordo.

No perdió los ánimos el resuelto muchacho: a fuerza de paciencia recompuso la imprenta, y,

asociado al hijo de un impresor, publicó el diario satírico *Paul Pry*, en cuyas columnas ridiculizaban, con infantil impertinencia, las cosas y los hombres de Puerto-Hurón.

Tan mortificantes se hicieron las bromas del diarito, que un vecino del pueblo, hombre de buenos puños, para vengar una broma pesada de que fuera objeto, cargó con Edison y lo echó al río.

II

SENDA DOLOROSA

A los diez y seis años, Edison, dejando sus ensayos periodísticos de lado, se empleó como telegrafista en Stratford.

Prestaba servicio de noche, y la principal de sus ocupaciones consistía en señalar el paso de los trenes.

La empresa, para asegurarse de que los empleados estaban en sus puestos, les obligaba a telegrafiar, cada media hora, la palabra *seis*.

A Edison, entregado durante el servicio a sus cálculos y ensueños, le molestaba esta continua serie de interrupciones, que le ponían en la necesidad de suspender, a cada paso, sus estudios y las investigaciones sobre las corrientes eléctricas, a que se entregaba con verdadera pasión.

Para eludir la necesidad de telegrafiar cada media hora, fabricó una rueda dentada con mues-

cas escalonadas; luego por medio de alambres ató esta rueda a los aparatos telegráficos, y desde aquel momento, la rueda le substituyó en la tarea de transmitir un despacho cada media hora.

Durante algunos días la cosa marchó bien; pero, al cabo de poco tiempo, observaron en la Escuela Central que los despachos dirigidos a Edison no eran contestados. Hicieron investigaciones y se dió fácilmente con la causa, que valió al muchacho travieso un serio apercebimiento.

No tardó en realizar un hecho que llamó poderosamente sobre él la atención de la Compañía: los hielos habían roto los cables telegráficos que unían a Puerto-Hurón con Sarnia, interrumpiendo del todo la comunicación entre ambos puntos.

¿Cómo remediar el mal?

A Tomás Alva le ocurrió el medio: montó en una locomotora, y avanzando cuanto le fué posible, hizo funcionar el silbato, de modo que produjera silbidos que imitasen, por su duración, las convenciones del código Morse.

Este lenguaje fué comprendido y contestado, cambiándose entre ambas localidades varios despachos.

La abundancia y la regularidad de sus recursos le creó cierta popularidad; pero, su espíritu móvil é inquieto, y su sed ardiente de encontrar solución á los problemas que le obsesionaban, no le permitían dedicarse a ninguna tarea continua y regular.

Así se vió a aquel investigador de diez y siete

años, rodar por el mundo, siempre pensativo y preocupado, olvidándose de todo, cuando observaba o descubría algún hecho.

En Indianápolis inventó el *repetidor automático*, que permitía el pase de un despacho de una línea á otra sin intervención del operador.

Estando empleado en Memphis, á donde fué a parar, después de breves permanencias en varias ciudades, resolvió fácilmente los medios de perfeccionar el repetidor inventado por uno de sus jefes; pero éste, lejos de agradecer al joven su eficaz colaboración, le despidió, dejándolo sin empleo...

Dejando Memphis, pasó *Al* a Louisville, donde llegó fatigado y hambriento: allí continuó su vida de trabajo y de estudio.

Leía con verdadero empeño y afición los artículos de la *Revista Americana*, costumbre que por poco le cuesta la vida.

Cierta noche, compró en una librería de lance, una gran cantidad de números de aquella publicación, hizo con ellos un atado, se lo echó á la espalda y se retiraba á su casa a muy buen paso, cuando un policía, entrando en sospechas y presumiendo que pudiera ser un ladrón, le dió la voz de ¡alto!

Edison, que es sordo, no se detuvo, y el vigilante, creyendo que el joven trataba de escapar, le disparó un tiro, que, felizmente, no dió en el blanco.

Alcanzado el despreocupado mozo por el que

tan a su alcance iba, dió sus explicaciones y siguió su camino.

¡Hay que bendecir á la Providencia que hizo mal tirador al policía! ¡Si no llega a serlo!...

Como en todas partes, consiguió en Louisville demostrar sus grandes aptitudes y llamar la atención de sus jefes.

Estuvo trece horas sentado frente al aparato, para recibir el texto de un sensacional mensaje del Presidente de los Estados Unidos, Johnston.

Esta proeza proporcionó á los habitantes de la ciudad el placer de leer el mensaje, minutos después de haber pronunciado Johnston la última palabra.

Edison hubiera vivido tranquilo en su puesto si no mediara una circunstancia que recuerda *la catástrofe* del ferrocarril de Quebec á Montreal.

Tuvo la poca suerte, durante uno de sus experimentos, de romper un gran frasco lleno de ácido sulfúrico, cuyo líquido, desparramándose por el suelo, penetró en el despacho del director de las oficinas, estropeando la alfombra.

Al día siguiente se le despedía pretextando *que allí hacía falta un buen operador y no un gúlmico*.

No terminaba el calvario del animoso joven, ni parecían acabar para él las necesidades, las penas y los contratiempos.

Fuése á Cincinnati, y de allí a Boston. Durante el camino sufrió hambre, fatiga y frío; pero, a pesar de ello, cuando minutos después de llegar a la ciudad, le preguntó su amigo Milton Adams:

—¿Cuándo podréis trabajar?

— Ahora mismo, — respondió.

Hermosa respuesta que demuestra su férrea voluntad y fuerza de ánimo, muy propia, por otra parte, del hombre que decía y repite aún:

Es necesario que vaya aprisa; la vida es corta, y yo, necesito hacer muchas cosas.

Trabajaba mucho, y en las horas en que otros descansaban, él leía entusiasmado los *Estudios experimentales sobre la electricidad*, de Faraday, obra que fué para él una revelación, y que abrió al joven experimentador vastos y claros horizontes.

En la patria de Franklin, se fijó y consolidó su talento; pero fué en Nueva York, a donde llegó con un dólar que le prestara un pobre telegrafista donde empezó su triunfo.

Empleado en la poderosa Compañía que dirigía el general Lefferts, Edison, encargado de dirigir la construcción de varias líneas telegráficas, inventó aparatos para hacer más rápida la transmisión, un ingenioso telégrafo para seguir las oscilaciones del oro y títulos en las Bolsas de Comercio, y otros aparatos de inmensa utilidad.

—Amigo, — díjole un día Lefferts; — necesito que me venda todos sus inventos. ¿Cuánto pide por ellos?

Edison tuvo la intención de pedir 5.000 dólares, pero temiendo, ser exagerado, contestó:

— Haga una oferta, general.

— Cincuenta mil dólares; ¿le conviene?

Edison se calló un momento, creyendo haber oído mal.

¡No sospechaba que sus invenciones valieran tanto dinero!

Repuesto de su emoción, aceptó el trato.

Desde aquel momento se acabaron para él las penas y las necesidades, y empezó la época de sus triunfos y de las maravillosas invenciones que la Humanidad le debe, y que han hecho del *Brujo de Menko Park* uno de los hombres más célebres de su siglo.

III

EL TRIUNFO

El primero, el que abre la serie de sus descubrimientos y de sus sorprendentes creaciones, es el telégrafo *dúplex* y *cuádruplex*, que permite enviar, a la vez, sirviéndose de un solo alambre, dos y cuatro despachos simultáneamente, uno o dos en un sentido, y otros tantos en dirección opuesta al primero.

En Diciembre de 1877 inventó el fonógrafo, cuya aparición fué un acontecimiento de resonancia mundial.

El célebre explorador francés Brazza, lo empleó, para estudiar y comparar los dialectos africanos poco conocidos, y se cuenta de un jefe indio, de una tribu sioux, que al oír su propia voz, se asustó sobremanera, atribuyendo el milagro al *Grande Espíritu*, su dios.

En 1881, presentó en la Exposición Universal de París, su gran descubrimiento, la lámpara eléctrica incandescente.

El Jurado Internacional discernió al inventor cinco medallas de oro y un gran Diploma de Honor, y, al telegrafiarle su veredicto, le decía:

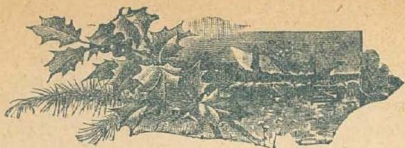
Os damos esto, porque no podemos ni tenemos otra cosa más que daros.

Para sellar esta serie de espléndidas maravillas, inventó el *cinematógrafo*, que, al ser conocido por los pueblos, produjo, más que admiración y sorpresa, verdadero estupor.

En Llevelyn-Park, en su espléndido laboratorio, trabaja, activo y silencioso, el hombre a quien Europa recibió como si fuera un rey.

Sólo Dios sabe los proyectos que acaricia el hombre extraordinario que, fotografiando la voz y el movimiento, ha dado los medios que permiten oír hablar y ver moverse a un hombre, años después de haber desaparecido de entre los vivos.





BUSCAD, TAMBIÉN VOSOTROS,
LA HERMOSA Y RADIANTE LUZ



N el rincón más oscuro de un subterráneo, sola y triste, vegeta una mezquina planta.

Un día, allí, lejos, muy lejos de ella, introduciéndose por una hendedura, brilla un tenue rayo de luz.

Y la pobre planta, sorprendida y admirada, dice melancólica:

— ¡Cómo brilla, qué hermoso es ese fulgor!
Y vive contemplándola.

Si yo pudiera llegar hasta allí, — murmura un día, — ¡pero, no es posible! ¡está tan lejos!

Y calla desalentada, y vuelve a su amorosa contemplación.

Pero, el deseo, dormido, pero no muerto, de llegar al resplandor que la obsesiona y atrae, despierta de nuevo, más potente y avasallador que nunca.

Y empiezan los esfuerzos.

Nadie podría explicarse la suma de energía que aquel débil organismo desarrolla; los prodigios de habilidad que tiene que realizar.

Cada centímetro que, estirándose, logra avanzar, es el resultado de un esfuerzo titánico; cada probabilidad de éxito que conquista, es el precio de un largo tiempo de luchas sin cuento, de sostenidos esfuerzos y de una tenacidad inquebrantable.

¿ Llegará?

¿ Se sentirá bañada por aquel rayo deslumbrador que, aun desde lejos la conforta y consuela?

A veces, la confianza, una segura esperanza de éxito la sostiene y estimula; y entonces es maravillosa la fuerza que despliega y la habilidad que la acompaña.

Avanza, horada, trepa, se dobla, se arrastra y sortea obstáculos...

Pero, siguiendo una ley ineludible, que quiere que la vida de todo ser creado sea una sucesión de penas y de alegrías, de entusiasmos y desalientos, la planta se detiene y vacila, y murmura una palabra de desánimo que las horas tristes arrancan del fondo de su ser.

— ¡ No podré, no; no podré llegar!

Pero la fe, la fuerza más poderosa, la que allana las montañas y colma los abismos, la reanima, y le presta aliento, nueva fuerza y más pujanza.

Y emprende de nuevo la brega y continúa el avance; ya se acerca; ya la luz es más viva, más enceguecedora

¡Al fin conseguirá su anhelo!

Un poco más, y el calor tibio del sol, empieza a acariciarla.

La tarea acabó y la empresa está lograda.

La luz, la divina luz envuelve como una ola a la humilde planta que tanto luchó por ella...

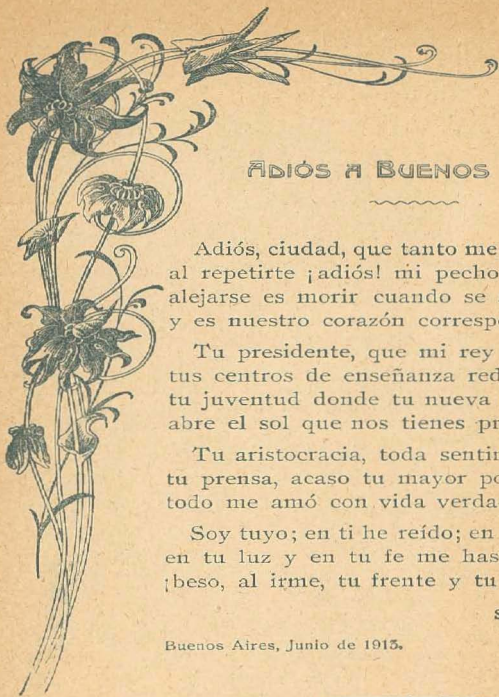
¡Es tan hermosa! ¡Pinta tantas maravillas! Dora con tanta suavidad las cumbres y las lejanías!...

La planta es feliz; ha realizado su ensueño; ve el sol; siente su caricia; y entonces, enajenada, se anega en la santa alegría del vivir, y bendice al Ser Inmortal que la diera la existencia.

.....
Si nacierais en el error, si vegetarais en la obscuridad, no aceptéis esta circunstancia como un definitivo é irrevocable destino.

Luchad, sufrid, tened valor, fe y constancia, y, como la humilde planta nacida en la lobreguez, también vosotros ¡oh niños! alcanzaréis la luz, la del alma, la del Bien, la de la Virtud y de la Verdad; la que viene de lo alto, y que es la única, la eterna...





ADIÓS A BUENOS AIRES

Adiós, ciudad, que tanto me has querido;
al repetirte ¡adiós! mi pecho llora;
alejarse es morir cuando se adora
y es nuestro corazón correspondido.

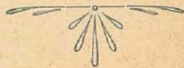
Tu presidente, que mi rey ha sido,
tus centros de enseñanza redentora,
tu juventud donde tu nueva aurora
abre el sol que nos tienes prometido.

Tu aristocracia, toda sentimiento,
tu prensa, acaso tu mayor portento,
todo me amó con vida verdadera.

Soy tuyo; en ti he reído; en ti he llorado;
en tu luz y en tu fe me has bautizado;
¡beso, al irme, tu frente y tu bandera!

Salvador Rueda.

Buenos Aires, Junio de 1915.





ÍNDICE

	Páginas
Reviviendo el pasado.....	5
Un recuerdo imborrable	12
La señorita María.....	17
¡Flor de almendro!.....	26
El asiento vacío.....	32
Los niños (poesía).....	37
Entre buenos amigos.....	40
¡Miedo!.....	45
La Casa del Negrero.....	53
Feliz encuentro.....	62
El veterano Ancinas.....	68
En el altar florecen las rosas de la fiesta (poesía).....	73
Paisaje de arrabal (poesía).....	75
Los niños no son ingratos.....	77
¡Cuando yo iba a la escuela!.....	82
Una biblioteca es un espíritu.....	89
Una gran vida y un noble ejemplo.....	94
Los héroes (poesía).....	106
Hojeando cuadernos viejos.....	109
De mis cuadernos de lecturas libres — De cómo el Cielo y la Tierra se separaron para siempre.....	113
El precio de una flor.....	121
¿Es usted un bueno y sincero patriota?.....	130
Haceos ricos: sabed serlo.....	135
¡Reid, reid siempre, jóvenes!.....	140
Mariposas blancas (poesía).....	146
Los viejos caminos (poesía).....	149
Jaricosas razones de una fuente pública.....	150
¡Oid, niños!.....	158

¡Yo, soy así!.....	163
El dominio de sí mismo.....	168
El Presidente Lincoln.....	174
Un gran amigo de los niños— Enrique Pestalozzi.....	177
Las Águilas (poesía).....	190
Canto á la Patria en su primer Centenario (poesía).....	193
Una gloria americana.....	201
Buscad, también vosotros, la hermosa y radiante luz.....	213
Adiós á Buenos Aires (poesía).....	216



